



AÑO 12.

NUM. 136.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ABRIL, 1900

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

MURIÓ Y LE ENTERRARON

Cierto día en que Ivar estaba á orillas del mar, queriendo sacar de la barca la gran ancla nueva con su cadena de hierro de cuarenta toesas, la soltó bruscamente y se llevó la mano á los riñones.

—¿Qué tienes?—le preguntó su ayudante Andreas.

—He tirado con demasiada fuerza.—dijo Ivar recobrando el aliento.

Y volvieron á ponerse al trabajo.

Juzgaron algunos que esa era la primera causa de la larga y dolorosa enfermedad de Juan Asmussen, porque «toda enfermedad comienza por una punzada de costado».

Otros decían:

—¡Qué necesidad! Muchas veces le ocurre á un pescador relajarse de riñones ó cualquiera otra cosa peor todavía; si así fuese todos estaríamos derrengados. No, eso es que alguien le ha hecho mal de ojo.

Hay muchos supersticiosos entre los pescadores.

Había otra tercera explicación. La enfermedad databa de aquel día de Febrero en que la barca de Ivar y la de Andreas se fueron á pique á medio nudo de la costa. Habíase pasado más de una hora antes de poder llegar á ellos, y naturalmente el agua estaba muy fría. Ivar, muy duro para sí mismo, no quiso mudarse de ropa; por su parte tampoco Andreas. Por la pri-

mavera Ivar sentía pinchazos en la espalda mientras que Andreas seguía bien de salud. Sin embargo, los dos pasaron el mismo tiempo en el agua, y ambos se habían mojado lo mismo. Por consiguiente, ¿cómo creer en semejante maldición hiriendo á uno sin tocarle al otro? ¡Eso era otra estupidez!

Lo más verosímil era el mal de ojo. Como enfermo, lo estaba.

Lena, la mujer de Ivar, consiguió por fin decidirle á guardar cama. Eso fue bastante difícil de lograr, pues era un hombre tenaz, taciturno, emperrado en el trabajo, destrozándose casi en él. Cuando su boda ya le pertenecía la barca. Lena aportó al matrimonio el ajuar de la casa. Andreas no tenía participación directa en las ganancias; trabajaba por un salario ó más bien por un tanto por ciento. Era un guapo mozo, de cara fresca; su boca, en línea recta, nunca se abría por completo; hablaba aún menos que Ivar, y probablemente ese era el motivo de su buena inteligencia mutua. Sólo una pasión tenía: el baile, pero por el baile mismo. Ningún amorío, ninguna salida nocturna; pero como hubiese baile en la posada poníase á bailar con la primera mujer que encontraba junto á la puerta, fuese joven ó vieja, grande ó pequeña, y no concluía de bailar sino con la que se quedaba la última. Entonces, con la blusa mojada, se volvía en seguida á casa, se acostaba bañado en sudor, dormía sin ensueños, y al siguiente día se levantaba sin dolor de cabeza.

Una sola vez había bailado con Lena, pero tres vueltas seguidas. Al dejarla y sentarse, miróle ella y dijo sonriendo:

—¡Qué acalorado estás!

Bajó los ojos él, y respondió:

—¡Esto es lo que yo llamo un buen baile!

Aquella noche, contra su costumbre, no pudo dormirse. Levantóse á la postre, y cediendo á repentina inspiración, se mudó de camisa. Fue la única vez que lo hizo y eso le ayudó.

Ya no volvieron á bailar nunca juntos, pues muy poco después comenzó la larga enfermedad del marido. La espalda de

Ivar estaba «enferma». Andreas tuvo que trabajar por dos, con el fin de obtener el dinero necesario para pago del médico, de los coches con que ir en su busca y de los medicamentos; era preciso también velar al enfermo, y sin embargo tener en orden la casa. Lena y Andreas repartíanse la tarea, pero sin hablar. La dolorosa enfermedad hacía aún mayor el silencio de la casa. Los gemidos y los gritos de Ivar durante las malas noches, eran lo único que interrumpía el silencio; y después de estas manifestaciones arrancadas á fuerzas desfallecientes, el silencio gravitaba con más pesadumbre sobre el triste hogar. El largo edificio, muy bajo, albergaba á media docena de familias. Ivar Asmussen vivía en el piso de la izquierda, ocupando dos pequeños zaquizamís separados por un tabique cubierto por un papel á cuadros. Estaba la cocina en la planta baja, de donde una escalera conducía arriba, á la pesada trampa con su anillo de hierro desgastado. Esa trampa permanecía siempre cerrada desde que la única hija de Ivar y de Lena, la pequeña Mætta María, andando cierta vez á reculones, cayó á través de la altura dentro de un cesto lleno de arenques. Los arenques se aplastaron, por lo menos los de encima, pero por fortuna estaban en abundancia aquel año, y Mætta María sólo se ganó un susto. Su espalda estaba intacta.

Durante nueve años, aquella escala había crujido bajo el paso regular de Ivar, al irse de pesca ó al volver. Con la espalda, sana entonces, levantaba la trampa, haciéndola saltar con un pequeño golpe de hombros, ágil, y dejándola caer luego en seco, enérgico. Ahora ya no podía su espalda conducir la pesca ni levantar la trampa; apenas si podía Ivar permanecer tendido en el lecho corto y cuadrado, donde le pinchaban las pajas y le pesaba la manta. En la espalda, de mes en mes más enferma, formábansele agujeritos, uniéndose luego en ancha llaga, que ora se cerraba, ora volvía á abrirse, desafiando á la ciencia del médico de la aldea durante el invierno, y á la del médico de la ciudad durante la estación veraniega.

Encamado así durante dos años, Ivar, cada vez más enfermo, comenzaba á exhalar un olor pútrido; gusano miserable, retorciase en la cama, esperando en vano el gran talón que le aplastase y pusiese fin para siempre á sus sufrimientos. ¿Para siempre?.... Esto es lo que más preocupaba al infeliz, durante los largos días y las noches aun más largas. Algunos de sus parientes, semejantes á los venerables amigos de Job, habíanle provisto de consuelos, de buenos consejos y de confortantes, en forma de hojas sueltas publicadas por una sociedad de propaganda en innumerables ejemplares baratísimos. Sus débiles manos ya no podían sostener el libro de salmos, encuadrado, que en otros tiempos leyera, y Lena lo leía harto despacio y sobrado mal; además, siempre lloraba ella al proponerse cantar lo que no leía bien. Con los trataditos entre sus dedos temblorosos, podia dejársele solo. Leía hasta que eran demasiado violentos los dolores; entonces prorrumplía en gritos, prosiguiendo después la lectura, mientras que el cerebro le abrasaba en competencia con la extensa llaga.

Una mañana llamó á Lena.

Con una uña (uña larga, negra y ganchuda) había subrayado el versículo: «Su *gusano no muere*, su fuego no se extingue.»

—En el fondo, Lena — dijo, — ¿qué he hecho en el fondo tan mal?

Ella no le respondió, pero pasóse por los ojos la mano, que sostenía un cuchillo con el cual acababa de limpiar una delgada pletija.

—¿Te he pegado nunca?—preguntó él.

—¡No, ya lo sabe Dios!—respondió la mujer sollozando y sustituyendo el cuchillo por el delantal.

—¿O á Mættá María..... excepto aquella sola vez en que dejó escapar al cochino?

—¡No!..... ¡No!.....

—¿Me he emborracho? ¿Era yo jugador ó un?.....

Abandonáronle las fuerzas, desplomóse inerte su mano al

borde de la cama, y cayó al suelo el tratadito sobre trapos sucios: la cura que se había él arrancado la noche anterior.

Bajóse Lena, recogió librejo y trapos, y bajó á la cocina, donde tiró todo ello á la ceniza. Pero como asustada del atrevimiento, recogió de nuevo las páginas impresas, y las puso encima de la tabla, sobre la fila de platos, después de pasar la mano sobre los puntos tostados por el fuego. Un humo pestífero se desprendía de los trapos que quedaron en el rescoldo, pero Lena estaba tan endurecida contra el humo, como contra el olor.

Nunca volvieron á hablar de esto. Ivar no leyó más; entregó á Lena con extraña mirada las hojas sueltas que aún quedaban en la cama.

Agravábanse los sufrimientos. Volvía los ojos de modo que sólo se veía de ellos lo blanco (es decir, lo amarillo de limón), cada vez que experimentaba la sensación de una placa de hierro caliente al rojo blanco entre los hombros, sensación producida por los dolores. Pasados los accesos, cerrábansele los ojos y yacía como sin conocimiento; comenzaban de nuevo los dolores, recalentábase al blanco la placa de hierro, retorciase, y volvía á caer como sin conocimiento. Era una lucha constante por la vida (una lucha con la fe): la lucha de la muerte, tan lenta en venir.

—¡Pobre diablo!—dijo el médico.

Y se decidió á manifestar á Lena que estaba perdida toda esperanza, que no podía nada; y, por consiguiente, que ya no quería cobrar más honorarios, y que dejara de mandar en su busca. Esto era generoso, pensaba él. Lo único que le sorprendió fue la tranquilidad con que Lena recibió la noticia.

—Estas gentes no tienen corazón—pensó el médico, encojiéndose de hombros, y volvió á subir al coche.

Lena le acompañaba.

—En el fondo, el señor doctor hubiera podido decir esto mucho tiempo antes—dijo ella.

—¡En marcha!—gritó el médico al cochero.

El enfermo estaba desesperado. Todo el mundo lo sabía y concluía por hacerlo constar; esta aquiescencia general parecía privarla de amargura, excepto para el enfermo mismo.

El mal olor, aquel olor indescriptible, inolvidable, llenaba los dos cuchitriles, atravesaba la trampa cerrada, y se deslizaba como una parte espectral de Ivar mismo, sin ruido, á lo largo de la empinada escalera, para penetrar hasta los rincones de la cocina. Lena y Mætta-María lo llevaban encima, en los vestidos, y Andreas lo paseaba todo el día en la barca, donde se aireaba un poco, para volver á impregnarse por la noche en sus irlandesas ropas de lana.

Pero aún peor que el olor eran los gemidos procedentes de arriba. ¡Los gemidos de un hombre tan fuerte y tan duro para sí mismo, por los tormentos de la muerte, más dura todavía!

Pero los circunstantes pueden habituarse á todo. Lena tenía los ojos enrojecidos, pero sin una lágrima. Mætta-María, por el contrario, la criatura no había llorado aún todas sus lágrimas en la vida. Verdad es que su apatía, la apatía de la infancia, vino en auxilio suyo. Sin embargo, los días en que aquello iba muy mal en el tugurio, acurrucábase en el rincón del hogar, tapándose la cara con el delantal. Y cuando entonces pasaba Andreas por delante de la puerta entornada, solía entrar, quitarle del rostro el delantal, coger su manita blanda y sucia entre las suyas, grandes y callosas, como barnizadas con colas de pescados y escamas, y decirle:

—Mætta-María, ven á ver conmigo el cerdo, ¿quieres?

Ibanse al otro extremo del largo edificio, donde estaba la porqueriza, dividida en casillas cuadradas semejantes á tumbas en un cementerio.

También había allí mal olor; pero la fresca brisa de orillas de la mar lo disipaba á veces, y además era conocido su origen.

Deteníanse silenciosos, y miraban al gran cerdo gordo, con su mancha en la oreja, restregarse contra las tablas. De vez en cuando el animal les echaba una mirada, guiñando los ojos bajo sus largas pestañas aristocráticas. Al paso que el hombre

y la niña meditaban, cada uno á su modo, acerca del tiempo y la eternidad, de los sufrimientos y miserias de la vida terrena, el cerdo metía las patas delanteras en la gamella, removía su geta plana con dos «imbornales» y gruñía su plácido:

—¡Uf, uf!..... ¡Comamos y bebamos, porque mañana moriremos!

Al menos eso es lo que Andreas creyó comprender, aunque no exactamente en los mismos términos. Pero ese era su significado.

Mtæta-María, secándose las lágrimas, introducía una pajita en una de las ventanillas de la nariz del animal. Esto era demasiado tentador, y la pobre niña prorrumpía en carcajadas; pero el cerdo, sin vacilar, daba media vuelta y se retiraba á su dormitorio profundamente ofendido:

—¡Uf, uf!

Replegaba las orejas como los hombres juntan las manos, dormíase, y ya no se ocupaba de la aventura.

Arriba, en el camaranchón, aumentaban de continuo los sufrimientos durante las largas, silenciosas y tétricas noches del invierno; los gritos atravesaban los cristales de las vidrieras, cubiertos de hielo, resonando á lo largo del edificio y hasta en las casas próximas. Abriáse aquí y allá una puerta, y aparecía una sombra. Tres ó cuatro vecinos se reunían bajo las ventanas de los Asmussen, cruzaban algunas palabras y entraban en la cocina, donde los recibía Lena con los ojos enrojecidos, temblándole los labios y las rodillas.

Subían juntos allá donde la lamparita de petróleo echaba humo sobre la cómoda y donde Ivar se retorció en su lecho. Era preciso volver el jergón; el infeliz no podía hacerlo, y quería levantarse. Cada uno de los hombres agarraba una punta de la burda tela y levantaba con todo el cuidado que los pescadores pueden hacerlo á Ivar, que ahullaba de dolor.

Al volver á bajar y encontrarse de nuevo en la nieve brillante, sobre la cual tendía el cielo su cúpula de azul intenso, pasábanse uno tras otro la mano por la espalda sin decir una

palabra. Regresaban á sus respectivas casas; pero á veces eran despertados por segunda vez «para volver á Ivar ¡el desgraciado!»

Llegóse, naturalmente, á celebrar el consejo. Después de una larga noche, durante la cual el enfermo se había sentido peor que nunca, sirvió Lena por la mañana café á los cuatro vecinos, sentados en la cocina, con las manos amoratadas y la taza humeante sobre las rodillas, soplando alternativamente los dedos y el café.

Lena dijo:

—¡Con tal de que Dios bendito le despene pronto!

Otro replicó:

—Se ha visto sanar á personas mucho más enfermas todavía. ¡Si pudiese verlo la señora Aspegren!

Era la curandera, que habitaba en la otra orilla del Sund, á pocas leguas de la costa, en el interior del país.

—Lleva muy caro—interrumpió un tercero.

El primero replicó:

—Es preciso pasar por ello. Ivar no ha reparado nunca en eso cuando se trataba de nosotros. ¿Cuánto puedes dar, Lena?

—No puedo dar más de cinco coronas—respondió ella con energía.

—Eso es poquísimo. No se moverá de su casa por menos de treinta y cinco, sobre todo en esta estación. Aguardemos otro poco.

Transcurrió un mes. Ya no había frío ni aire; comenzaba la primavera. Los brotes iban de prisa.

También iba de prisa Ivar, pero en sentido contrario.

Por fin los cuatro hombres (Erik Skammelen, Kenud, y los hermanos Karl y Kristian Hørregaard) pusieron su barca en marcha para ir en busca de la curandera.

Regresaron al día siguiente, sacaron de la barca un paquete de chales y lo pusieron con precaución encima de la arena.

Era la señora Aspegren.

Quitóse los mantones y fue entregándoselos uno por uno á

los pescadores, sin dignarse mirarlos. Estos la siguieron respetuosamente hasta la casa, como otros tantos servidores de ella.

Era una mujer pequeñaja y flaca, vestida con suma limpieza, con un capuchón de seda forrado de algodón en rama puesto sobre sus cabellos de un color negro reluciente, de ojos pequeños, penetrantes, de ave, de un ave disecada, porque sus ojos no parecían moverse jamás.

Esperábala en la cocina Lena, y besó la mano que la tenía la señora.

Esta no hizo ninguna pregunta, sino que se encaminó á la escala.

—Está allí arriba—murmuró Lena—subiendo la primera.

Los hombres se reunieron al pie de la escala y aguardaron en silencio.

Las dos mujeres volvieron á bajar. Lena se tapaba la cara. Esta vez tenía mojada de lágrimas la mano cuando la quitó.

La señora Aspegren mostró el hogar donde hervía el café con una seña que enseguida comprendió Lena.

Sentándose encima del tajo, con la taza humeante en las manos, aspiró la bebida con largos sorbos y mascó el negro azúcar cande, mientras el vapor velaba su rostro como el de una sacerdotisa antigua. Nadie se atrevía á interrumpir el silencio; todos aguardaban con intensísima atención.

Vacía por fin la taza, alargóse la á Lena con una nueva seña, que fue comprendida, y por segunda vez el vapor envolvió á la pitonisa escandinava, mientras el negro azúcar crujía entre sus dientes como un hueso entre las mandíbulas de un animal feroz.

Después Lena, dirigiéndose á los hombres, preguntó:

—La señora Aspegren dice que es demasiado tarde; ¿no es así?

La curandera hizo una seña de asentimiento, dejó la taza y cogió el borde de su falda para levantarla muy despacio. Lo mismo hizo con dos de sus sayas. Por último, en la tercera, de

lana amarilla, había un bolsillo; del fondo de él sacó una bolsita, y de esta bolsita un ovillo de hilo, unas tijeras, varios trozos de cinta muy estrecha, un manojito de cebollas, un llavero con llaves, un frasquito con tapón, atravesado con tubo de pluma, y, por fin, una caja de unguento. Desplegó todos estos objetos encima de sus rodillas; Lena y los hombres miraban con un silencio interrogador casi aterrorizados.

Al cabo prosiguió Lena:

—La señora Aspegren ha dicho que el doctor ha cuidado á Ivar demasiado tiempo; ¿no es así?

Los hombres se pusieron á gruñir y á patear con sus pesadas botas.

La señora Aspegren inclinó la cabeza.

Lena continuó:

—Ahora ya no puede más... no puede más, que...

Detúvose y miró á la curandera, quien, con los ojos fijos y sin responder, extendió las manos sobre el contenido de su bolsa.

—¿Puede la señora Aspegren quitarle los dolores?—preguntó Erik, el más audaz de los cuatro hombres.

Por fin abrió ella la boca, pero sin que sus ojos se moviesen ni cambiasen de expresión, y dijo espaciando las palabras.

—Puedo hacerle morir.

Los hombres se miraron unos á otros durante algunos instantes. Habíase soltado la palabra, había hablado el oráculo, era cosa resuelta. Nadie hizo ninguna observación. Cada cual meditaba, reconcentrado en sí mismo, cuando de pronto se oyeron débiles sollozos procedentes del cuchitril.

La trampa había quedado abierta.

Mætta María, sentada en el último escalón, lloraba metiéndose en los ojos los nudillos de los dedos.

La niña, al volver de la escuela, se había escondido en el camaranchón presintiendo que se preparaban grandes cosas. Diéronla dos pedazos de azúcar piedra y la orden de irse á jugar con el cerdo. Cesó de llorar, pero se negó á dar la mano á la forastera.

Después, los cuatro hombres, con viento favorable, volvieron á cruzar el Sund con la señora Aspegren.

Andreas regresó un poco más tarde de la pesca. Al pasar junto á la porqueriza vió á Mætta María jugando con su brizna de paja. El cerdo gruñía con todas sus fuerzas y la niña reventaba de risa.

—Buenos días, pequeña Mætta María.

—Buenos días, Andreas.

—¿Qué noticias? Me parece haber visto la barca de Erik llena de gente.....

La niña dejó caer el tallo de paja y echóse á llorar.

—Ivar..... está..... ¿ha muerto?—preguntó Andreas.

—No..... pero la extranjera ha venido..... y es preciso que padre muera..... Yo estaba arriba, en el camaranchón..... y tengo miedo de que le hagan daño..... y lloraba más fuerte.

—Quédate fuera aún un poco, Mætta María—dijo Andreas.

Y pasando por delante de la primera puerta del largo edificio, rogó á la mujer del vecino que vigilase á la niña.

La vecina le miró con aire de darse por entendida.

—Sí, se la han llevado, y vuelven de acompañarla. Dí á Lena que yo la ayudaré á lavarle y vestirlo.

—¿Con que ha muerto?—preguntó Andreas.

—Pues naturalmente.....

Andreas precipitó el paso y entró á escape en casa de los Asmussen. El crepúsculo iba obscureciendo. Lena, con un cabo de vela en la mano, estaba agachada delante del armario ropero.

—¡Dios mío! me ha dado un susto de muerte Andreas entrando de un modo tan brusco.

—¿Ha muerto Ivar?

—No, pero.....

Levantóse con una camisa de lienzo sobre un brazo, dejó la candela, y alisando la camisa con la mano, dijo:

—¿Comprendes, Andreas?

—Ha venido ella.....

—Ya lo sé. ¿Cuánto ha pedido?

—¡Treinta y dos coronas! No quería venir por menos. Pero ahora quedará salvado.

—¿Salvado?.....

—¡Ciertamente! nosotros le despenaremos.

—¿Ves este unguento? Es preciso extenderlo por la camisa, mira, así. Cuando se haya puesto esta camisa le abandonaráu los dolores, podrá sentarse y hasta le darán ganas de levantarse..... ¿Comprendes?

—No.....

—Pues, sí. Ella lo ha dicho: tendrá ganas de levantarse, y nosotros haremos como si quisiéramos ayudarle. Entonces, en cuanto quiera ponerse de pie, verá que va mal, muy mal, y entonces le diremos nosotros.....

Andreas la miró estupefacto.

—¿Qué?

—Pues que se acabó, que ella le ha despenado; y se morirá muy tranquilamente.

Andreas bajó los ojos.

—Cierto que eso es lo mejor que puede hacerse por él.

—Sí, ¿no es verdad?—dijo Lena.

Subieron juntos la escala: él detrás de ella, con la vela; al paso que ella conducía la camisa, el unguento y un cántaro de agua fresca.

La luz hirió los ojos ya vidriosos de Ivar. Con expresión de extremada laxitud, volvió á abrirlos.

—¡Ivar!— dijo Lena alargándole la camisa.

—¿Qué es eso?—murmuró él,—¿queréis vestirme ya? ¿Tenéis tanta prisa?

Mudáronle de camisa como á un niño; contra su costumbre no gimió.

—Ahora esto acabará muy pronto; ¿no lo creéis así?

—¡Ah! esto hace mucho bien.....

Permaneció tendido aún durante unos instantes, luego hizo ademán de querer levantarse, miráronse uno á otro Lena y

Andreas, y le cogió cada cual por un brazo. Doblóse, se retorció y dijo entre dientes:

—Todo lo he oído Lena; la trampa no estaba cerrada.

Miráronse ellos de nuevo como dos chicos sorprendidos robando azúcar.

El moribundo añadió, sin la menor amargura, con voz apagada:

—¿Seguirás dando á Andreas en lo venidero los veinticinco *ores* de la corona? O.... creo que más valdría.....

No acabó la frase, sino que murmuró gimiendo.

—¡Agua!

Volvióse Lena y tomó el cántaro. Al cogerlo, derribó el cabo de vela, que fue rodando por el suelo y se apagó. Andreas buscó á tientas cerillas; chocáronse su frente y la de Lena. Ambos retrocedieron; ella lloraba, él juró entre dientes. Acordóse por fin de que tenía cerillas en el bolsillo.

Cuando estuvo otra vez encendida la vela, vieron como Juan yacía allí con la boca abierta, cerrado uno de los ojos, extrañamente dilatado el otro y los ganchudos dedos clavados en la colcha de la cama.

Había entrado ya en las grandes tinieblas.

—¡Está muerto!—dijo Andreas.

Y pensó para su caletre que mucho hubieran podido evitarse si la curandera hubiese permanecido allá abajo.

Lena, sentada en una silla junto á la cama, pasaba la mano por encima de la colcha.

Murió, y le enterraron.

Una suave humedad llenaba el aire desde el amanecer. Nubes frescas con dentellones, muy coloradas, habían aparecido al mismo tiempo que el rojo sol, y se habían agrupado en derredor de éste como se rodea de peregil rizado un jamón. Después el sol y las nubes habían desaparecido bajo un cielo gris monótono, de entierro, pesando sobre toda la playa. Caía una ligera lluvia menuda; las hierbas y los matorrales recubiertos de yemas chupaban la humedad, así como los chaque-

tones de paño siberiano, los negros sombreros de fieltro y los paraguas de algodón. Era un verdadero tiempo de entrada de la primavera, un tiempo fértil, un tiempo de entierro.

Tres diablas y la carroza fúnebre (la galera cubierta recién repintada del posadero) estaban delante del largo del edificio. El posadero, el práctico de costa, el aduanero, algunos artesanos y los pescadores, es decir, todos, estaban reunidos. Habíase desamueblado la cocina y puesto el ataúd sobre dos tajos: Ivar en su caja recibió visitas. Antes las recibía arriba, en uno de los cuchitriles; pero como la comida fúnebre había de celebrarse en el otro, é Ivar no estaba embalsamado como un príncipe y exhalaba cierto olor...

En resumen, creyóse oportuno trasladar á Ivar á la cocina.

Por la misma razón se había creído conveniente también cerrar el ataúd antes del plazo habitual.

Porque aquel tiempo fertilizado, bendito por los labradores, oprimía el pecho y hacía asfixiante la atmósfera en las habitaciones pequeñas, donde se entraba siempre con vestidos mojados, y donde las coronas desprendían su fuerte olor. Nadie se había quejado; no eran delicados moradores de la ciudad; pero, en fin, lo mejor pareció el bajarlo.

El herrero, el siempre alegre herrero, era quien había dicho la palabra decisiva. Al entrar, rozando los montantes de la puerta con su chaquetón pardo, de una fila de botones, y sus negras calzas remangadas, alargó la mano á Lena, y dijo:

—¡En fin, mejor está así!

Luego, acariciando á Mætta-María, preguntó:

—¿Dónde habéis puesto á Ivar?

Lena señaló con un gesto el camaranchón.

—Sí, me parece que lo huelo.

Un poco más tarde, el herrero volvió á bajar con un pedazo de torta en la mano.

—Atended, ¿no sería mejor trasladarlo aquí?

Así se hizo. Y algunos instantes después, los que comían y bebían arriba oyeron los martillazos.

—Ya están encerrando á Ivar—dijo el herrero con la boca llena.

El viejo práctico de costas juntó las manos alrededor de su vaso de cerveza, exclamando:

—¡A fe mía, no se han dado demasiada prisa!

Y todos advirtieron que aumentaba su apetito. Comíase muy bien allá arriba, bebiéndose también cerveza, y uno tras otro pasaban á escape, á través de la trampa, los pescadores que iban llegando. Hablaron de Ivar como de un compañero, como de alguien que aún estuviera entre ellos. Por otra parte, todavía no había salido de la casa.

Andreas, taciturno como siempre, fue de uno á otro, llenándoles vasitos de aguardiente. El herrero empezó á contar historias. Nadie se impuso el aire convencional de entierro, todos pensaban, y aun decían en voz alta, que Ivar, desde muchísimo tiempo ha, nunca se había encontrado tan bien como ahora.

En aquel momento apareció en la puerta Lena, muy pálida, envuelta en su negro mantón de viuda. Hizo una seña al herrero, quien se levantó al punto, y dijo:

—Vamos, amigos; vamos allá.

Bajaron todos. Los más próximos hicieron pasar á Ivar por la puerta con algún esfuerzo. Colocáronse en fila después de los portadores de la caja, y se puso en marcha la comitiva.

Detrás del ataúd iba Lena conduciendo á Mætta-María de la mano. También la niña llevaba mantón negro, cuyos flecos arrastraban por el suelo. Cada vez que la criatura se volvía para ver lo que golpeaba contra los tacones de sus botitos nuevos, la viuda apretaba con más fuerza su manita y la invitaba con gestos á taparse la cara con el pañuelo, lo cual hizo ella misma mientras la comitiva atravesó la aldea. Las ventanas y el quicio de la puerta estaban llenos de curiosos, las banderas de los barcos estaban á media asta, y el suelo sembrado de boj, delante de la casa del tendero.

Hicieron alto al extremo de la aldea. Avanzaron los ca-

rruajes, Ivar fue puesto en la galera y dos pescadores á los lados para cuidar de las coronas. Los demás concurrentes tomaron asiento en las tres diabras, y la comitiva subió hacia la iglesia, sita á una hora larga, tierra adentro.

La lluvia menuda se había transformado, poco á poco, en una niebla azul, dentro de la cual se sumieron Ivar y su séquito.

Por la tarde, Lena y Andreas se encontraron á solas junto á la porqueriza. Andreas había estado vagando por la playa, como si buscase allí alguna cosa. Lena se había sentido inquieta en la cocina, y aun peor allá arriba en el zaquizamí. Mætta-María jugaba con los niños de la vecina, sin querer, por nada del mundo, ir á acostarse antes que su madre: desde que el muerto salió de la casa, le tenía un miedo cerval.

—¿Qué vamos á hacer ahora?—dijo Lena, vacilando.

—Sí, ¿qué vamos á hacer ahora?—preguntó Andreas.

—¿Quedamos en lo de los veinticinco ores de la corona, como en otro tiempo, ó nos.....?—y Lena se detuvo.

—Ivar ha pensado bien que nos.....—exclamó Andreas.

Miróle ella y le dió la mano él.

—Cuando pase el tiempo conveniente;—respondió ella á media voz.

—Sí; ¡antes no sería posible de ningún modo.....!

Soltáronse las manos y se quedaron mirándose uno al otro.

—¡Uf, uf!—gruñó el cerdo.

Y asunto concluído.

HOLGER DRACHMANN.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL ROMANTICISMO

SEGUNDO PERÍODO.—EL DRAMA ROMÁNTICO.—VÍCTOR HUGO.—ALEJANDRO DUMAS (PADRE).

Hemos considerado á Víctor Hugo poeta lírico y político de acción *escrita*: ahora le toca la vez al dramaturgo. Veremos cómo el drama romántico da sus primeros pasos, y cómo logra una victoria muy disputada y pasajera.

Para comprender por qué el romanticismo militante asaltó con tanto empuje la escena, es indispensable recordar sucintamente la tradición del arte dramático francés. De cuantos géneros elevaron en el siglo de oro de Luis XIV las letras al ápice de la perfección, quizás fue el teatro el que voló más alto y llegó realizar completamente un ideal artístico.

Los españoles acostumbramos decir que el teatro es nuestro verdadero título de gloria: con mayor razón podrían afirmarlo los franceses, pues ni Lope, ni Calderón, ni Tirso, con ser tan grandes, son nombres que lleguen á donde llega el nombre único é incomparable de Cervantes; mientras en Francia, en el siglo XVII, ninguno brilla como los de Corneille, Molière y Racine. Sepamos anteponer la justicia á un mal entendido patriotismo, y reconozcamos que el teatro francés, en su buena época y á su modo, no le cede la palma al nuestro;

pero son entre sí tan diferentes como el día y la noche, y el que se deleita con *El castigo sin venganza* y *La vida es sueño*, puede estar á pique de bostezar con *Poliuto* y *Atalia*. Observemos la curiosa contraposición del teatro francés y el español; no hay cosa que mejor haga resaltar la verdadera compleción literaria de ambos pueblos. En el siglo XVII nosotros poseemos, lozano y floreciente y hasta exuberante y vicioso, un teatro romántico en toda regla, al paso que los franceses elaboran un teatro clásico perfectísimo, hecho á torno según las reglas aristotélicas y las doctrinas horacianas, interpretadas y comentadas por Boileau. Nosotros atropellamos las unidades; ellos las acatan y las ponen sobre su cabeza. Nosotros buscamos el efecto, la sorpresa; ellos el análisis moral y la lógica. Nosotros damos rienda suelta á la fogosa imaginación; ellos cultivan la razón y la sensibilidad decorosa y fina. Nosotros empleamos un lenguaje conceptuoso y enfático, y salpicamos su oropel de chispas de diamante; ellos castigan la frase, la funden en un troquel de elegancia y nobleza, la hacen sobria y contenida, pero tanto la sangran, tanto la castigan, que al fin se empobrece y contrae anemia profunda. Una influencia española, un aura *de tras los montes* hizo de Pedro Corneille precursor del romanticismo dramático: el público se extasió con el *Cid*, pero la crítica se mostró implacable: para que Francia tolerase el teatro romántico —ya veremos que nunca llegó á aceptarlo de corazón— se necesitaban todas las acciones disolventes del siglo XVIII, todo el huracán revolucionario y todo el torrente del Imperio. No nos es lícito ya rebajar la literatura dramática del siglo de Luis XIV y exaltar la del período romántico; hoy vemos más claro que se veía en 1830: está calificada la superioridad de Racine, Corneille y Molière... y hasta, ¿por qué no estamparlo? de Voltaire (en cuanto autor dramático, sobre Víctor Hugo y Alejandro Dumas, padre, columnas del templo del romanticismo en la escena. El teatro francés es clásico de suyo, como el alemán, el español y el inglés son románticos naturalmente. Franceses y

españoles han sido al fin y al cabo fieles á su escuela nacional.

A fines del siglo XVIII, Francia y España parecían haber agotado el contenido de su tradición dramática; allí, el clasicismo teatral se moría solemnemente de languidez y sopor; y aquí, el romanticismo había degenerado en figurón y parodia. Nosotros buscamos la curación alopática, *contraria contrariis*, en la reforma moratiniana, en la proporción y el buen gusto, en un realismo discreto; ellos—por el mismo método—en el efectismo y la intemperancia, en el desenfreno idealista y en la briosa renovación del lenguaje. Pero ni aquí llegó á prosperar el teatro clásico, ni el romántico logró aclimatarse allí. La tierra abandonada á sí misma vuelve por ley natural á criar las vegetaciones que siempre crió. Inferior á Francia en la poesía lírica, España, en este siglo, produjo un teatro romántico rico y numeroso, y presenció hasta tres avatares ó reencarnaciones del romanticismo; (no sería difícil comprobar la filiación romántica de obras estrenadas hace pocos meses). Las corrientes del romanticismo dramático, que tan pronto se secaron en Francia, fluyen aquí todavía, vivas y fuertes, como es siempre fuerte y vivo lo que brota del alma de un pueblo.

Con todo, si bien el romanticismo teatral no tuvo en Francia caracteres castizos, las circunstancias lo reclamaban, los tiempos lo llamaban á voces. Los soles que alumbraron el firmamento clásico dejaron en él, al extinguirse, la negrura y la tristeza del vacío. Al finalizar el áureo siglo XVII, en que lengua y literatura alcanzaron tal perfección, unida á ese no sé qué divino que emana de la juventud, el teatro perdió su condición desinteresadamente estética y se hizo propagandista: el dominio de Voltaire sobre la escena la convirtió en cátedra del filosofismo; no sin razón dice un historiador que el Mahometo de Voltaire se sabía de corrido la Enciclopedia, y su Edipo era todo un librepensador, digno de que el rey de Prusia lo admitiese en las tertulias de *Sans Souci*. A fines del siglo XVIII, nueva transformación del teatro: de filosófico se

hace político, con José Chenier y — traslado las palabras del historiador citado, Alfredo Nettement — «bajo la Revolución, los aullidos de la plaza pública, las roncas vociferaciones de los clubs, las blasfemias de las callejuelas, tienen eco en la escena; los autores dramáticos explotan la historia de Roma y de Atenas en pró de la República una é indivisible, y se empeñan en demostrar que la antigüedad clásica era... toda una descamisada.» Por otra parte, no podía prosperar la tragedia en la escena cuando bastante tragedia era la vida; cuando el honrado Ducis decía que en cada esquina encontraba la espantosa familia de los Atridas, calzando en vez de coturno, grosero zueco—y cuando diariamente, en la plaza pública, se representaba un mismo sangriento drama, encargándose el pueblo del papel de verdugo.

Al calmarse la tempestad revolucionaria, aparece petrificado el teatro francés. Envuelven á la tragedia las vendas impregnadas de nafta y betún que ciñen los miembros de la momia; y ya no es filosófica, ni política, sino algo que parece la solución de un problema de mecánica, una jugada de ajedrez. También sobre el teatro ejerce presión la rígida disciplina del Imperio. El único dramaturgo digno de memoria de aquella época, en que, por otra parte, se estrenaron tragedias á centenares, fue José Chenier, de quien se dijo malignamente que más lágrimas habían arrancado sus leyes que sus tragedias. Así aleteaba moribundo el arte dramático, hasta que la restauración de la monarquía, bienhechora para las letras, vino á infundirle calor vital.

Los primeros ensayos de renovación se hicieron sin romper el clásico molde de la tragedia, grave y solemne. A esta tentativa corresponden las *Vísperas Sicilianas*, de Casimiro Delavigne, y la *María Estuardo*, de Lebrun. Ya había sido una señal de los tiempos—prematura, mal interpretada aún—cierto artículo del *Mercurio*, del año 1804, que señalaba á los autores dramáticos el rumbo de la Edad Media, y declaraba no menos interesantes las aventuras y desventuras de Fredegunda y Me-

roveo, que las de Agamenón y Clitemnestria; á este atisbo romántico se debió, un año después, la tragedia de *Los Templarios*, de Raynouard, acogida con entusiasmo por un público que empezaba á sentirse ahíto de griegos y romanos, de Apolo y de Júpiter. Y, bien mirado, este cambio de asunto y época en la dramaturgia era nada menos que un cambio de religión social. Al penetrar en el proscenio la historia nacional, traía de la mano al cristianismo. También el teatro sintió el latido del renacimiento religioso.

Poco después, el año 9, una tragedia de Nepomuceno Lemercier, *Cristóbal Colón*, donde se prescindía de la unidad de lugar y aparecía una decoración que representaba el interior de un barco, produjo en los espectadores tremendo alboroto, un muerto y varios heridos. Fijémonos en estos datos, para que la lid campal del estreno de *Hernani* no nos parezca cosa inaudita y sin precedentes, y para comprender que la pasión literaria siempre se desencadena más imponente en el teatro. Lo cierto es que el crudo impío Lemercier fue un precursor de esos que quedan relegados al olvido y no se dan cuenta de lo que anuncian, pues creyéndose fiel adicto á la tragedia clásica, en más de una ocasión sentó las premisas del drama romántico.

Justo es mencionar por el mismo concepto, ó más bien en el de verdadero profeta, pues enunció sus teorías mucho antes de la Revolución, á Luis Mercier, cuyo *Ensayo sobre el arte dramático* es una impugnación de la tragedia de Racine y una proclama de independendencia. Nadie le hizo caso; pasó por lunático y extravagante, como tenía que pasar, en el último tercio del siglo XVIII, el escritor que se reía de Boileau, que ponía en las nubes á Calderón, Lope de Vega y Schiller, que renegaba de imitar á los griegos y que señalaba, como limpias fuentes de inspiración, la historia patria, y la sociedad y costumbres contemporáneas, la tradición y la realidad ambiente.

Prepararon también los caminos del romanticismo teatral

los dramas del género flébil, entre los cuales hubo uno de origen alemán, imitado de Kotzebue, que logró tal éxito de sollozos y gemidos, de pañuelos y frascos de sales, que, según dice ingeniosamente un crítico, las señoras hicieron punto de honra ir á desmayarse en él. Pero el romanticismo teatral—no lo echemos en olvido—fue un Jano bifronte, una faz que lloraba á lágrima viva, adosada á otra que reía á carcajadas, hibridación de lo trágico y lo burlesco y bufonesco; por eso debemos incluir también en la lista de los precursores á los autores cómicos que rehabilitaron la risa, secundando la explosión jovial del Directorio, parecida á la de Florencia, que después de la peste negra se deleitaba con las facecias de Boccaccio.

Advenida ya la restauración, por todas partes se oye crujir el vetusto edificio del clasicismo. El público esperaba sin saber qué, y con cualquier pretexto se desbordaban su entusiasmo y su nerviosa inquietud. Cuando fermenta el alma del público, suele desahogar en el teatro. Las *Vísperas Sicilianas*, de Casimiro Delavigne—¡quién se acuerda de ellas hoy!—obtuvieron una ovación tal, que el autor, conmovido, vertía lágrimas abundantes, y el maquinista, atónito, se atribuía el triunfo, por lo bien que había dado la campanada, señal del degüello. Ya reunía en 1819 Casimiro Delavigne aquella mesnada de admiradores y amigos resueltos á aplaudir; aquella hueste, que más tarde se agrupó en torno de Víctor Hugo y tomó el ejercicio de la alabarda con el celo que un devoto las prácticas religiosas; gente siempre dispuesta á encender los hachones y á desenganchar el tronco del coche para la apoteosis popular del autor dramático.

La tragedia clásica conservaba, sin embargo, apariencias de vida; la galvanizaba el talento del gran comediante Talma, de quien decía el pintor David, con frase gráfica, que al cruzar la escena parecía una estatua animada por la poesía. A fuerza de estudio—Talma no era espontáneo—conseguía fundir el hielo de los alejandrinos, prestarles animación, y

suplir arte las deficiencias del diálogo, levantar llama entre la ceniza de parlamentos convencionales y sin alma, dar acento de verdad á la glacial mentira. Cuando el excelso actor sucumbe, en 1826, poseído hasta el último instante de artístico transporte, estudiando sus propios accesos febriles para reproducirlos en la escena,—puede decirse que se lleva al sepulcro la literatura dramática del Directorio, del Consulado y del Imperio, y deja el paso franco á la de la restauración y del romanticismo. Como más tarde la de Víctor Hugo, la gloria de Talma, en un momento dado, cerraba el horizonte y obstruía el porvenir.

Víctor Hugo pasa por fundador del drama romántico, porque formuló concretamente sus teorías, publicó su Código fundamental en el célebre prefacio de *Cromwell* al año justo de la muerte de Talma, y dos antes de que Alejandro Dumas padre estrenase el primer drama romántico, *La corte de Enrique III*. Nótese de paso que, al contrario de la poesía lírica, la dramática aparece como un estado reflexivo de conciencia antes de traducirse en acción; y llamo acción á la obra literaria, sea poesía, drama ó novela, porque no atribuyo á la palabra *acción* el sentido material que suelen darle los que la confunden con el esfuerzo de los músculos; por la imaginación y la mente, y por el corazón y la voluntad, se actúa lo mismo que por el brazo.

Reconocida esta verdad, debemos rectificar, admitiendo que también fue acción muy poderosa el citado prefacio de *Cromwell*. En este extenso manifiesto, tablas de la ley del Sinaí romántico, al través del velo de brillantes metáforas con que siempre revistió sus ideas Víctor Hugo, domina una afirmación esencialmente democrática: más que libertad, pide igualdad ante el arte. Había sido la tragedia una forma aristocrática; sus personajes, semidioses, príncipes, reyes y héroes; su atmósfera, los palacios y los campamentos; su ideal, la nobleza del sentir, la grandeza del nombre, la sublimidad del conjunto. Las desdichas de la gente baja no podían aspirar á la dignidad del alejandrino. Para que las lágrimas con-

moviesen era de rigor que las derramase una princesa ó una sultana; para morir había que envolverse en los pliegues de un manto de púrpura. Lo que pidió Víctor Hugo era que al lado de los poderosos saliesen á escena los humildes; que lo bello y lo deforme se mezclasen confundidos en el teatro como en el mundo, y que la fealdad presente, en la naturaleza, no quedase excluída de los dominios artísticos. No todo es bello en la creación — decía Hugo, — y lo bello coexiste con lo feo, como el mal con el bien y la luz con la sombra; así en el arte deben entretorse lo abyecto y lo sublime, constituyendo, por la unión de lo trágico y lo cómico, la forma superior del teatro—el drama.—Esto es lo que, en resumidas cuentas, dice aquella brillante y memorable página; y esta es la idea madre de la estética de Hugo, cuyos rudimentos asegura haber entrevisto contemplando en nuestra maravillosa Catedral de Burgos la efigie grotesca del *Papamoscas*.

No le faltaban argumentos en pro de su tesis. El más convincente era el ejemplo de Shakespeare. En el teatro sespiriano, confundidos aparecen lo celestial y lo diabólico, lo monstruoso y lo idealmente bello, Caliban y Ariel, Regana y Cordelia; y á veces la deformidad física, unida á la deformidad moral, da por resultado caracteres como el de Ricardo III, de una beldad siniestra, la beldad del diamante negro; otras, en un mismo personaje, el de Shylock, se mezclan, como la escoria y el fuego en el volcán, los elementos de lo satírico y de lo trágico, produciendo admirable hermosura. Para Víctor Hugo, esta concepción del arte correspondía exactamente al doble ideal filosófico y estético á que se mantuvo fiel al través de las vicisitudes de su larga vida: el maniqueismo, que era su religión, y el violento claro obscuro, que era su manera artística, la fe en los dos principios del bien y del mal que combaten y combatirán hasta la consumación de los siglos, y el deleite en los juegos de la luz y la sombra, obtenidos por medio de la antítesis y del contraste.

Una de las cosas que más deben inducirnos á desconfiar de

las teorías, es ver cómo las modifica la individualidad. Que si Shakespeare formulase teóricamente la doctrina contenida en sus dramas, diría poco más ó menos lo que dijo Víctor Hugo, me parece indiscutible. Sin embargo, aplicando los mismos principios, Shakespeare creó un teatro inmortal, y Víctor Hugo engendró un teatro que á la vuelta de diez años había de caducar quedándose como las flores secas: conservado entre cartones, á título de curiosidad y de documento.

Pero antes de referir la rápida decadencia del drama romántico, recordemos su advenimiento triunfal. Bastantes pormenores encontramos en Dumas padre, á quien en este caso se puede consultar sin desconfianza, y en quien beben todos los historiadores literarios. Interesante es, por otra parte, que nos refiera la irrupción del romanticismo quien tanto ayudó, sin querer, á su decaimiento, vulgarizándolo en innumerables libros secundarios, rebajando su nivel y prestándole cierto carácter industrial horripilante para el artista. Dice, pues, Alejandro Dumas, con su franqueza de *bon enfant* jactancioso, que lanzado el prefacio de *Cromwell*, sólo faltaba aplicarlo, y que la revolución dramática, que se venía encima, la inició feliz y atrevidamente su drama *La corte de Enrique III*, acogido con atronador aplauso, y que en pocas horas hizo de un muchacho desconocido un autor ruidosamente célebre. Estimulado Víctor Hugo por la fortuna de la obra de Dumas, tendióle la mano exclamando: «Ahora me toca á mí.» y desde aquel punto y hora dedicóse á escribir *Marion Delorme*, joya sin más defecto que la manía de hacer entrar á los personajes por las ventanas habiendo puertas. (Esta crítica es de Dumas, que en *Antony* aprovechó también la ventana para dar paso al héroe.) Terminada *Marion*, sólo faltaba saber si colaría por el tamíz de la previa censura. Azuzada ésta por los clásicos, se podía recelar todo: como que no había faltado quien instigase á Carlos X para que prohibiese la representación de *La corte de Enrique III*, á lo cual contestó el Rey con excelente sentido: «Señores, tratándose de espectáculos, no tengo más puesto que mi butaca.»

Al fanatismo de los conservadores respondía la ciega exaltación de los innovadores. Saliendo de oír leer en el *Teatro francés* el manuscrito de *Marion*, uno del Cenáculo señaló con desprecio al cartel que anunciaba la función de aquella noche, y gruñó: «¡Infelices! ¡Pues no van á representar una tragedia del mentecato de Racine!»

Repartido y en estudio el drama, súpose que en efecto lo prohibía la censura. A fin de interceder por su obra, pidió Víctor Hugo una audiencia á Carlos X, y hubo de acudir á ella con un atavío nada romántico en verdad: casaca, calzón corto y espadín. En hermosos versos ha narrado Víctor Hugo su diálogo con el anciano rey, que negaba al joven soñador la verdad histórica de Marión y quería vindicar á su antecesor Luis XIII, asaz malparado en el drama. Ni el monarca alzó la prohibición, ni Víctor Hugo quiso mejorar la semblanza de Luis XIII. Como se lamentase el empresario, el poeta le mandó volver dentro de un par de meses; y al plazo fijado, le entregó el manuscrito de *Hernani*.

¡Bajo qué feliz conjunción de astros nacía este drama, en opinión de su autor impregnado de españolismo, y por el cual hubo crítico que le otorgó generosamente la categoría de *grande de España de primera clase*! Venía *Hernani* á sustituir á *Marion Delorme*, y antes de nacer ya atraía como el fruto prohibido; venía después de *La corte de Enrique III*, aperitivo para los golosos de novedad y los revolucionarios; sonaba su vibrante nombre ibérico como primer toque de llamada convocando á la juventud barbuda y melenuda que salía de los estudios de pintor y escultor, de las aulas de Derecho y Medicina, de las cervecerías y *estaminets* del barrio Latino, de los Conservatorios y las Bibliotecas: hueste arrogante y provocativa, que chorreaba pendencia, que respiraba ansiosa el olor de la pólvora, y acudía como las hechiceras del aquelarre, rasgando el aire, predispuesta á la aclamación y al aullido. Antes de estrenarse *Hernani*, ya era atacado rudamente y defendido con devoción idolátrica.

Los que describen el estreno de *Hernani*, sin pensarlo se sirven de la terminología militar. Los espectadores no se sentaban, tomaban posiciones; no buscaban el sitio mejor para ver, sino el punto estratégico para combatir; y cual los ligeros en la memorable noche de San Bartolomé, tenían sus jefes y capitanes, se daban contraseñas para reconocerse y caer en masa sobre el enemigo. Divididos en destacamentos de veinte ó treinta, requerían en el fondo del bolsillo sus armas ofensivas—las huecas llaves,—ó fregaban las palmas preparándose al aplauso que había de cubrir el estridente silbido. Hasta en el traje y en el pergeño parecían irreconciliables los dos bandos. Mientras los clásicos movían con desprecio sus burlonas cabezas trasquiladas y ostentaban sus calvas lucias, los románticos despleaban orgullosos sus luengas crines merovingias y sus barbas dignas de un estuche como el que gastaba el Cid Campeador; y sobre los pantalones verde mar, la nota rabiosa del jubón rojo de Teófilo Gautier recordaba el trapo con que se cita al toro para enfurecerle y la bandera de las revoluciones. Los de la nueva escuela tenían en su favor el arrojo, esa misteriosa tensión de la voluntad y esa acometividad ciega é irreflexiva que todo lo arrolla. Eran la mocedad, mientras los secuaces del clasicismo representaban la fuerza de inercia, la resistencia de lo inmóvil. Como uno de los del bando clásico demostrase en alta voz desaprobación, levantóse una cuadrilla de jaleadores románticos y gritó: *¡Fuera ese calvo! ¡fuera! ¡que se largue!* Y al punto el jefe de otra brigada se alzó más indignado todavía y clamó: *¡No, que no se escape! ¡Matarle, que es un académico!*

La contienda de *Hernani* ¡cosa curiosa! puede reducirse á un altercado de peluquería. La injuria de los románticos á los clásicos era llamarles *pelucones* y también *rodillas*, aludiendo al parecido de una calva con una rodilla desnuda. Los clásicos replicaban mofándose de los melenudos y amenazando trasquilarles como á borregos inocentes.

¿Y quiénes eran aquellos reventadores de *Hernani*, derro-

tados con tal estrépito por una juventud bulliciosa y obscura? Realmente, lo más lucido de la sociedad y de la clase intelectual: gente madura y sólida, de autoridad y de peso, algo volteriana, bien avenida con la poética de Boileau, muy á mal con el calenturiento Schiller, el bárbaro de Shakespeare y el loco de Calderón. El clasicismo espirante tenía de su parte á la censura, á los salones, á la opinión y á la prensa de circulación é influjo; por suya la Academia, por suyos los cuerpos docentes, por suyo el poder, por suyos á los actores. Dumas cuenta detalles muy curiosos de la hostilidad de las actrices contra el teatro romántico. Muerta la Staël y consagrado á la política Chateaubriand, creíanse dueños de la situación; jactábanse de representar la fidelidad al genio francés, á la razón, al buen gusto y al aticismo; y para defender sus caducas y vetustas tragedias habían hecho creer al vulgo que Shakespeare era un ayudante de campo del duque de Wellington, y el romanticismo una enfermedad como la epilepsia. Y, sin embargo, en sólo una noche, con una especie de motín de estudiautes, una gresca de chiquillos, el romanticismo venció en toda la línea, y quedó la tragedia depuesta en su sarcófago de mármol.

La victoria embriagó á Víctor Hugo, y le indujo á uno de esos yerros que fácilmente cometen los escritores al juzgarse á sí propios: se creyó principalmente autor dramático. El aplauso del teatro, aplauso material, que suena y agita las ondas del aire, fascina más que todos. Acordémonos de que Cervantes se acogió á la novela después de una decepción en el teatro, por el cual sentía vocación irresistible. En el teatro es donde la gloria se toca y se palpa, y trastorna los sentidos. Pero la ilusión de Hugo fue breve. Sólo trece años habían transcurrido desde el estreno de *Hernani*, cuando se fueron al foso los Burgraves, y allí se quedaron para siempre jamás. Víctor Hugo, ante el fracaso, renunció al teatro definitivamente. Y al mismo tiempo que caía entre la indiferencia y la severidad del público el último drama de Víctor Hugo, reso-

nantes y locos aplausos saludaban á una tragedia, ¡la *Lucrecia*, de Ponsard! En los trece años que dominó en las tablas el romanticismo, no se había aplaudido ni por casualidad una tragedia. La muerta resucitaba.

Increíble nos parece hoy el corto tiempo que disfrutó de vida ese teatro romántico que tanto dió que hablar, y con el cual se creyó descubrir un mundo. Hace pocos días, en la Academia (1), un sabio crítico se frotaba las manos comprobando la temprana muerte de la escuela naturalista. Más en agráz se malogró el teatro romántico. Hay cosas que parecen haber durado mucho por la intensidad febril con que se agitó en ellas el espíritu de sus creadores, y por la prolongada resonancia de las disputas que suscitaron. Vieja es la comparación de estas cosas con las estrellas cuya luz vemos mil años después de extinguida; pero no encuentro otra más exacta. El teatro romántico sucumbió, dejando, eso sí, largo rastro, efluvios penetrantes y duraderos. Por lo demás, hay que reconocer su fracaso. Quiso dar á Francia un arte escénico nacional, y el tiempo ha demostrado que lo nacional en Francia son Racine y Corneille, Molière y hasta Voltaire y Régnier, y que los románticos procedían de una influencia exótica, de Inglaterra y España, y que reflejaban á Shakespeare y á Lope de Vega como un espejo convexo que desfigura el rostro. Quiso el romanticismo seguir las huellas del gran Guillermo, traer á las tablas la realidad libre, y trajo principalmente inverosimilitudes absurdas, pasiones hinchadas y huecas como vejigas, situaciones violentas y desenlaces descabellados y de un efectismo burdo: los dogales, puñales y pomos de veneno de la vieja tragedia, reforzados con narcóticos, subterráneos y mazmorras; los desafíos, los raptos, las mujeres arrojadas por el balcón, los verdugos vestidos de rojo y los ataúdes enlutados. De esto algo había en Shakespeare, pero bajo el convencionalismo escénico se advertía la pulsación natural y el copio-

(1) Recuérdese la fecha en que se escribieron estos Estudios.

so torrente sanguíneo de la verdad y de la vida. Si Shakespeare pudiese imaginar, por ejemplo, una ficción semejante á *Hernani*, jamás la desenlazaría con el recurso de la bocina de caza y de la antihumana resignación del sentenciado á morir de tan extraña manera. El héroe de Shakespeare saldría del paso riñendo con Silva, lo cual sería mejor que tomarle, según la frase de Don Juan Tenorio, por un cortador de oficio. A Shakespeare no se le ocurriría semejante final, ni permitiría que, como dice agudamente Larra, un viejo inexorable y celoso consiga matar á trompetazos el amor más puro y el porvenir más lisonjero de dos esposos felices.

Nótase en el talento dramático de Víctor Hugo, que desde el primer instante aparece en la plenitud de su desarrollo y en vez de subir va decreciendo. El drama de Hugo nace adulto: obra al fin de quien empezó por codificar el arte dramático. Hay más: á medida que Víctor Hugo se pone en contacto con el público del teatro, gradualmente se desorienta y se extravía. El primer drama de Víctor Hugo, *Marion Delorme*, pasa, y con razón, por su obra más perfecta. En él aparece ya la tesis favorita del poeta, la rehabilitación de los seres degradados y la depuración del mal por medio de una sola gota de bien, como una sola gota de leche del seno de Juno bastó para trazar sobre el negro firmamento el rastro luminoso de la *Vía Láctea*. Marion Delorme es la cortesana impura, pero sinceramente enamorada de Didier, el cual, desconociendo su historia, le consagra un culto fino y acendrado; este sentimiento la redime. No importa que, por salvar á Didier del cadalso, Marion se entregue á Laffemas; su dolor, su desesperación, su vergüenza, su horror de la ignominia, son claras señales de la redención de su espíritu hasta entonces abyecto. Igual pensamiento domina en *El rey se divierte* y en *Lucrecia Borgia*. Un vil bufón, escoria de la humanidad, asalariado por su monarca para acribillar á sarcasmos á la virtud y la desgracia; un repugnante corcobado de cuerpo y alma, un monstruo, conserva, sin embargo, un destello divino, el amor paternal, y es

suficiente para despertarle al remordimiento y al arrepentimiento la maldición del viejo ultrajado, y sobra para infundirle la dignidad de hombre, y para que en su conciencia se sienta igual al rey, capaz de pedirle cuentas y de lavar con su sangre la honra de la inocente niña seducida y abandonada. En *Lucrecia Borgia* sube de punto la atrocidad moral. La *Lucrecia*, de Hugo, nada semejante á la de la historia, pero sí á la de la leyenda, es la hembra luciferina, vaso de abominación, abismo de crímenes nefandos; su nombre es un estigma, y sus actos los de una tigre sedienta de sangre. Pero en el obscuro antro de su corazón penetra algo como rayo de luna visto por la claraboya de un calabozo; la fiera ha tenido secretamente un hijo, y el cariño que le tributa hace que nos interese Lucrecia, que la compadezcamos, y que tal vez nos atraiga con más fuerza que heroínas que nunca han pecado ni sufrido. *Ruy Blas* es otro aspecto de la misma tesis. Entre la hez de la sociedad busca Víctor Hugo á un mísero lacayuelo, y deposita en su alma el amor, un amor ideal y puro. Gusanillo prendado de una estrella, el lacayuelo se atreve á querer á la reina de España. Al influjo de la pasión adquiere *Ruy Blas* ese modo de sentir que parece privilegio exclusivo de los nobles y los magnates: el honor caballeresco, y otra cosa que aún vale más: la magnanimidad, la alteza de miras, el patriotismo sublimado hasta la abnegación heroica.

No puede negarse que en esta idea hay grandiosidad, pero tampoco que implica una especie de sistema mucho más mecánico que todas las unidades, reglas y cortapisas de Aristóteles. Sirve este sistema para buscar contrastes y efectos, no para trazar caracteres reales, de la casta de Otelo y Macbeth, ni para estudiar la psicología como la estudiaba Racine.

La forma de Hugo era espléndida; las situaciones, aunque violentas é inverosímiles, de singular prestigio; pero apagadas las candilejas, cuando el espectador volvía á su casa, cuando el crítico tomaba la pluma, producíase la inevitable reacción contra aquella fantasmagoría brillante y vana. Esperábase

con impaciencia la obra maestra, el fruto ya sazonado, una de esas creaciones que subyugan á la envidia, y sólo se veía un descenso vertiginoso, hasta llegar á las terroríficas y melodramáticas escenas de *Angelo tirano de Padua* y de *María Tudor*, ó á la peregrina y desatinada Edad Media de *Los burgraves*. La obra aclamada unánimemente, bella por sufragio universal, no llegó á producirla Víctor Hugo, ni tampoco—aunque le anduvo más cerca—el otro dramaturgo de la escuela, Alejandro Dumas, padre (1).

Tal vez alguien se escandalizará viendo que pongo á Alejandro Dumas más alto que á Víctor Hugo, en cuanto autor dramático; pero si es mérito la novedad, mi opinión carece de ese mérito: hace muchos años que dijo esto mismo un hombre dotado de sagacidad crítica y de un juicio profundo y sereno: me refiero á nuestro *Figaro*, Don Mariano José de Larra. A propósito del estreno de un drama de Alejandro Dumas, escribía Larra lo siguiente, que al pie de la letra transcribo: «Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el más conocedor del teatro y de sus efectos, incluso el mismo Víctor Hugo. Víctor Hugo, más osado, más colosal que Dumas, impone á sus dramas el sello del genio innovador y de una imaginación ardiente, á veces extraviada por la grandiosidad de su concepción. Dumas tiene menos imaginación, en nuestro entender, pero más corazón; y cuando Víctor Hugo asombra, él conmueve: menos brillantez, por tanto, y estilo menos poético y florido, pero en cambio menos redundancia, menos episodios, menos extravagancia; las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas y hábilmente manejadas, forman siempre la armazón de sus dramas; más conocedor del corazón humano que poeta, tiene situaciones más dramáticas, porque son generalmente más justificadas, más motivadas, más naturales, menos ahogadas por el pampanoso lujo del estilo. En una palabra: hay más.

(1) Nació en 1803, en Villiers-Cotterets; murió en 1870, en Puys.

verdad y más pasión en Dumas, más drama; más novedad y más imaginación en Víctor Hugo, más poesía. Víctor Hugo explota casi siempre una situación verosímil ó posible: Dumas, una pasión verdadera.»

Larga es la cita, pero no quise abreviarla, porque también es substancial; encierra un paralelo exacto, aunque benévolo en demasía, cuando otorga á Dumas ese conocimiento del corazón humano y de las pasiones que no poseía en tanto grado, teniendo en cambio indiscutiblemente el don de saber manejar los resortes dramáticos, un instinto doblemente seguro que el de Víctor Hugo para elegir asuntos nacionales é históricos, como el más aventajado discípulo de Walter Scott, y un tino especial para abrir caminos al drama romántico, adaptándolo á los asuntos modernos, al movimiento político y filosófico, al espíritu revolucionario, carácter que Larra reconoció en *Antony*, drama el más importante de Dumas padre, donde está en germen todo el teatro de Dumas hijo, ideológico y pasional y esencialmente moderno.

Importábame también la cita de *Fígaro*, porque hace justicia á un gran literato popular, desdeñado con exceso: á un temperamento exuberante y lozanísimo, á un escritor prolífico é irrestañable, á uno de esos pródigos de las letras y del arte á quienes todo el mundo se cree con derecho á mirar por cima del hombro, pero á quienes se lee con deleite siempre que el espíritu pide solaz y descanso; y agrada ver cómo la crítica no influída por la rutina del elogio, tiene á veces la misión de bajar á los poderosos de su silla y exaltar á los humillados. Laméntase un crítico de que en Francia se haya arraigado la mala costumbre de desdeñar y aun de despreciar á los que ya no representan las ideas ó los caprichos del momento, y señalando el olvido en que murieron Lamartine, Thiers y Béranger, entiende que los extranjeros aprecian con mayor equidad y tranquilidad las reputaciones francesas. No siempre: los fanatismos no se detienen en la frontera, no pagan derechos de aduanas. A España, por ejemplo, se ha comunica-

do no sólo la incondicional hugolatría, sino también el menosprecio de Alejandro Dumas padre, generalmente considerado un escritor folletinesco, de novela por entregas. Hora es de rectificar lo que debe rectificarse: en el drama romántico, el puesto de Dumas está á la derecha y tal vez más adelante que el de Víctor Hugo.

No parece sino que le guardamos rencor al pobre Dumas por lo mucho que nos ha entretenido, distraído y recreado su inagotable vena, por la espesa selva de ficciones que brotó de su imaginación fecundísima. ¡Hay tanto escritor que nos seca y aburre! Al que nos solaza y entretiene, sería natural que se lo agradeciésemos, en vez de imputárselo á pecado.

La biografía de Dumas padre es menos interesante que su temperamento. Puede resumirse en estas palabras: escribió sin cuenta y supo hacerse leer. Los antecedentes de familia, el atavismo y la transmisión hereditaria, caracterizaron á Dumas. Su padre, que era como el de Víctor Hugo, general de los ejércitos de Bonaparte, había nacido en Santo Domingo, y la feliz mezcla de sangre y de razas que hizo del padre de Dumas un gigante mulato, de fuerza hercúlea y de arrogante belleza, prolongó su acción hasta producir la robustísima complexión literaria del hijo. Ciertó que su abundancia y fluidez tenía el defecto de [la vegetación tropical: era como esas frutas de América, dulces y saturadas de melaza, pero de excesivo tamaño, acuosas, leñosas y fibrosas, de pulpa floja é inconsistente, y en que lo azucaroso no está contrastado por cierta acidez sana, como en las europeas. Los escritos de Dumas cunden y se ramifican y se visten de hojarasca, al modo la flora de la zona tórrida: y no era sólo en esto, ni en los signos fisiológicos, los gruesos labios y el crespo cabello, en lo que se le conocía la sangre negra, sino en caracteres morales; la ingenua vanidad, la impávida é incorregible satisfacción de sí mismo, y cierta eterna juventud ó más bien infancia de la fantasía, que con todo se encanta, porque todo le parece nuevo y hecho exprofeso para su goce, para su uso exclusivo, y

en todo país ve una tierra que descubrir y conquistar. Del negro eran también en Dumas el desorden económico, la afición al lujo y derroche, el invencible abandono y la tendencia á la pereza sensual y feliz, pereza que en Dumas, por combinación singular, se unía á una laboriosidad que yo llamo volcánica, pues se parece á continua erupción de lava ligera y enfriada presto, que se desborda en forma de novelas, dramas, historias, memorias, narraciones de viaje, cuentos, reflexiones, críticas y hasta artículos de cocina, con un tesoro de recetas. Así como en Dumas hijo preponderó la raza caucasiana, Dumas padre fue siempre el hijo de Cam. Escudada con la doctrina del ilustre Taine, que no sólo autoriza sino recomienda las anécdotas en la crítica literaria, referiré una que muestra la irreductible disparidad de las dos generaciones de Dumas. Cierta día que Dumas padre no tenía botas que poner, pidió á su hijo un par prestado. Este abrió un armario, y diciendo « Escoge », le señaló veinte pares de botas en fila, muy bien embetunadas y relucientes. Dumas padre tendió la mano, tomó las que le gustaron más, y encogiéndose de hombros, murmuró con el desprecio más profundo: « ¡Y después dirán que mi hijo tiene genio! »

Entre las particularidades del temperamento de Dumas padre, descollaron la alegría y el buen humor; en sus escritos se advierte este regocijo temperamental, que no nace de las circunstancias exteriores, sino de la salud y de la plenitud fisiológica. Nunca aparece Dumas nervioso, fatigado, hipocondríaco; nunca le faltan ánimos, y sólo su excelente estómago y su vigor sanguíneo explican cómo pudo resistir las orgías de trabajo á que se entregaba. Sus enemigos le acusaron de plagiarío y de que sostenía una fábrica de novelas en que sólo era suya la firma. Cierta que asalarió colaboradores secretos como Augusto Maquet; pero si se procuró esa ayuda material, fue porque el tiempo, estírese como se estire, no da más de sí que sesenta minutos por hora y veinticuatro horas diarias; y aun cuando restemos de la obra de Dumas lo que no hizo más

que revisar y autorizar con su nombre, queda una cantidad tal de labor, que se presenta para Dumas el mismo problema que para el célebre Tostado: tuvo que escribir mientras dormía. Así lo dice en sus *Memorias*: «Mis escenas históricas del reinado de Carlos VI fueron uno de los primeros triunfos de la *Revista de Ambos Mundos*, y este éxito me determinó á escribir una serie de novelas que se extendiesen desde el reinado de Carlos VI hasta nuestros días. Mi primer deseo es siempre ilimitado; mi primera inspiración tiende siempre á lo imposible, y después llego á realizarlo, porque me empeño, mitad por orgullo, mitad por amor al arte. ¿Cómo se hace el milagro? Trataré de explicarlo, aunque no lo comprendo bien yo mismo. Se hace trabajando como nadie trabaja, suprimiendo todos los detalles de la vida y renunciando al sueño.» El que puede quitarse de dormir y no pierde el equilibrio, la placidez y el ingenio; el que en esa producción incesante como el curso de un río, no es arrastrado y no sucumbe; el que conserva su personalidad y se mantiene presente en su obra y no desciende al fárrago insulso, bien justifica la frase de Michelet, que escribía á Alejandro Dumas padre: «Le quiero y le admiro á usted, porque es usted una fuerza de la naturaleza.»

Volveremos á hablar de Dumas padre al llegar á la novela; pero hoy sólo tenemos que considerarle como autor dramático, y en ese terreno, si Víctor Hugo goza los honores y ostenta los distintivos de la jefatura, es Dumas quien sugiere, no sólo las distintas formas del drama romántico, sino sus ramificaciones, que todavía subsisten. Dumas hijo, Augier y Sardou no deben poco á Dumas padre. Repasad los veinticinco tomos que forman el *teatro completo* de Dumas, y allí encontraréis los gérmenes, más ó menos desarrollados, del drama histórico, del histórico novelesco, del de intriga, del de pasión y hasta del jurídico. El drama histórico, con asunto nacional, es patrimonio del autor de *La corte de Enrique III* y *La Torre de Nesle*, y el drama pasional y psicológico procede de *Antony*, obra que, sin duda, cualquiera que sea el concepto

que nos merezca su tesis, y aun cuando repitamos, con Fígaro, que es inmoral, que es la expresión de una sociedad caduca y un grito de desesperación lanzado por la humanidad al encontrar, al término de su viaje, el caos y la nada, descuella entre todo lo que produjo Dumas como punto donde se concentra la luz de la inspiración. Si algún drama romántico pudo aspirar al dictado de obra maestra — imperfecta, como los *Bandidos de Schiller* — es *Antony*, y por ella habría de sobrevivir el nombre de Dumas padre, aun cuando la corriente del olvido arrastrase sus demás producciones; porque el hospiciano *Antony*, con todas sus exageraciones y énfasis, sello genuino de la época, es una figura alta y poderosa, de singular energía dramática y de gran acción sobre nuestra fantasía. *Antony* ha tenido posteridad, y ha hecho soñar y sentir. Las donosas críticas de Fígaro al asunto de *Antony*, están en pie y conservan todo su chiste, salpimentado de buen sentido; porque Larra, que en cierto modo, por dentro, fue una especie de *Antony*, era en crítica el más templado y razonable de los eclécticos y hasta el más prudente de los conservadores; pero las faltas de lógica que Larra nota en el drama de Dumas podrían reprenderse en otros que pasan por inmortales: en nuestro *Don Alvaro*, en el *Tenorio*, en casi todos los de Schiller; y en la obra maestra de Dumas hijo, que es, sin género de duda, la *Dama de las Camelias*, ha observado Zola, sagazmente, iguales ilogismos, nacidos de que los personajes no discurren bien, tienen una falsa concepción de la vida. Si los personajes del drama fuesen santos, sabios ó impecables filósofos, tal vez no habría drama posible. La misma indignación que suscitó *Antony*, las controversias, las acres censuras, indican su vigor, denuncian que es de raza activa y vividera. De las obras que nadie combate, desconfiemos; tal vez es que han nacido muertas, y que no es natural ensañarse con los difuntos. Aunque Dumas padre no era un gran crítico, tenía suma perspicacia, y lo demostró al escribir de *Antony*:

«Esta fue, no solamente mi obra más original, mi obra más

personal, sino una de esas obras raras que ejercen influencia sobre una época». Bien dicho, aunque en alabanza propia. Fruto de esa emancipación del *yo* que trajo el romanticismo, y que fue principalmente obra de la lírica, *Antony* es un drama lírico, pasional, de sentimiento; Dumas ni aun lo cree drama, sino una escena de amor, celos y cólera, en cinco actos. Si el nombrar á Goëthe al lado de Dumas padre no pareciese malsonante, yo diría que *Antony*, por sus antecedentes psicológicos, y, sobre todo, por su íntima fuerza, es el *Werther* de Dumas. ¿Y por qué no? El personaje de *Antony* es hermano de *Werther*, de *René*, de *Obermann*, de *Jacobo Ortis*, de *Rolla*, de todos los desesperados del romanticismo, poseídos de una especie de satánica soberbia que tuvo su grandeza y belleza propia. A la acusación de inmoralidad tantas veces lanzada contra *Antony*, Dumas respondía que sus dos culpables, *Adela* y *Antony*, recibían terrible castigo: para la una la muerte, el presidio para el otro. Era verdad, pero no por eso queda limpio *Antony* de la inmoralidad esencial romántica: el desenfreno del lirismo, el *yo* hecho centro del mundo y pisoteando cuanto se opone á su expansión, leyes, Códigos, respetos humanos, conveniencias sociales, y, por último, la sacra antorcha de la vida. Y por esta condición de *Antony*, porque el lirismo romántico no se expresó jamás en la escena con tanta energía, con tan impetuosa y diabólica arrogancia, es *Antony* el primer drama del teatro romántico francés.

Hemos visto que si la poesía lírica fue una gloria para el romanticismo, el drama fue al fin y al cabo un desastre. Ahora tenemos que seguir al romanticismo á otro terreno, el de la novela, que será como ir sobre tizones encendidos, porque ya nos acercamos á lo que acaloradamente se discutió hace bien pocos años, y aún no se ha sentado la polvareda que cegó tantas pupilas é hizo á tanta gente confundir los rebaños de carneros con ejércitos en marcha.

EMILIA PARDO BAZÁN.

RETOS Y DESAFIOS

DESAFIO DEL CONDE DE LA OLIVA Y D. LUIS PONCE DE LEÓN, HIJO DEL DUQUE DE ARCOS. — *Valladolid, 1627.* — Los tiempos de la caballería andante habían pasado, y ya se falseaban por algunos caballeros las leyes estrechas del honor. El Conde de la Oliva mantenía en Valladolid ciertas relaciones amorosas, dándole celos la frecuencia con que visitaban la casa donde su dama vivía, D. Tomás de Aguiar, D. Vasco de Monroy y don Juan Alonso, los dos últimos criados del Marqués de Villafranca y el primero de D. Luis Ponce, hijo del Duque de Arcos. El Conde preguntó á éste á qué entraban allí aquellos criados; Ponce de León dijo que hasta que se lo preguntase al suyo lo ignoraba y no se lo podría decir. Después dijo el Conde de la Oliva que los de Villafranca iban para ver al agente de los pleitos que el Marqués tenía en la Chancillería y que, como amigo, Aguiar los acompañaba. Después de esta explicación, sábado 2 de Mayo de 1626, hallándose en la plaza en un coche, con D. Luis, el Marqués del Valle, D. Diego de Luján, el Conde de la Oliva, el Conde de Grajal y D. Francisco de Menchaca, su hermano, la dama que el de Oliva obsequiaba pasó por allí, y D. Luis, con quien no había tenido conocimiento ninguno, al parecer, la miró. Díjole el Conde: *Señor, ¿y la palabra?* — D. Luis respondió: *¿Qué palabra he dado yo á V. S.?* — El Conde replicó: *Lo que los caballeros pro-*

meten, háse de cumplir.—D. Luis le contestó: *¿Quiere V. S. enseñarme á mí las obligaciones de caballero?*—Colérico el Conde replicó: *Sí; ¡voto á Dios y á cuantos hay en el mundo! y en el Espolón os espero.* Y saltando del coche, se fué hacia la puerta del Campo Grande.

Salió D. Luis tras el Conde, y en pos de ellos cuantos había en la plaza. El de Ponce de León logró alcanzar á su rival, á quien dijo: *Esto no es desafío, sino ruido: pues veis cuantos nos siguen. Esperad á la noche, y nos veremos á solas mejor. Finjamos volver amigos y así luego reñiremos como caballeros.* Entre tanto, la gente oficiosa había avisado al Teniente-Corregidor, que ya venía en su busca, y habiendo preguntado á D. Luis Ponce qué era aquello, respondió: *Nada, pues ya nos veis venir amigos entrambos.*—Llegado al Conde con la misma pregunta, éste le recusó como juez, diciéndole que nada tenía que saber de él. Receloso el Teniente-Corregidor y con propósito de hacer su oficio, los llamó ante el Presidente de la Chancillería, el cual cortésmente les reconvino hasta que los hizo amigos. Mas al salir de allí, en tanto que D. Luis con sus camaradas se dirigía á San Llorente, que como sábado estaba muy concurrido de damas, el Conde se vino á la plaza, donde tenía su posada.

Detúvose D. Luis Ponce en el pasadizo y las casas de don Galván con el Conde de Alba de Liste y D. Pedro Sarmiento, tío del Conde de Rivadavia, y se entraron, hablando con él. Suero de la Vega, el Conde de Grajal y su hermano vinieron de echadizos á encontrar al de la Oliva, al cual hallaron con D. Antonio Pimentel y un criado del Conde con una rodela y el coche detrás. Llegaron á hablarle, y Lucas de la Vega le dijo: *Sabéis que soy vuestro amigo, y como tal, os digo que con D. Luis Ponce de León estuvisteis demasiadamente colérico, no teniendo ocasión para desconfiar.*—Por toda respuesta, el Conde echó mano á la espada, diciendo que con ella reñiría con cuantos le contradijesen. El combate se trabó, y en el momento apareció Ponce de León con otros, estrechando al Con-

de tres contra uno. Púsose á su lado el de Pimentel, y luego el mismo Suero de la Vega, «para que no le matasen». Los amigos de Ponce se agregaron á su partido, y al del Conde D. Diego de Alarcón, caballero del Marqués de Alcañices. Mas cuando llevaban media hora de pelea, y algunos estaban heridos, aunque levemente, salieron el Conde de Alba de Lista y D. Pedro Sarmiento, para ponerlos en paz.

Ponce de León huyó, y quiso negar haberse hallado en la refriega, con lo que se enajenó las simpatías que antes se había captado, pues todos en Valladolid le habían visto en la batalla, de que salió con las ropas hechas jirones.

* * *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEAS BARCELONESAS

D. JUAN PARDO DE FIGUEROA Y D. GARCÍA DÁVILA. — *Coruña, 1629-1638.*— El proceso de este desafío comienza por la carta que con fecha de 15 de Noviembre de 1629 escribió á S. M. el Marqués de Fuentes, Gobernador de Galicia, dándole cuenta del origen del lance. El día 25 de Octubre, estando cenando á la mesa del Marqués el Capitán general de la Armada del Océano, D. Fadrique de Toledo Osorio, Marqués de Villanueva de Valdueza, con otros caballeros, camaradas suyos y del Gobernador, comenzóse á hablar de caza. D. García Dávila, hermano del Marqués de las Navas, contó que dos tiradores dispararon á un venado, y que habiéndole muerto, no se encontró más que una herida por la parte por que tiraron, y por la otra dos, infiriendo de aquí que ambos acertaron á dar en un mismo blanco. D. García mostróse tan recatado, que sólo lo refirió al oído á D. Juan de Gaviria. Este lo repitió en público, y confirmando sobre el asunto y dando todos su parecer, dijo D. García que no se había atrevido á contarle, porque no pareciera mentira. Arias Pardo de Figueroa estaba presente, aunque no cenaba. Contó el festín de caballos que hizo D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, en Nápoles, y habiéndose admirado algunos, aunque cosa tan sabida,

dijo Arias Pardo:—*Este es buen cuento para D. García.*—Don Luis Ponce de León, el mismo de la pendencia con el Conde de la Oliva en Valladolid, dijo á D. García:—*Por buen trovador os tienen.*—Y él respondió:—*Así parece.*

Prosiguió la cena y la conversación, sin que se notara señal de pesadumbre, no habiendo dado importancia á aquel suceso, pues D. García y Arias Pardo eran muy amigos, como sus padres lo habían sido. Acabada la cena, quisieron algunos jugar *al hombre*, y aunque D. García lo solía hacer de ordinario, se excusó, mientras los demás jugaban. Retiráronse el Marqués y D. Fadrique, su huésped, y á las doce se puso punto al juego. Se retiró D. Luis Ponce á su aposento y con él D. García, los dos andaluces. A poco volvió Dávila y arrimó la silla á donde estaba Arias Pardo, el cual levantó la cabeza y dijo:—*Señor D. García, ¿hay tal caballero que á todos nos quiera cortejar y hacer merced, que se fuese á dejar acostado á D. Luis Ponce, y vuelva aquí á favorecernos?*—Y levantándose Arias Pardo sin mostrar enfado ni pesadumbre, yéndose para su casa con D. Juan Pardo, caballero del hábito de Santiago, su hijo, y el Capitán Fernando de Ozaeta, que estaba de guardia á la mira, y los alféreces D. Luis Vargas, Alonso Roa y D. Juan Pardo Osorio, del hábito de Santiago y capellán del castillo de San Antón, que iba un poco detrás hablando con el secretario del Gobernador, salió D. García debajo de unos soportales, en cuerpo, con su jineta en la mano, espada y broquel en la cinta, y á pocos pasos del cuerpo de guardia de la casa del Gobernador y cerca del principal de la plaza, opinando mucho su paso á Arias Pardo de Figueroa. Como tan amigos ambos antes, Pardo ni debió ni pudo recatarse de él; mas luego que se hallaron solos, embistióle D. García dándole con la jineta, y metiendo mano á la espada y broquel le tiró muchas estocadas. Estaba Pardo envuelto en su capa y con una muleta que, por ser muy grueso, solía usar, y tratando de desembarazarse, tropezó y cayó. No por eso D. García dejó de tirarle, hasta que llegando D. Juan Pardo de Figueroa, su

hijo, comenzó á acuchillarse con el agresor de su padre, dando á éste lugar para levantarse. A esto acudió la guardia, que ya antes D. García había cuidado de prevenir, sin descubrir el intento, para que le socorriera, y él en seguida se dió á la fuga, sin que los Pardo pudieran tomar satisfacción del atrevimiento.

Avisado el Marqués de Fuentes, se levantó y pasó al aposento de D. Fadrique á referirle lo sucedido, mientras daba orden de que se prendiese á los combatientes. Por su parte D. Fadrique llamó también á su sargento mayor, D. Juan de Betriani, que lo era de uno de los tercios de la Armada, para que ayudase á la prisión, é informado de que D. Juan Pardo se había descolgado por la muralla, dispuso que se le buscase y redujese á prisión, como ya había sido detenido en su casa su padre Arias Pardo, á quien se le puso guardia para que no pudiese salir. Mientras los Pardos de Figueroa quedaron bajo los trámites de la justicia por el desacato á la casa y guardia del Gobernador, D. García Dávila se refugiaba en los estados de su hermano. Arias Pardo continuaba preso de orden de su majestad, y D. Juan, su hijo, desde que rescató su libertad, dióse á buscar á su adversario para liquidar la cuestión en un duelo entre los dos. Mas habiendo resultado infructuosas para conseguirlo todas sus diligencias, al cabo se resolvió á retarlo públicamente por medio de cartel. Publicóse éste en letra de molde, con fecha de 20 de Noviembre de 1631, y se fijó en Madrid, las Navas, Valdemaqueda, Robledo de Chavela, Avila, San Sebastián, Sevilla, Cádiz, Coruña, Bruselas y otras ciudades de Flandes y de Italia. Se narraba la agresión traidora, alevosa, vil é infame cometida por D. García Dávila, hermano del Marqués de las Navas, contra la persona de Arias Pardo de Figueroa, su padre, en la noche del 25 de Octubre de 1629; refería los pasos dados para seguirle, á pesar de su retrainimiento al castillo, fuera de las Navas, y de las gentes puestas para guardarle é interceptar toda comunicación, haciendo imposible venir cuerpo á cuerpo con él, ni matarle por

los medios que un alevoso merecía; y por último, le retaba y desafiaba solo, cuerpo á cuerpo, con las armas que él quisiere, dejadas á su elección, emplazándole para el desafío en el lugar de Lieja, entre las dos villas de Tonjar y de Untión, que es país libre y seguro, en cuya campaña, que está en medio de ellas, le esperaba el día 1.º de Mayo de 1632, de sol á sol, con todas las solemnidades de fuero y derecho de la caballería de España, y prometiendo establecerse él desde luego en una de las dos villas: «dándole tan largo plazo, no sólo para que pueda ir muy despacio, sino para prevenirse y que no pueda reclamar ni excusarse por lo breve del término ni por otra causa alguna, y que si lo hiciese, incurra en nueva infamia».

El 9 de Diciembre de 1631 se fijó la contestación de Don García Dávila al cartel de D. Juan Pardo de Figueroa en los mismos parajes donde se puso el reto, aceptando el verse con él, á pie, en el plazo señalado, designando por únicas armas ofensivas y defensivas una espada de marca y un broquel; pero pedía que asegurase el campo algún Príncipe soberano, cristiano ó no, «como principal requisito, y siempre acostumbrado para la efectucción de duelos y casos de armas, sin el cual no puede reducirse á fin cierto.» En este documento, siguiendo las prácticas rituales, á los cargos de infamia, vileza, miedo, poco valor, alevosía y otras cosas, replicaba «que miente, y se lo probaré con lo demás que me quisiere pedir.»

La impugnación del seguro del campo no apareció por parte de D. Juan Pardo hasta el 22 de Enero de 1633, de lo que se colige que lo anduvo buscando; pero al cabo tuvo que exponer, que el obtener esos seguros era ya «cosa imposible en estos tiempos, y ningún caballero lo ha pedido, ni puede pedirlo particularmente;» máxime cuando «el punto que le había señalado era país libre y seguro, y donde han tenido efecto otros desafíos, como es notorio.» Con todo, Pardo añadía: «Aún digo que dentro del término señalado, pues es tan bastante, si al dicho D. García le fuese posible conseguir la seguridad que pide, saldré á la parte que nombrase con las ar-

mas que ha elegido ó las que eligiere, no obstante de no ser usadas de caballero en semejantes casos las que ha señalado.» Su carta concluye así:—«Esperaré la resolución de Don García todo el tiempo acordado, en los Países Bajos, donde le hago saber que me hallo ya; y puede libremente venir, que yo tendré en los lugares de Tongar y Untión dispuestas las cosas de manera que, si viniese, como espero, nos podamos ver sin impedimento ninguno, aun cuando el cuidado de Príncipe poderoso sea tan grande que nos quiera quitar los medios de poderlo hacer.»

El término que tuvo este negocio se halla en dos cartas del Duque de Feria, fechadas ambas en Milán el 30 de Junio de 1638, una dando cuenta á S. M. privadamente del largo proceso y fin de este duelo, y otra de recomendación también al Rey Felipe IV, que D. Juan Pardo de Figueroa, caballero del hábito de Santiago, debía llevarle á la mano, al impetrar su gracia para arrojarse á sus pies á pedirle perdón por el desacato de haber fijado en su corte carteles de desafío. En la carta privada del Duque de Feria á S. M. le decía: «D. Juan, tomando por cuenta propia la querrela de su padre, hizo como caballero las diligencias posibles para satisfacer la injuria, y al fin le fue forzoso cumplir con su opinión y con el mundo, escogiendo la plaza de Lieja, donde habiendo D. Juan Pardo cumplido con su obligación, queda enteramente satisfecho, como V. M. podrá ver por los testimonios auténticos que van con esta. Habiendo acabado este negocio, se volverá á España para echarse á los pies de V. M., para que con su mucha clemencia le perdone.» Y, en efecto, aunque por aquel tiempo el Conde-Duque de Olivares trabajaba con ahinco por contener los desafíos, que por cualquier nimiedad eran la plaga y el escándalo de la corte, el Rey no pudo negar su perdón al que con tanto valor y constancia había defendido los fueros de su honor.

*
* *

EL DUQUE DE SESSA Y EL MARQUÉS DE MONTEALEGRE.—*Madrid: 1634.*—En un *Memorial de noticias de Madrid desde 1621* se dice que en Mayo de 1634 D. Martín de Guzmán, Marqués de Montealegre, tuvo cuchilladas con el Duque de Sessa, el Mecenaz de Lope de Vega, creyendo ser D. Rodrigo Pimentel, de la casa de Benavente, por enfados que con éste tenía por una mujer á quien galanteaba. Reconocido el error, se dieron mutuas satisfacciones, aunque uno y otro quedaron mal parados de la refriega.

*
* *

EL ALMIRANTE D. ANTONIO DE OQUENDO Y D. NICOLÁS JÚDICE Y SPÍNOLA.—*Madrid, 1636.*—Estando el Sr. Don Antonio de Oquendo oyendo misa en el Buen Suceso, le llevaron un papel de parte de D. Nicolás Júdice y Spínola, en que le desafiaba por ciertos disgustos que habían tenido en la mar, y diciéndole que estaba esperando en Santa Bárbara con espada y daga. Respondió verbalmente al que se lo entregó que haría con mucho gusto lo que D. Nicolás le mandaba. Terminada la misa se fue al Noviciado, donde se confesó, y desde allí al lugar donde el de Júdice le tenía emplazado.

En la puerta de Santa Bárbara esperaban dos caballos, y tomándolos, pasaron más adelante, hasta llegar á sitio proporcionado. A las primeras idas y venidas, D. Antonio de Oquendo dió á Júdice una estocada en el pecho que dió con él en tierra; mas iba tan bien armado, que no le hizo más daño que caer. Dejóle Oquendo levantar y preguntóle si quería proseguir; respondió Júdice que sí, y el Almirante le asegundó con otra, que, parte por tropezar, y parte por la violencia del golpe, segunda vez también dió con su adversario en el suelo. Púsole entonces la punta de la espada encima del rostro, y díjole que bien veía cómo le tenía y cómo podía acabar con él; que para satisfacción no quería más sino que el mismo Júdice refiriera en Madrid con verdad lo que había pasado, y cómo le

podía haber quitado la vida: y, por último, que si no lo hacía así, haría con él después lo que dejaba de hacer ahora. Con esto, dejándole aun tendido en el campo, tomó uno de los caballos y se restituyó á su casa.

Júdice cumplió lo prometido; mas cuando se hizo público el lance, temiendo que se reprodujera ó tuviese otras consecuencias, á Oquendo se le prendió, dándole por cárcel su casa, y D. Nicolás se retrajo á la Victoria. Después se dieron palabra de honor de no hostilizarse más, y se les dió libertad.

*
* *

EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA Y EL DUQUE DE BRAGANZA, REY DON JUAN IV DE PORTUGAL.—*Sanlúcar de Barrameda, 1641.*—La inteligencia y confabulación del Duque de Medina-Sidonia, Don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán y Silva Mendoza, con su cuñado el Duque Juan de Braganza, proclamado Rey de Portugal, contra la dependencia en que esta corona había entrado desde su anexión á España por Felipe II, fue revelada primero al Conde-Duque de Olivares y después al Rey Felipe IV, por el Contador mayor de cuentas que había en aquel reino, D. Francisco Sánchez Márquez. Reducido, como otros muchos españoles que prestaban sus servicios en aquel reino, á prisión, se trató de catequizarle para que se adhiriera al movimiento insurreccional, y manteniéndose con disimulada cautela, pudo conocer y recoger noticias sobre los hilos de la vasta trama tejida por los rebeldes de Portugal, los enemigos declarados de España, Francia y Holanda y los solapados de Inglaterra, para desquiciar, desmembrándola enteramente por su base, la monarquía española. Sánchez pudo denunciar con datos fehacientes las cartas escritas de Duque á Duque, unas de su mano todas, otras en cifra; los tratados suscritos por el de Medina-Sidonia, á título de rey de Andalucía, con Portugal, Francia y Holanda, para la venida de una escuadra de veinte buques de vela y seis de fuego que por el puerto de

Zuazo debía echar gente de desembarco en la isla de León para apoderarse de Cádiz, mientras en su bahía se ponían camisas embreadas á las naves de España para incendiarlas; el tratado para la presa de los galeones que se esperaban de América con seis millones de plata, que debían repartirse por partes iguales entre los cuatro signatarios; el tratado para la recepción de las tropas lusitanas que debían entrar por las fronteras de Huelva, y para el levantamiento popular de Andalucía, á cuyos pueblos debía ofrecerse la total exención de todos los tributos, y, por último, la parte importante que tomaba en toda la conspiración el Duque de Medina-Sidonia, cuya representación para todas estas cosas tenía su inmediato deudo D. Francisco de Guzmán, Marqués de Ayamonte. Sánchez Márquez tuvo sagacidad é industria para traerse á Madrid copia del *Manifiesto* que el Duque de Medina-Sidonia debía dar á los pueblos de Andalucía contra el Conde-Duque de Olivares y la tiranía de su padre, al mismo tiempo que la escuadra aliada asediaba á Cádiz y un ejército andalu-lusitano se establecía en las llanuras de Andalucía, ante Sevilla, y que Portugal nos acometía por todas las fronteras del Oeste, y Francia por Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia. Aquel Manifiesto se había mandado á Lisboa para su aprobación é impresión en aquella ciudad, y él solo constituía una prueba de la traición del Duque, ante cuya realidad no había argumentos aceptables.

El Conde-Duque de Olivares, más que por el amor de la propia sangre, por sutileza de habilidad, quiso sacar partido con el Duque de Medina Sidonia contra el único, realmente, insurrecto de empuje, que era el Duque de Braganza. Hizo conocer al de Medina que estaban descubiertas sus deslealtades; lo que, consternando su ánimo poco esforzado y decidido, le llevó á escribir al Duque del Infantado, al de Arcos, al Cardenal de Jaén y á su suegra la Marquesa de Priego, pidiéndoles misericordia é intercesión. Todos le contestaron que se echara á los pies del Rey, declarándole sus culpas y entregándose á

su clemencia, menos el Duque del Infantado, que no quiso rozarse *con traidores*. El Rey le llamó, hizo una declaración textificada por ante D. Jerónimo de Villanueva, Consejero de Su Majestad, de todos sus delitos; delató á sus cómplices, sin atenuar las culpas de los deudos de la sangre, en quienes se cebó el verdugo, y, mendigando el perdón, al cabo oyó de labios del Rey, puesto humildemente á sus pies: *Duque, cuanto ha sido mayor el error vuestro, tanto mayor ocasión me habéis dado para usar de mi clemencia.*

Pero estos indultos tenían un precio; y el precio era afrontar los riesgos de un acto que el Conde-Duque de Olivares creyó alcanzaría una gran resonancia en el mundo, y que en su germen lo ahogó el ridículo. Este gran arbitrio fue inducir al Duque de Medina Sidonia á enviar al de Braganza un cartel de desafío, que se dió á la estampa en Toledo, con fecha del 27 de Setiembre de 1641. El papel impreso se titula así: *Manifiesto de D. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Duque de la Ciudad de Medina Sidonia, Marqués y Conde de Sanlúcar de Barrameda, Capitán general del Mar Océano y costas de Andalucía y Ejército de Portugal, Gentilhombre de la Cámara de S. M., contra la Rebelión de Portugal.* En él declaraba traidor «á Juan de Braganza, que fue Duque»; condenaba «su detestable intención de manchar la fidelísima casa de Guzmán»; impugnaba y desmentía el supuesto de «que yo asentía á su opinión», y, bajo estos tres substanciales conceptos, desafiaba «á Juan de Braganza, que fue Duque, á fementido, aleve á su Dios y á su Rey», retándole «á singular batalla, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, dejándolo á su elección, como también el género de armas, para junto á la raya, en Valencia de Alcántara, donde esperaré ochenta días, que corren desde 10 de Octubre á 19 de Diciembre deste año, y los veinte últimos estaré en dicho lugar y sitio por mi persona, y en el día que de ellos me señalare, le esperaré, con que el tirano tendrá tiempo para saberlo, *y los reyes de Europa y el mundo, y dentro de Portugal asegurará á satisfacción de los*

caballeros que yo enviaré con mis crehencias, una legua de Portugal, como yo aseguraré al que él enviase otra legua de Castilla, á entera é indubitable satisfacción, á donde daré á entender el hecho infame que usó; y si no cumpliere yo con las obligaciones de hijodalgo de sangre para acabar con esta fantasma por el camino que me queda, si él no se atreve á salir á la batalla, y nos parecer al que soy y han sido los míos con sus Reyes, al paso que los suyos traidores, desde luego ofrezco, con licencia de S. M., mi ciudad de Sanlúcar de Barrameda, asiento principal de los Duques de Medina Sidonia, á quien lo matare.»

A este papel, ridículo en la forma y en el fondo, porque en materias políticas estos estremecimientos de nervios son accidentes puramente femeniles, se contestó de Portugal con otro papel satírico, impreso, y titulado *Cartel de desafío y protestación caballeresca de Don Quijote de la Mancha, caballero de la Triste Figura, en defensa de los castellanos.*—Toboso, 29 de Octubre de 1641.

*
* *

JUAN DE VALENCIA Y MOS DE LA MOTHE.—*Campo sobre Lérida, 15 de Mayo de 1644.*—Entre los caballeros más ilustres y gallardos de la corte de Felipe IV, era uno de los más lucidos en todas las fiestas que se hacían á S. M., sobre todo en las de toros, el bizarro D. Juan Valencia, á quien unos por su esplendidez llamaban *El Infante*, y otros por su riqueza *El Indiano*. Cuando en presencia de S. M. entraba á rejonear en la plaza, llevaba hasta ciento cincuenta lacayos, con libreas de plata y azul, y cuando hacía las cortesías, los echaba á *estocadas* del redondel, quedándose sólo con *dos indios* que tenía, cosa maravillosa. Habiendo tomado gran incremento la guerra de Cataluña, formó su partido, y sin comunicarlo con nadie se fué al ejército, y el día 15 de Mayo, que fue la batalla de Lérida, en que el General francés Felipe de La-Mothe-

Handoncourt dejó sobre nuestro campo victorioso de combate siete mil franceses muertos y prisioneros, catorce piezas de artillería, veinte banderas y el bagaje, tomó Valencia al primer toque del clarín, una pica de la primera hilera del cuerno derecho del regimiento de la Guardia de S. M., que era la que por privilegio particular, que siempre tenía en aquel tiempo, llevaba la vanguardia del combate, y muertos á su lado, sin haber nada enmedio, de diferentes cañonazos de artillería, D. Diego y D. Bernardo de Guzmán, diéronle á Don Juan otro tan milagroso, que no parecía posible hubiese quedado con vida. La bala le llevó los calzones de color y los blancos, y toda la camisa á cercén, la espada y un buen pedazo del muslo izquierdo, y en una de las faltriqueras una sortija con un diamante que le costó dos mil ducados y otros seiscientos en monedas de oro, que fue los que mostró á los Condes de Vagos y de Castelnou, habiendo concertado con ellos, antes de entrar en la batalla, y hecho pleito homenaje, unos en manos de otros, de enterrar el que quedase vivo al que muriese.

Al día siguiente 16, envió con un prisionero á quien Don Juan dió libertad, el papel de desafío que se sigue al Mariscal de La Mothe, con licencia del General D. Felipe de Silva, perenne testigo de las bizarrías de aquel caballero:

«MOTHA: por vasallo del Rey Católico, nuestro señor único y soberano, entre todos los Reyes de la tierra, y por mis obligaciones, no es posible excusaros del desafío, que, cuerpo á cuerpo y con las armas que quisiérades, os hago por esta, á pie ó á caballo; y aunque os tocaba por desafiado señalar por todo, os lo ruego, y por el gran deseo que tengo de que nos veamos más cerca: que ayer esperéos mucho y me desconsolasteis de veros esperar tan poco; y vendré en todos los partidos que quisiérades, con que no me limitéis la posibilidad de que sólo me valga el valor natural de mi espíritu, que le crió Dios para mí, dándole por funda este cuerpo, para que le reconozcáis y respetéis, teniéndole como súbdito, y que con de-

bido reconocimiento á mí, como lo vemos en animales que nacen con particular soberanía sobre los otros que los supeditan: y yo lo pretendo de vos por la espada y por mi brazo; y si bien vosotros los que llegais á los puestos de Generales os valéis de muchas razones y de otras que suponéis, usando de ellas como os está mejor, no hallo os asista ninguna para la presente, sino una que es quererlos mucho y ser piadoso con vos mismo. Yo he venido aventurero, dejando la corte, que es mi habitación, y á solo esto y con este pretexto: no me lo malogréis, ¡por vida de Motha! que para seguridad de sitio y la vuestra hasta llegar al combate, os enviaré todas las que quisierades de mi General, á quien se lo suplicaré en recibiendo vuestra respuesta. Y vuelvo á rogar cumplais este mi deseo ¡por vida de vuestra Mosela! que yo os doy palabra de dejaros volver, si acaso quedarais para ello. Y para que lo podais decir, como por su intercesión, poniéndoosla por medianera, dispenséis en todo aquello que os podrá servir de excusa. Hacednos este agasajo y respondedme. ¿Qué os lo estorba? Y no me toméis de alguna venda de desenfado, fundándolo en que estáis tres leguas y que no os alcanza desde aquí la que traigo al lado; porque si lo que tentais en este hecho, vos seréis el desairado, pues lo conseguiréis en lo mismo que os debe hacer modesto. Dios os guarde hasta que lleguéis á verme y á reconocer cuanto pueda lo evidente, y que sepa el mundo el caudal que tenéis, si no queréis vivir en lo fantástico, que en este caso me los podrá reducir. Este os dará Dionis de Lyon, á quien he dado libertad por ello, y porque os le dé y nos traiga respuesta. De esta Huerta de Lérida y del campo arrimado á la ciudad, hoy 16 de mayo de 1644.— *Don Juan de Valencia, el del Infante.*»

El Mariscal de La Mothe no se ofendió de las gallardías de esta genialidad, y respondiendo cortés con la misma bizarría, así contestó á nuestro gallardo caballero.

«AMIGO DON JUAN: Dionis me ha dado vuestro papel, que es tan gallardo, como vos andubisteis el otro día en la pelea.

Obedézcóos en responderos, aunque por muchas causas, que no excusan otros Generales, no debía; pero sollicitaisme en lo que más quiero, y certifícoos por ello mismo que, si las prevenís, os lastimais en citarlas solo, siendo mías, no me excusasen. Os diera el gusto que me pedís; de mas que yo no contiendo con ventaja, ni lo debo á mí mismo, pues sé que estais herido. Curad y mirad por vos: que muchas ocasiones tendréis de servir á vuestro Príncipe. Deseándole muchas victorias, conservaos para dárselas; que con caballeros de vuestro espíritu, se puede prometer dichosa fortuna. Dios os dé la que deseo. De Bellpuig, 19 de mayo de 1644—vuestro servidor—*El Mariscal de La Mothe, Duque de Cardona.*»

*
* *

EL MARQUÉS DEL ÁGUILA Y D. JUAN DE HERRERA.—*Madrid, 1640.*—Por celos de damas, á la conclusión de una comedia representada en Palacio al Rey D. Felipe IV, el Marqués del Águila dió un bofetón en la cara á D. Juan de Herrera, caballero del hábito de Santiago y caballero del Marqués de Heliche. El escándalo que se produjo en Palacio fue supino. Se mandó prenderlos, y se hicieron graves cargos contra el Conde de Sástago y el de Cantillana, porque además de atribuirles haber aconsejado una determinación tan violenta y un desacato tan inconsiderado á la morada del Rey y en acto á que él y la Corte asistían, se les echaba la responsabilidad de haberles abierto las puertas para que escapasen. La cuestión llevó un largo proceso. El Marqués de Liche azuzaba á su caballero para que no se acomodase con ninguna composición, y aunque el Marqués del Águila cayó enfermo, Herrera logró publicar los carteles del desafío, emplazándolo para los cantones de los esguizaros. Al plazo apelado, el Marqués del Águila, sin contestar, se presentó en el lugar á que se le había citado, y por tener una llaga que le impedía combatir á la espada, llevó dos pistolas y dos sillas para disparar

sentados. Al señor del campo pareció aquella acción más propia de fieras que de hombres, y puesto que sólo con su puntualidad á la cita los dos se acreditaron como hombres de honor, sacó del campo á los dos caballeros, dándoles igualmente por buenos y sin permitirles la batalla.

*
* *

D. LUIS RAMÍREZ DE GUZMÁN Y EL ADELANTADO DE LA FLORIDA.—*Madrid, 1567.*—Jugando á los trucos (billar) el día 8 de Octubre de 1657 en casa del Marqués de Robledo varios caballeros, al terminar unas carambolas D. Luis Ramírez de Guzmán, que en ellas tenía mucha habilidad, se levantó el Adelantado de la Florida, D. Diego Meléndez de Avilés, y sin motivo ni querella ninguna dió á D. Luis un empellón en el hombro derecho con la mano izquierda, y resbalando los dedos le tocó en el rostro. Se habían porfiado aquellas jugadas, y Ramírez de Guzmán había dejado el taco, hallándose además aún con la espada desceñida, pues se la había quitado para aliviar el juego. El Adelantado estaba con la suya, mas viendo que D. Luis echaba mano á la que había dejado, no esperó, y perseguido por su afrentado llegaron á alcanzar la puerta de la calle. Estaba el Arcediano de Madrid en ella para tomar su coche, y tropezando en la rueda, al Adelantado se le cayó la capa y la espada. El Arcediano y sus criados se abrazaron con Ramírez de Guzmán, con lo que Meléndez de Avilés pudo escapar.

Don Luis fué luego á buscar al Adelantado á su casa; pero aquella noche no regresó á ella. Pasóla el de Guzmán esperándole en la calle, y luego continuó haciendo muchas diligencias hasta que supo estaba encerrado en San Martín. Entró disfrazado D. Luis varias veces en el convento y á diferentes horas; y averiguada la celda en que estaba, que era la última del tránsito, junto á la tribuna, escaló una noche, á la una, el convento por la ventana que caía á la calleja donde vivía Juan

Félix de la Vega, junto á la plazuela de Santa Catalina de los Donados. La resolución era romper la puerta de la celda, y á cualquier precio tomar satisfacción en su persona. Pero en el paso encontró dos puertas cerradas, con que no pudo seguir adelante. Dejando bajar los criados que le acompañaban, quedó escondido sólo aquella noche, esperando la mañana y el momento en que los frailes estuviesen en prima. Pero el cuidado que tenían en el amparo de su asilado, frustró todos estos proyectos. A la hora de prima, D. Luis llegó hasta la punta de la cruzía donde se hallaba la celda del recluso; pero saliendo los frailes del coro, fueron echando llaves; y al encontrar y reconvenir á D. Luis por su atrevimiento, éste les contestó que les había de quemar la casa: de que resultó que fray Bernardo de Ontiveros, el Abad que entonces había y que fue después Obispo de Calahorra, dió cuenta al Rey, y por mandato del Rey al Presidente de Castilla.

Entretanto, el Adelantado de la Florida, vestido de mujer, se escapó de Madrid, sin que D. Luis supiera de él durante algunos días; pero con noticia de que había partido para Asturias, le siguió por la posta hasta donde las halló, y desde allí hasta Oviedo en mulas. Aun con estar el Adelantado en su propia tierra no se fió de las audacias del Guzmán, y en Oviedo se retrajo al Colegio de la Compañía de Jesús, hasta que, con avisos de Madrid, tomando parte la Justicia, se obligó al de Guzmán á retirarse de Oviedo y de Gijón. Por las pesquisas que éste tenía, aunque sólo se hallaba asistido de dos criados que sacó de Madrid, supo que para el verano de 1658 se disponía su adversario á marchar á Santander, con ocasión de formarse una flota, y, vestido de clérigo, instalóse en aquella población; pero viendo que la flota se había formado y repuesto y el Adelantado no aparecía, resolvióse á marchar al mismo Avilés, asiento de su casa y mayorazgo. En Avilés sufrió un nuevo desengaño: la casa estaba cerrada, como si no la habitara nadie, y no encontró ni aun criados que le informasen del paradero de su amo.

Hallábase en León el Duque de Híjar, y allá fué D. Luis para pedirle una casa que tenía en Rivadeo; pero examinadas por el Duque sus intenciones sobre la satisfacción que se proponía tomar, díjole que había otras más propias de su sangre y de su cuna, más públicas y sin riesgos ante la Justicia. Le expuso su opinión, le prometió el secreto, y volviéndose Don Luis á Madrid, comenzó á plantear el consejo del Duque, no sin consultarlo previamente con soldados de gran reputación, parientes y duelistas, que le expresaron su absoluta conformidad. Entre las autoridades, de quines tomó parecer, se contaba el Duque de Grammont, Mariscal de Francia, donde ejercía el cargo de *Juez de duelos*, y acababa de llegar de embajador á Madrid á los casamientos de la Infanta Doña María Teresa con Luis XIV. Con esta resolución, aunque con quartanas, con tres camaradas, caballeros sus amigos, para que le sirvieran de testigos, volvió á León, y estableciéndose allí, escribió al Adelantado una carta muy cortés, exponiéndole su agravio, su propósito de tomar la reparación á todo trance y citándole para el encuentro personal. Por parte del Adelantado significósele entonces su intención de darle la satisfacción que pedía.

Fue elegida la misma ciudad de León, como cabeza de reino, y porque en ella la publicidad del acto sería mayor, por sitio para la entrevista, y se señaló el viernes 16 de Enero de 1659, de siete á ocho de la mañana, para el lance en plaza pública, prevenida extramuros de la población. La concurrencia fue enorme, como á un gran espectáculo, y las damas de la ciudad asaltaron las almenas del castillo, desde donde se dominaba el campo. D. Luis, que era de gallarda presencia, apareció muy galano; mas sacadas las espadas, al llegar á la plaza del castillo á hacer la conclusión para ganársela, se le fueron los dos pies en el hielo, y sin perder espada ni tiempo, se levantó algo picado del suceso, con que se tiraron algunas puntas, y tornándole á hacer la conclusión, le quitó la espada al Adelantado, sin entregársela él. Este, viéndose desarmado, le dijo en voz alta y clara que la oyeron to-

dos:—*Perdóneme vuestra señoría la vida, por amor de Dios.*—
D. Luis respondió:—*Por amor de Dios, y por el Duque de Híjar que está presente, os la perdono.*—Y el Duque bajó á reconciliarlos.

Los testigos del duelo y la justicia de León levantaron el acta sobre el propio campo, que suscribieron con el Duque de Híjar muchos caballeros leoneses, madrileños y asturianos que habían venido con D. Luis y con el Adelantado. La información se mandó á S. M. por el Marqués de la Lapilla, y la espada ganada á una Vizcondesa, dama de los pensamientos de D. Luis de Guzmán.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LAS FIESTAS ENTRE LOS MUSULMANES

Como en la del individuo, hay en la vida de los pueblos acontecimientos de varia condición y naturaleza, los cuales deben ó merecen ser recordados perpetuamente, por la importancia y por la trascendencia que les ha sido atribuída, á fin de que, conservándose y manteniéndose frescos en la memoria de las generaciones, despierten y estimulen siempre en ellas, á ser posible, los sentimientos mismos que en su origen inspiraron.

La conmemoración, pues, de tales acontecimientos, ya religiosos, ya profanos, y más ó menos significativos, causa fué, en todas las edades y en todos los pueblos, de la institución de las festividades, porque la humanidad es eternamente una, en el espacio y en el tiempo. Sometido, por tanto, á esta ley superior, y en realidad ineluctable, en cuantos grados la civilización consiga,—el pueblo mahometano tiene, cual es natural y consiguiente, sus festividades y sus días solemnes, unas y otros consagrados á perpetuar la memoria de acontecimientos dignos de recordación, y principalmente de caracter religioso.

Mahoma, como todos los grandes reformadores, por interés, por necesidad y por conveniencia, hubo de transigir, como es sabido, con no pocas de las preocupaciones, creencias y costumbres, ya tradicionales é inveteradas entre los árabes; y en el número de estas últimas, por lo que hace á nuestro actual

propósito, figura la de estimar, con los árabes ante-islamitas, en el concepto de meses superiores ó privilegiados, como señalados ó marcados (*axhur mu'lomát*), los cuatro meses de Xaguál, Dzu-l-Caâda, Dzu-l-Hicháh y Moharrám, si bien en el *Libro Santo* les da nombre, título y representación de *meses sagrados* (*axhur-ul-hurum*), con lo cual recibían para en adelante la debida consagración religiosa.

Y con efecto: si en el Korán recogía y autorizaba la tradición, expresando en la aleya ó versículo 36 de la Sura IX que, «con verdad, el número de los meses, por decreto de Alláh, es el de doce meses, [y así está escrito] en el libro de Alláh (1), desde el día en que creó los cielos y la tierra», que «de ellos, cuatro son sagrados», y que «esta es la ley constante» (2),—de viva voz lo manifestaba, según refieren los biógrafos del Profeta, cuando, con motivo del último peregrinaje hecho por él á la Mecca en Dzu-l-Caâda del año 632, décimo de la Hégira, fijó definitivamente el calendario, cortando para siempre ciertas prácticas abusivas que en él habían introducido para comodidad suya los muslimes, y que estaban, sin embargo, condenadas en el Korán por modo expreso y terminante (3).

Durante los cuatro meses privilegiados, de que se ha hecho mención arriba, prohibida quedaba á los fieles entre sí toda

(1) Entienden los comentaristas por el *Libro de Alláh*, la tabla guardada por los ángeles, en la cual están escritos los decretos divinos; se halla formada de una sola perla, y ocupa tanto espacio como hay de Oriente á Occidente (Henry Delaporte, *Vie de Mahomet*, pág. 540).

(2) Delaporte incurre en el error de atribuir estas palabras, que son el principio de la aleya citada, á la Sura xxxvii, sin expresar versículo (Vide página citada).

(3) El primero de estos abusos consistía en intercalar un mes cada tres años, costumbre que había nacido «à l'occasion du pèlerinage de La Mecque, qui, dès le temps d'Ibrahim et d'Ismaïl, se célébrait constamment dans les dix premiers jours de Dhou'l-Hadja.» «Cette division était subversive de l'ordre des saisons.» «Comme l'année solaire présente un excédant d'environ onze jours sur l'année lunaire, l'époque de cette fête par-

injuria, de hecho ó de palabra (1); y bien que con relación á uno de ellos, el de Moharrám,—llamado por antonomasia *xahr-ul-Láh-ul-harám*, ó sea *el mes por Alláh sagrado*, ó simplemente *ax-xahr-ul-harám*, *el mes sagrado*, según en el Korán se le apellida,—había declarado Mahoma que la guerra en él era pecado grave (2), manifestando en corroboración de tal precepto, y como amplificación del mismo, que cuando hubieren fenecido aquellos meses, podían ó debían los fieles dar muerte á los idólatras, donde quiera que los hallaren, hacerlos prisioneros, sitiarnos y prepararles emboscadas (3),—autorizaba, no obstante, la guerra con los infieles en todos los meses del año sin distinción, de igual manera que los infieles combatían á los musulimes en todo tiempo (4).

Fiesta de precepto, el viernes es día de singularísima virtud, santificado, y «la mejor de las Pascuas», pues en la noche de un viernes nació Mahoma, y viernes era el día en que Dios suspendió el curso del sol por espacio de hora y media, á fin de que Josué pudiera vencer los gigantes con quienes tenía, al caer de la tarde, trabada empeñada contienda. Para conmemorar y celebrar acontecimientos tan solemnes como prodigiosos, el viernes,—*yám al-chomuá*, como le apellidaron en España, *nehar el-yemuáa*, según le llaman en África, ó *yum*

courait succesivement toutes les saisons de l'année.» «Pour rémédier à l'inconvénient résultant de cette variation et pour fixer le temps du pèlerinage à la saison de l'automne, qui est la plus favorable, parce les chaleurs commencent à tomber et que les récoltes son faites, on eu recours à l'intercalation, moyen dont se servaient les juifs: ainsi l'année rédevint solaire,» y cada tres años, uno resultaba de trece meses. El otro abuso era el de transferir la santificación de cualquiera de los meses sagrados, al mes siguiente, sustitución que recibía el nombre de *el olvido* (Delaporte, Op. cit. págs. 540 y 541). Una y otra transgresión están taxativamente condenadas en el versículo ó aleya 37 de la citada Sura IX.

(1) Korán, Sura IX, aleya 36.

(2) Idem, Sura II, aleya 214.

(3) Idem, Sura IX, aleya 5.

(4) Idem, id., aleya 36, citada.

el-d'yemag, cual pronuncian en Argelia,—equivale en la semana al domingo de los cristianos, y en él «débese el muçilim..... ponerse mejorado de bestidos» en señal de alegría, para diferenciarle y enaltecerle, después de haberse purificado, conforme prescribe la *çunna*, con el *tahor*, ablución general reservada para este día y los primeros «de pasqua de Rramadán y de carneros» (Dzu-l-Hicháh), «y para hazer repintença, y para entrar en Maca (la Mecca).»

Tal y tan grande es la importancia de este día, en el cual vino al mundo el Profeta, que, para honrarle en la forma debida, han de prepararse en él con fervorosa fe los musulmanes, limpiando á la vez el alma y el cuerpo: aquélla, haciendo propósito de enmienda en sus culpas y pecados de todo género; éste, con el *tahor* y el *quaddo*, que «son armas y guarniçiones con que el hombre se aparexa para allegarse á su Señor y criador con la obra de l'*açala* de deudo, ó boto: lo qual es serbidumbre del alma y del cuerpo para que lo guarde, y le alumbre para ser limpio dentro y fuera» (1).

Todo mal propósito, todo rencor, todo disgusto que un muslime tuviere con otro, deben ser desterrados desde luego en este día santo, á fin de que, purificada el alma en tal manera, limpia de la escoria vil del pecado, como ha sido *taharado* ó purificado por esta especial ablución el cuerpo, sea dable que concurra sin temor á la *alchama* (Aljama, Mezquita mayor), y levante allí, libre de toda culpa, su espíritu hasta el trono del Omnipotente. Precepto inexcusable es en este día la asistencia

(1) *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley çunna*, por «el onrrado sabidor, moftí, y alfakí del aljama de los moros de la noble y leal ciudad de Segovia D. Iça Jedih ó Gebir» (*Memorial histórico español*, tomo v, pág. 261). Perdiase el *tahor* «por seis maneras, que son éstas: por la esperma que salle á un onbre con deleyte de muger; ó durmiendo, ó espierto; la terçera por duda que tenga en ello; la quarta por incredulidad del infiel para conbertirse en la creença; la quinta es la purgaçión de la muger; la sesta por haber parido.»

á la Aljama para cuantos no tengan verdadero y legal impedimento, siendo sólo ocho «los que no son obligados al *alchomua*», los cuales son: «el doliente que [materialmente] no puede, la mujer que no está limpia (1), el caminante que no está en poblado, el muchacho que no tiene edad, el biejo sin fuerzas, las donzellas vírgenes que no tienen edad, el que estubiere pribado de su bista, si no tiene quien le adiestre (2), y el ombre que está obligado á cumplir algún negocio de grande importancia, y le toma la hora fuera del pueblo» (3); y tal es el rigor del precepto, como para que esté de todo punto prohibido «partir al onbre para ir donde no pueda cumplir el *açala* con *alchama*, sino que baya despues del *açala* (4).

La ceremonia religiosa del viernes varía, por tanto, de la de los demás días, y en él se predica con toda solemnidad la *jotba* (5); entre los musulmanes españoles, según tradición de la *Sunna*, conservada por los mudejares de Castilla, la *açala* ú oración del *alchomúa* se celebraba del siguiente modo: «Quando el *alfaquí* (6) sube al *almimbár* (7) y toma el *alquiz* (8) en las manos, la ora an de dezir el pergüeno con boz alta en drecho del *almimbár*, y si no dixere más de un pergüeno, pásale, y si hay en el *alchama* más de dose moradores

(1) Es decir, la parida y la que está con su purgación.

(2) «Llevar del diestro, conducir» (nota del Sr. Gayangos).

(3) *Suma de los principales mandamientos y devedamientos*, etc. (*Mem. hist. esp.*, tomo v, pág. 297).

(4) *Idem* (*Idem*, id., pág. 296).

(5) Prédica, sermón ó arenga que el *jathib* dirige al pueblo los viernes desde el *minbár*. En ella se invocaba la protección divina para el soberano reinante.

(6) «Jurisconsulto, hombre versado en el *fiqh*, ley religiosa y civil» (nota del Sr. Gayangos).

(7) Púlpito.

(8) «*Oquez* significa en arábigo *báculo*, *bastón*. Pedro de Alcalá, en su *Vocabulario* traduce bastón por *uuquiq*. Véase (Nota del Sr. Gayangos).

y mesquida sitiada para ello (1), a de aber *alhotba* (2) y alfaquí; y no debe aber mezquida do no ay quien aga en ella *açala* ybierno y berano, çinco *açalaes* con *alicama* y *alimém* (3) y *alhotba*. El *alhotba* a de tener tres cosas: loar ad Allá y hazer *açala* sobre el bienabenturado *annabí* (4) Muhammad, y leer *aleas* (5) del alcorán que amonesten y castiguen (6) al pueblo de lo que se sigue en aquel tiempo, de manera que lo entiendan, y pedir perdón por todos al fin della (7).

«Fué amado que en la segunda *alhotba*, después de las loaciones ad Alláh, *taale* (8), que nombren á los de la *açihaba* (9), como caudillos y ensalzamiento de la *aluma* (10) de Mohamad, pidiendo perdón ad Alláh, *taale*; después dos *arracás* (11)

(1) Del contexto de la frase parece entenderse que si en la Aljama hubiere doce ó más sirvientes que vivan en ella, entre *imámes*, que dirijan la oración; *mocries*, que leían el Korán; *omanes*, que conservaban el orden en el templo; *muédzanos*, que hacían los pregones; *sadanes*, que custodiaban el templo, y *mocadenes*, que tenían á su cargo encender las lámparas y los cirios, y además la mezquita tuviere capacidad para ello, debía asistir á la *açala* del viernes el *faquíh*, y debía pronunciarse la *jotba*.

(2) Los mismo que *jotba* y *alhotba*.

(3) El *alicama* es el pregón interior, y el *Imám* quien guía en la *açala* á los concurrentes.

(4) El Profeta.

(5) «*Alea* ó *aleya* es versículo del Corán, signo, milagro. Díjose también *aya*» (nota del Sr. Gayangos).

(6) Como en toda la Edad Media, el verbo *castigar* está empleado en el sentido de *aconsejar*.

(7) Cual parece deducirse de las palabras del texto, los mudejares no pedían en la *jotba pro regê*, sin duda por no reconocer la soberanía de los monarcas cristianos.

(8) Exclamación de religioso respeto, que sigue siempre al nombre de Alláh, y significa ¡ensalzado sea! ó ¡tan grande es!, según el *faquíh* de Segovia.

(9) Los compañeros y discípulos de Mahoma.

(10) *Aluma*, *aloma* ó *alomma*, el pueblo, la grey.

(11) Incurvación, «postura de la azala, que consiste en inclinar el cuerpo para adelante hasta tocar las rodillas con la palma de las manos» (Nota del Sr. Gayangos).

públicas con su *pergüeno* y *alicama*, y lean en la primera *arraca* el *alhamdu ynçabihu lillehi* (1), y en la segunda *arraca*, *alhamdu* y *çabihizma* (2), ó lo que sepan y quieran; y quando no vbiere *alhotba* [por no haber «dosa moradores y mesquida sitiada para ello»], y se adelantará alguno, hagan cuatro *arracás* secretas como en *adohar* (3) del día del *alchomúa*, que es *çunna*.

Engalanados, pues, con las mejores ropas, postergado todo negocio y prohibido «en la ora de la *açala* del *alchomúa* comprar ni bender, y toda cosa que ocupe la ora del *açala*», penetraban en la Aljama los fieles, los hombres por las puertas que les eran propias, y por las suyas las mujeres, los unos para situarse en las naves inmediatas al *mihráb* ó adoratorio, capilla donde se colocaba el *imám*, y las otras en los *macassires* ó lugares reservados, cuando el templo tenía capacidad para ello, después de hechas las abluciones legales en el patio. Cuando el templo carecía de puertas especiales, penetraban en el interior primeramente los hombres, que se colocaban en la fila delantera, dejando á la espalda los ancianos; después «los muchachos tras de los biejos, y las mugeres detrás de los muchachos, apartadas de todos los ombres», no pudiendo asistir al templo «las mugeres donzellas», si no hubiere en él lugar apartado, caso en el cual debían asistir, aunque «muy cubiertas», para que no pudiera distinguirse el rostro (4).

(1) ¡Alabado sea Alláh!

(2) Abreviación de las palabras con que comienza la aleya 1.^a de la *Sura LXXXVII* del Korán: *sabbih-isma rabbika al-âli*=¡Alaba el nombre de tu Señor, el Altísimo!

(3) Oración del mediodía.

(4) En la monografía que, con el título de *Contrastes entre españoles y berberiscos*, publicó Murga (el Hach Mohamed el Bagdady) entre los *Recuerdos marroquíes del moro vizcaíno* (Bilbao, 1868), hace constar, bajo el núm. 47, que «en las mezquitas son la excepción las mujeres, y éstas, si es que se ven algunas,—dice—se colocan detrás, en los rincones más ocultos, y procuran hasta contener la respiración para que su pre-

En estas mezquitas pequeñas, disponía la *Sunna* que «no salga (del templo) ningún ombre hasta que entiendan aberse ydo todas las mugeres», á fin de impedir profanaciones y tumultos, previniendo que no se hicieran *annefilas*, ú oraciones voluntarias «después de la *alhotba* en la mezquida, ni quando dize el *alimém* el *alhotba*», tiempo en el cual no debía responder ninguno de los fieles á otro en voz alta (1).

Es en realidad el de la *açala* cuadro conmovedor, y «espectáculo verdaderamente magnífico el aspecto que presenta una mezquita en el momento en que, á la voz estentórea del Almuedano, que grita: ¡Dios es Grande!, inclinan sus cabezas hasta el suelo, repitiendo aquel grito todos los que han acudido á la oración.» «No hay nadie que, por más prevención con que mire á aquella raza,—continúa diciendo el autor á quien copiamos, testigo presencial y de abono,—no sienta en aquel acto llenársele su alma de espíritu religioso, y que no siga el ejemplo de la multitud.» «En la gran Mezquita de Fez (Chama Karuin..... caben en ella más de 20.000 almas), he visto más de una vez,—añade,—á 6 ú 8.000 personas haciendo su oración de después del medio dia, y espectáculo es éste que jamás se borrará de mi memoria» (2).

Como aconteció en España con los Califas de Córdoba, los régulos de Táifa después, y los soberanos almoravides, almo-

sencia no pueda turbar el fervor y recogimiento en que se supone deben estar sumidos sus dueños y señores». Otros escritores afirman que «las mujeres no son admitidas en las mezquitas, á fin de que su vista no haga olvidar á los hombres el sitio en que se hallan». «Sin embargo,—añaden— en la mayor parte de los templos, hay en una de sus extremidades tribunas con celosías, donde se colocan las que van más bien por curiosidad que por devoción, pues las que saben rezar hacen sus devociones en la casa» (D. Francisco de A. de Urrestarazu, llamado Sidi Abd-El Kaderben-Edchilali, *Viajes por Marruecos*, pág. 172).

(1) *Suma*, etc., cap. xx (*Mem. hist. esp.*, tomo v, pág. 296 citada).

(2) Murga, *Recuerdos marroquies del moro vizcaíno: los Renegados*, página 103.

hades y granadinos más tarde, los sultanes en Africa «se dejan ver en público» los viernes; sólo que mientras los Califas cordobeses iban á la Mezquita-Aljama desde el Palacio Califal, por medio del *sabáth* ó pasadizo que ponía en comunicación directa el Alcázar y la Mezquita, y en ella quedaban separados del pueblo por la *macssura*,—los sultanes en Marruecos se dirigen al templo con todo aparato por las calles, y «rodeados de un pueblo que acude allí en tropel, hacen la oración del *dehor* (1), que viene á ser de la una á la una y media de la tarde.» «En tal día, desde antes de esta hora hasta la del *azar* (2) (de dos y media á tres y media, según la estación), se cierran las puertas de entrada de todas las poblaciones» (3) con motivo de la festividad religiosa y la asistencia de los fieles al templo, en memoria de lo acaecido en Bugia el año 1184 de J. C. Refiérese, con efecto, que habiendo sucedido en la indicada fecha el príncipe Al-Manzor á su padre el Amir Yusuf, el viernes 6 de Xaâban penetró El-Mayorky en Bugia á la hora de la oración, y cuando todos los fieles se hallaban en la mezquita, pues *hasta entonces las puertas de las ciudades no se cerraban los viernes*. Había aquel caudillo esperado tal momento para apoderarse de la ciudad; y no hallando obstáculo alguno en las puertas, llegó al interior de ella, cercó inmediatamente la mezquita, dió muerte á cuantos pretendieron resistir, y tuvo por suya la población, en la que permaneció por espacio de siete meses. «Desde entonces,—concluye el autor de quien tomamos la noticia,—adquirieron los musulmanes la costumbre de cerrar las puertas de las ciudades los viernes, á la hora de la oración» (4).

(1) En España dijose *ad-dohar*, *adohar* ó *aduhar*, y es la hora y oración del medio día.

(2) *Al-assár* ó *al-açar*, la tarde hasta ponerse el sol, y la oración que se hace á dichas horas.

(3) Murga, Op. cit., pág. 91.

(4) *Rud-El-Kartás*, trad. de Beaumier (París, 1860), pág. 385. Los berberiscos, según Murga, tienen «una tradición por la que creen que los

Terminada la *açala*, y cumplido así en esta parte el precepto religioso,—para completar la santificación del día, obligado era «bisitar los pobres, biudas, güerfanos y necesitados, y darles *açadacas* (1), y tratar con ombres sabios», estando prohibido «hazer hazienda que estorbe las bisitaciones y el bestir las mejores de sus ropas, y que estorbe el renobar el *tahor*, porque es la mejor de las Páscuas y de mayor deudo (2) su *açala* y sus onrras» (3). En este día los cementerios se ofrecen llenos de animación y de vida, pues mientras los hombres concurren á ellos llevando manojos de fresco y oloroso arrayán, que depositan en las tumbas de los seres queridos, después de haber orado sobre las mismas, las mujeres acuden allí desde muy temprano, unas para visitar sus muertos, lanzando al aire frecuentes y prolongados gemidos ante los sepulcros, otras para dejarse ver y galantear, y todas, puede asegurarse, para formar cierta especie de reunión, en la cual, como en el baño, se refieren chismes, enredos y toda suerte de noticias, convirtiendo aquel lugar de eterno reposo en alegre y regocijado paseo.

Las diversas cofradías religiosas que existen en Marruecos se reúnen especialmente los viernes para celebrar sus extrañas ceremonias, las cuales excitan la atención del extranjero. Un testigo de vista las describe en esta forma, haciendo principalmente alusión á las de los *Isaúa* y los *Ahmadcha*, y después de hacer constar que sus individuos son designados con el nombre de *Juan* (4): «Las prácticas y ceremonias de unas y otras [cofradías] se diferencian muy poco; cuando se reúnen, lo verifican por lo regular en los patios de sus respectivas *zauyas* (5)

cristianos han de hacerse dueños de sus poblaciones en ese día y hora, y toman, en consecuencia, sus medidas» (Op. cit., pág. 91).

(1) Limosnas.

(2) Obligación.

(3) *Suma*, etc. *Mem. hist. esp.*, tomo v, pág. 297.

(4) Significa *hermanos*.

(5) Dijo *zaguya* en España, y equivale á monasterio ó ermita, según Gayangos.

que, por lo general, son espaciosas. Allí, al son del tamboril y de algún otro instrumento, se entregan por devoción á danzas extraordinarias, cuyo efecto es ponerse casi rabiosos ó locos; forman diferentes filas, y bien adelantando, ó bien retrocediendo, dan vueltas de una manera tan rápida, y hacen tantas contorsiones, que parece en ciertos momentos que todos sus miembros se van á dislocar. Durante este ejercicio no cesan de exhalar ahullidos, que aumentan á medida que entran en furor. Este infernal ejercicio no tarda en hacerles salir espuma de la boca, tomando sus facciones un aire feroz.

»Poseídos de una terrible rabia, comen fuego, animales venenosos, y se arrojan contra las paredes y suelo (entonces, según ellos, están poseídos de la gracia del santo), hasta que el cansancio, más fuerte que su voluntad, acaba por hacerles caer privados del sentido, permaneciendo en este estado horas enteras, sin dar ninguna señal de vida; cuando esto sucede, les cubren con su *jhaic* y les introducen en el interior de la *zauya*, donde á fuerza de hacerles aspirar el humo de *ben-juí* (1), vuelven en sí.»

Tienen los *Isaúa* por patrono á *Sid-ben-Isa*, abogado contra las serpientes y animales venenosos, y se proveen de reptiles de todas clases, que exhiben públicamente al son de largas flautas y tamboriles, haciéndoles ejecutar diversos juegos, que producen el asombro entre los circunstantes; los *Ahmadcha* reconocen el patronato de *Sidi Ahmed*, y á más de las danzas, á que tan afectos son los *Isaúa*, y en Turquía ejecutan los famosos *derviches tourneurs*, «procuran aplicarse fuertes porrazos en la cabeza, ó darse de cabezadas contra las paredes», causando repugnancia y horror «aquellos fanáticos poseídos de la *gracia d el santo*, con los ojos inyectados en sangre

(1) «Este sahumero, según los musulmanes, tiene la virtud de ahuyentar á los *schitana* (*xaythanes*), demonios, y es empleado en todas sus ceremonias religiosas.»

echando espuma por la boca, ensangrentados y con la ropa desgarrada» (1).

Fuera de este día santificado, que escogen por lo mismo los turcos para celebrar sus bodas, como de buen augurio, y tiene entre los mequinenses solemnidades especiales (2),—el primer mes del calendario islamita, que es el mes sagrado de Moharrám y tenía entre los árabes anteriores á Mahoma nombre de *Mutmér*, ofrece dos fiestas solemnes en los treinta días de que consta: el *ras-ul-âam*, ó cabeza del año, que principia en el momento en que es distinguida la luna nueva, y el *âid-il-âxúr*, ó fiesta del décimo. Respecto de la primera, decía cierto poeta anónimo morisco del siglo XVII, en un poema aljamiado que trata de las doce lunas del año, y de «los días que traen dayuno», que duraba esta fiesta siete días, ayunándose en to-

(1) Urrestarazu, *Viajes por Marruecos*, pág. 200 y siguientes, añadiendo: «Algunos miembros de esta secta recorren también los pueblos con la cabeza descubierta, llevando al hombro unas hachitas, *schakor*, de mango largo, y además unas porras claveteadas y algunas balas de hierro sujetas con una cadena. La especialidad de estos hombres consiste en herirse el cráneo con dichas armas..... Los judíos y europeos procuran alejarse de los sitios por donde ha de pasar la procesión, para evitar el ser maltratados. Cuando alguna vez cogen á un judío en el camino, lo dejan muy malparado; por eso, generalmente, tan pronto como oyen las notas de aquella rara música, huyen llenos de miedo á encerrarse en sus casas.» Puede verse también lo que escribe D. Antonio de San Martín en *La ciudad del sueño, viaje al interior de Marruecos*, pág. 108 y siguientes; la obra de Conring, *Marruecos, el país y los habitantes*, pág. 231 de la traducción española, y en general cuantos libros hablan de Marruecos, pues todos se esmeran en pintar estas costumbres religiosas que excitan la curiosidad del europeo, según dejamos arriba consignado.

(2) Refiere Ibn-Bathutháh que los viernes tienen los mequinenses la costumbre de colocar el *minbár* ó púlpito frente al costado de la Caâba, que está entre la piedra negra y el ángulo del Irác, de suerte que el *jathib*, ó predicador tenga el rostro vuelto hacia la noble estación. Cuando sale éste, va enteramente vestido de negro, con turbante y un velo de muselina (*thaylesán*), también negros; camina entre dos estandartes de este color, que llevan dos almuédanos, y va precedido por uno de los administrado-

dos ellos, aunque después sólo se ha prolongado el ayuno á los tres días primeros del mes (1):

«El primero de esta luna
Es día del anno nuevo;
Y es pascua, segun apruebo,
Primera, sin duda alguna.

.....

Desta luna día tercero (2)
Es día de gran dayuno,
Y es de siete días el uno
Del anno, cierto os requiero.

.....

Este día, cuando oyó (3)
El Señor á Zacarías
Aquello que muchos días
Con humildad suplicó.

.....

res del templo, el cual lleva en la mano el *farcaâ*, especie de bastón en cuyo extremo hay una pequeña correa retorcida, que agita en el aire y produce un ruido agudo que oyen los que se hallan dentro y fuera del templo, y da la señal de la salida del *jathib*, quien llega así cerca del *min-dâr*, besa la piedra negra, hace oración, y después sube al púlpito precedido por el almuédano de Zemzém, que es el jefe de los almuédanos en la Caâba, y que va también vestido de negro, llevando al hombro una espada. Los estandartes son colocados á los lados del púlpito, y á medida que el *jathib* sube los escalones de él, va el almuédano golpeando con la espada en ellos para llamar la atención de los fieles, hasta llegar al último escalón, sentándose después, y haciendo el *izdân* los almuédanos desde lo alto de la cobba de Zemzém, con lo que el *jathib* da principio á su sermón; terminado el cual se retira con igual acompañamiento (*Voyages*, trad. de Defremery y Sanguinetti, t. I, pág. 376 y siguiente).

(1) Ali Bey el Abbasi (D. Domingo Badía), *Viajes por Africa y Asia*, t. I, pág. 149.

(2) El original dice:

Desta luna tercer día,

pero debe ser yerro, pues no lo consiente la rima.

(3) El original dice:

Este día fué cuando cayó;

pero no lo permite el metro.

Sus culpas le perdonó
 Con aumento de salud,
 Y ved en la senitud
 Que tal hijo [Alláh] le dió (1).»

Durante estos días, que son celebrados con ayunos y oraciones frecuentes, los fieles se saludan unos á otros cuando se encuentran en la calle, diciéndose mutuamente: *Mabruk-ul-âam ¡buen año! ¡feliz año!*, según es también costumbre entre nosotros. Consagrado el mes en general á las ofrendas en acción de gracias á Alláh, el *âid-il-âxúr* conmemora el día décimo, en el cual eran las dichas ofrendas presentadas en el templo de la Mecca para el sacrificio, pues consistían aquéllas en ovejas, de cuyo cuello suspendían guirnaldas de flores. El morisco á quien arriba aludimos, escribe á propósito de esta solemnidad y de la santidad de *yaúm axorâa*, que ha dado origen á que en Africa sea vulgarmente apellidado el mes *el-âxúr*, *el del décimo*:

«Entra Pascua de *Atansih*:

Es desta luna el noveno,
 Y el deceno y el oncenno;
 No tiene más, días tres.

Sabed, quier no lo sabeis,
 Que el deceno es dia *d'haxor*;
 Dia de más gualardon
 Que en todo el año hallareis.

Este día se da lugar
 Para quien no lo ha sopido;
 Aunque haya una vez comido,
 Pare, y póngase á ayunar.

.....

Alláh en este día crió
 Muchas cosas priminentes:
 Las más nobles y ecelentes
 En él las santificó.

(1) No consta en la copia que poseemos, y que procede de nuestro señor Padre, el lugar donde se conserva el original de este curioso poema, llegado incompleto á nuestros días; la copia es de puño y letra de dicho señor, y no todos los nombres arábigos parecen bien reproducidos.

Día de *haxura jalekó* (1)
 El *alharschi* y *alkorsí* (2)
 Y los cielos; para allí
 Los *almalaques* (3) formó.

En este muy santo día
 Crió la luna y estrellas,
 Y el sol, medalla más bella
 Que imaginarse podría.

.....

La luna también fue criada,
 Y el agua, y mar, y tierra,
 Con quanto en ella se encierra,
 De arboledas abastada.

.....

En este día fue criado
 Edam, nuestro primer padre,
 También Hagua, nuestra madre,
 Y *Driz* fue al cielo levado.

De aquel fuego fue librado
 Ibrehim de Nambrod,
 Y aquel muy paciente Job
 Fue de la llaga librado... etc.»

Según el referido morisco, en este día fue elegido «en el reino» Salomón (Suleimán), y entre otros muchos acontecimientos que menudamente y con marcada complacencia enumera, en él creó Alláh el *alhanna* (*al-channa*, los jardines del Paraíso); subió al cielo Isaías; fue Yusúf (José) sacado de la cisterna en que le abandonaron sus hermanos; se arrepintió Adam de su pecado; salió Yunes (Jonás) del vientre de la ballena, y Muza (Moisés) escribió en el Sinaí por mandado de Alláh las tablas de la ley, concluyendo lo relativo á este día deceno de Moharrám, con las siguientes prevenciones:

«Todo hombre tenga cuidado
 Este día dayunar,
 Y su cuerpo alimpiar;

(1) Crió.

(2) *Al-árxe*, el trono de Alláh; *al-korsí*, el sitial de Alláh.

(3) Los ángeles.

Será su error perdonado.

Y si él diere á comer
Al pobre que sea creyente,
Su mérito es tan patente,
No se puede encarecer.

Es tanto como proveer
Y dar á comer en soma
A los pobres del *al'oma* (1)
De Mohámmad, pues, creer.

Y todo sabio varón
Este día debe honrar:
Si puede, *atsadaka* (2) dar,
Sino dayun y oración.

Y con limpio corazón
Perdone á quien le ha ofendido,
Si quiere sea recibido
Su bien obrar y entinción.»

Quizás por haberse perdido la memoria de las ofrendas á que expresamente alude la aleya ó versículo 2 de la Sura v del Korán, así como la de todas las cosas que acaecieron en este día, conforme la relación citada, no falta, sin embargo, quien suponga que esta fiestad el *yaúm áxoráa* «consagra el aniversario de la muerte de Sidi Hasán y de Sidi Hosain, hijos del Califa Aly Abú-Taléb, yerno del Profeta, fallecidos ambos el día 10 del mes de Moharrám, asegurándose también que en este día fueron salvados del naufragio diez compañeros (*soháb*) del enviado de Alláh» (3), acontecimientos uno y otro de ninguna trascendencia en la ley musulmana, pero que acaso hayan sido asociados por la piedad de los fieles á aquellos otros que quedan ya referidos.

Hasta el tercer mes del año, Rabiê-al-agual, *Rabiâ-el-úuel*, como en Africa dicen, ó *Rabiha lewel*, según escribe el morisco

(1) Véase la nota 10 de la pág. 67.

(2) *Assadaca*: es lo mismo que *açadaca*, limosna.

(3) El general E. Daumas: *La vie arabe et la société musulmane* (Paris, 1869) pág. 409.

citado, no hay para los musulimes otras fiestas que las periódicas del viernes, transcurriendo de esta manera los 29 días de Safar, ó *mes de la partida*, de tal suerte llamado porque en él acostumbraban los árabes á partir para la guerra (1). Rabiê-al-aguál si bien no figura entre los meses sagrados, no deja por ello de tener notable significación religiosa, pues en la noche del oncenno al décimo segundo de sus días, que es noche bendita, quiso Alláh que, para salvar el mundo, naciera el Profeta, acontecimiento sobrenatural y divino, que debe ser hasta la consumación de los siglos conmemorado por los musulmanes, pues ha sido para ellos el testimonio más expresivo de la predilección de Alláh, y de la omnipotencia del creador de tantas maravillas.

Con efecto: en aquella noche del oncenno al dozavo día del mes de Rabiê-al-aguál, ó de *Jauán*, según el calendario anteislámico, vino al mundo Mahoma ya circuncidado, y sin estar sujeto por el cordón umbilical: como para anunciar su nacimiento, sobrenatural resplandor brilló en los cielos, y á su luz quedaron un momento iluminadas las ciudades, las aldeas, los alcázares y las plazas públicas de la Siria; los demonios y los malos genios fueron precipitados al abismo desde las estrellas y los signos del zodiaco, donde habían pretendido ocultarse, á fin de espiar desde allí lo que ocurría en el cielo, y para escuchar cuanto en su descuido hablasen los ángeles; el fuego sagrado, mantenido entre los persas por los magos, y que desde los días de Zoroastro había sin interrupción ardido por espacio de mil años, se extinguió por sí mismo de repente; el lago de Sawa, que perteneció á la tribu de los Beni-Hamdám, y tenía de longitud y de latitud más de seis parasangas (2),

(1) El morisco autor del poema de que hemos utilizado parte, dice:

«Almoharrám ya cumplido,
Entra la luna de Tsafar,
Y en ella para dayunar
No habia dia establecido.»

(2) Equivale á 30 estadios de 25 pasos cada parasanga.

quedó de tal manera en seco, que en él fue luego construída una población, llamada todavía hoy con el nombre del lago; el mundo entero se conmovió en sus cimientos, tembló la tierra, y el palacio maravilloso de Cosroes, en Ctesifón, quedó destruído, viniendo al suelo catorce de las veintidós torres que le rodeaban y defendían; y por último, y al propio tiempo, no bien salido del claustro materno, el recién nacido se arrodillaba con ademán fervoroso, y doblando los dedos de ambas manos, á excepción del índice de cada una que mantuvo derechos, volvía la vista al cielo, y con voz clara y distinta exclamaba:

—*La iláh ila Alláh ¡Inna rasul-ul-Láh! No hay otro dios que Alláh!* (1) *¡Ciertamente yo soy el enviado de Alláh!*

Los musulmanes de África, por lo menos, designan el mes con el nombre de la fiesta solemne que le santifica, apellidándole *el-maulúd*, sencillamente, y dan título de *Pascua de An-Nabí* ó del Profeta, á ésta que celebran, y que en rigor puede y debe ser así considerada, supuesta su importancia: los festejos duran hasta el día 19, para conmemorar los siete días siguientes al parto de Amina, los cuales terminaron con el banquete con que Abd-ul-Mottalib, el abuelo de Mahoma, obsequió á causa del nacimiento del elegido de Alláh, á los principales personajes de la tribu de Koraïx, á que pertenecía. Durante estos siete días memorados, los fieles se esmeran en el aderezo de su persona, visten los trajes más ricos y lujosos que poseen, mantienen constantemente encendidos en el interior de sus casas, y con arreglo á los medios de que cada uno dispone, cierto número de cirios ó candelas, é iluminan de igual modo las escuelas públicas, con grande algazara de los muchachos; frecuentan las mezquitas, también convenientemente iluminadas con cirios, coronas de luz y vasos de colores, asistiendo en cada corte musulmana á la Mayor (Alja-

(1) El dios por excelencia, es decir, el único Dios.

ma) el jefe soberano (1); quedan olvidadas las faenas todas de cualquier clase que sean, *corren la pólvora* en Marruecos, y unos á otros se hacen mutuos presentes y regalos, que, por lo general, consisten en cierta especie de tortas, amasadas con miel y manteca, más ó menos rancia, pero indispensablemente perfumadas con esencia de rosa, y suelen reunirse finalmente las familias para celebrar el séptimo y último día de la Pascua con un banquete, afirmando Ali Bey el Abbasí que «en esta época se circuncidan los niños comunmente» (2).

Ni en el mes de Rabiê segunda, que es el cuarto, ni en los de Chumada primera y Chumada segunda, que á aquel suceden, hay otra fiesta que la de los viernes (3), siendo el siguiente de Récheb el mes que se dijo *Assám* antes de Mahoma, el cual consta de treinta días, y es el señalado para salir del Mogrêb la caravana religiosa que anualmente lleva á la Mecca los peregrinos. Llámanle también *xahr-ul-Láh-il-Assám*, ó mes

(1) La fiesta del *Maulúd* ó de la natividad del Profeta, asiste el Sultán de Turquía á la mezquita del Sultán Ahmed, y durante la pascua, el *Nakib-ul-exraf*, ó jefe de los xerifes, permanece en dicha mezquita colocado bajo una tienda verde, levantada á la derecha del kibláh y al lado del Sultán (Ubicini, *La Turquía actuelle*, París, 1855, pág. 259).

(2) *Viajes*, tom. I, pág. 149. El morisco citado escribe:

«Tras *Tsafar* tené entendido
Que entra *Rabiha-el-lawal*,
Doceno y treceno.....
Pascua es del esclarecido.

Que es la pascua de *annabi*
Los nombrados de esta luna,
Y el doceno quien lo ayuna
Mucho gana para sí.

Su gualardón colegí
Que es mucho sin declararlo,
Y aquél que pueda ganarlo
Tome, pues le aviso aquí.»

(3) Complido *Rabiha lewel*
Entra empués *Rabiha alhar*;
Día que han de ayunar,
No se halla cierto en él.

.....

de *Alláh, el-Assám*, que es el nombre antiguo; y en la cuarta de sus noches, denominada en Argel *lail-el g'riveh*, es celebrada la concepción del Profeta con ayunos y fiestas religiosas de gran solemnidad, que se reproducen en la del día 27 para conmemorar el viaje milagroso hecho por Mahoma á Jerusalem desde la Mecca, y su ascensión al séptimo cielo, fiesta que recibe nombre de *lail-el-mig'rad'ya* entre los argelinos por lo menos (1).

(1) Malo de Molina, *Viaje á la Argelia*, pág. 196. Delaporte expresa que «on pense que cette ascension eut lieu la vingtième nuit du septième mois appelé Redjeb» (*Vie de Mahomet*, pág. 165). Ali Bey (tomo I, página 150) manifiesta sólo: «el primer jueves, y el día 27 del mes de Arjab, están consagrados al ayuno.» Por su parte el autor del poema aljamiado, dice de este mes:

«Entrás (detras) *Jumedel aljar*,
Entra *Rachab* el mejor,
Porque este es mes del Señor,
Digno de nunca olvidar.

Y débese dayunar
Desta luna el tercer día,
Que es de los siete que había
Del anno, podéis pensar.

Y aquél que este día tomase
De ayunar con devoción,
Es como su gualardón
Que diez annos dayunase.

.....

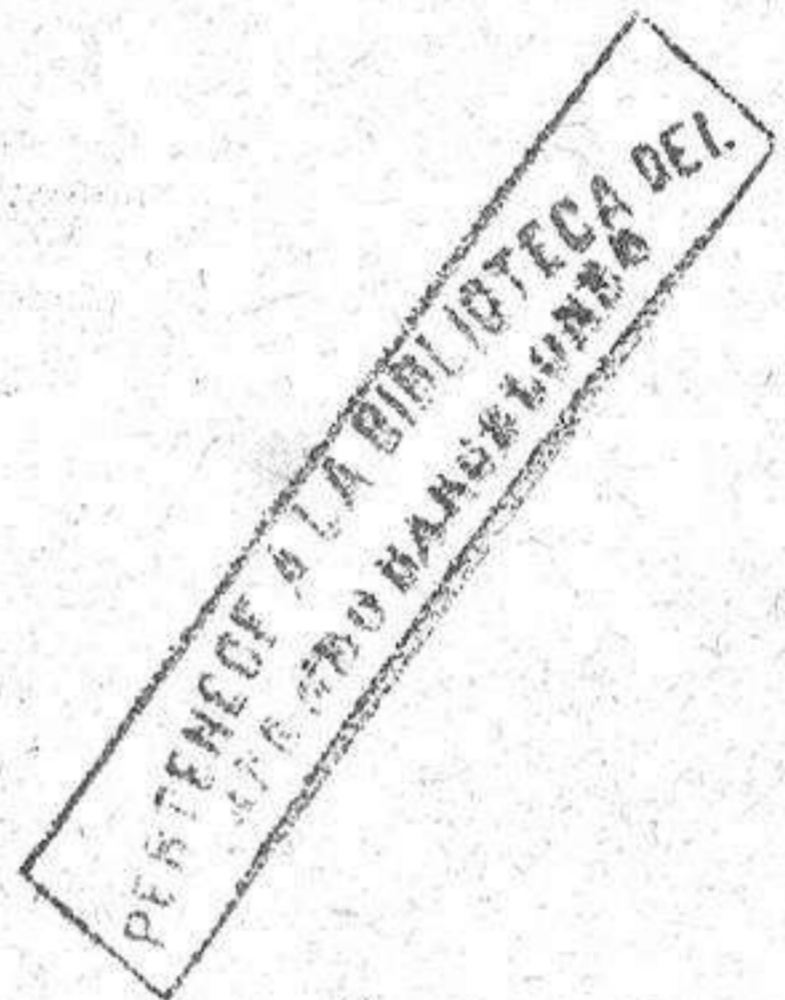
Todo lo profetizado
Este día se cumplirá;
Que el mensajero de Alláh
Este día fue enviado.

Y en un punto fue criado
De grande consolación;
Vino la revelación
Por *Gibril* (Gabriel) el albriciado.

En este mes perdonó
Alláh á sus *annabies* (profetas)
Fueron preciosos rubíes
Con que el mundo enriqueció.

El moslin que dayunó
Este mes perfetamente,
El Señor Onipotente
Tres gracias le concedió.

Perdónale en la primera



Cuentan los biógrafos del Profeta, poniendo la relación en boca de éste, que habiéndose dormido una noche entre las dos colinas de Safa y Merúa, fue de repente despertado por la presencia del ángel Gabriel, quien haciéndole levantar, le expresó la necesidad de visitar aquella noche á Dios, y le hizo montar sobre la yegua Al-Borac, que despedía grandes resplandores. Esta yegua «es mayor que un asno y más pequeña que un mulo; es blanca, tiene rostro humano, con las quijadas tan

Los pecados que en sí abunda;
 Confírmale en la segunda
 Su creencia verdadera,
 Y en el bien lo persevera;
 Y en la tercera le da
 Que la sed la quitará
 En el juicio que espera.
 Y que así al fin de este mes
 Que hay un día de los siete
 En donde Alláh nos promete
 El gualardón que direis.
 El ventiseteno es;
 Aquél que este día ayunase
 Es como que rescatase
 Cativos moslimes tres.
 Y como si va *alhichar* (peregrinación)
 A Casa Santa de Maca
 Y esta *alfatsila* (virtud) y *albaraka* (dicha),
 Puede en este día gozar.
 Y con sólo dayunar
 Su mérito es tan jocundo,
 Treinta días del otro mundo
 Su gualardón alcanzar.

Los habitantes de la Mecca, según Ibn-Bathutháh, hacen en este mes la *visita santa ó sagrada* con inusitada pompa, consagrando el mes entero á las obras piadosas, especialmente el día primero, el décimoquinto y el vigésimoséptimo. Llevan literas cubiertas de telas de seda ó de tejidos finos, con los camellos adornados, con collares de sedas de colores, y se reúnen en *Tanîm*, donde encienden hogueras por la noche á los lados del camino. Luego se hace la visita á la Caâba, van á Safa y Merúa, y se ilumina el santo templo con profusión de luces; esta visita se llama el *ômra de la Colina*. Ibn-Bathutháh cuenta el origen de tal ceremonia y da otras noticias curiosas (*Voyages*, I, 382).

largas como las de un caballo; la crin de perlas finas, alternando con margaritas y jacintos, y bordada de luz; las orejas de esmeraldas; los ojos son dos jacintos, brillantes como las estrellas del cielo, y lanzan rayos tan vivos y penetrantes como los del sol; la sien derecha está formada de un tejido de perlas, y la izquierda de placas de oro; lleva el cuello, los pechos y el lomo incrustados de piedras preciosas, resplandecientes cual estrellas; la cola, que es larga, está trenzada con esmeraldas, y tiene dos alas grandes como las del águila, entretretejidas con perlas finas, esmaltadas, sembradas de piedras preciosas y bordadas de luz, sirviéndose de ellas para volar de igual manera que las aves; despide su cuerpo delicioso olor de azafrán y de musgo, posee alma de condición semejante á la de los seres humanos, y oye y comprende cuanto se le dice, aunque carece de facultad para responder ó preguntar cosa alguna» (1).

Sobre tan extraña cabalgadura, á la cual permitió Dios por un momento respondiese al ángel Gabriel en el acto de ir á montar en ella Mahoma, franqueó éste, hendiendo los aires, las montañas de la Mecca, se detuvo en el Sinaí, donde hizo oración, en Betlén, lugar del nacimiento de Isa (Jesús), donde oró también juntamente con el ángel, y así continuaron su viaje, cuando oyó el Profeta una voz que gritaba á su derecha:

—¡Oh Ahmed! ¡Detente un momento! ¡Espera que te hable!
¡Yo soy entre todas las criaturas la más devota para tí!

«Pero Al-Borac—dice Mahoma—pasó adelante, y no me detuve, porque no dependía de mi voluntad suspender su carrera, sino sólo de Alláh, Omnipotente y glorioso. Un poco más lejos, á mi izquierda, otra voz me hizo la misma invitación, y tampoco me fue dado responder ni detenerme, avanzando siempre, como plugo á Alláh conducirnos, cuando se presentó delante de mí una doncella de extremada belleza, cu-

(1) Delaporte, Op. cit. págs. 176 y 177.

bierta con todas las galas y adornos que puede proporcionar el mundo entero, y cuya cabellera estaba admirablemente trenzada.

—»¡Oh Ahmed!—gritó tendiendo hacia mí una de sus manos.—Detente un instante conmigo! ¡Yo soy entre todas las criaturas la que más te ama!

»Entonces Al-Borac duplicó la velocidad de su carrera, á través de la cual llegó hasta mí el eco de un ruido lúgubre que me espantó de tal suerte como para que mi corazón fuera presa del terror más profundo.

»Llegamos por fin á Jerusalem, donde eché pie á tierra; y arrendando á Al-Borac á una de las anillas en las cuales acostumbraron á arrendarla los profetas que habían cabalgado en ella antes que yo, entré en la Casa Santa, donde hallé reunidos todos aquellos á quienes desde la creación del mundo había sido concedido el don de profecía. Vinieron á mi encuentro, me cedieron el lugar de preferencia, y oré al lado suyo; al colocarme en el sitio preferente, no pretendía usar de mi derecho de supremacía, porque habría sido en mí censurable afectar superioridad entre mis hermanos, sino que procedí en virtud de orden expresa de Gabriel, quien la había recibido de Alláh, mi dueño glorioso y Omnipotente.

»Aquí Gabriel me explicó todo cuanto había excitado mi admiración durante el viaje.

—«Sabe—me dijo—que la primera voz que resonó á tu derecha era la de un judío, quien te invitaba al judaismo, y que si tú le hubieses respondido, tu pueblo se habría convertido contigo á la ley mosaica hasta el día de la resurrección. La segunda voz era la de un cristiano, y si la hubieras prestado atención, tu pueblo habría contigo abrazado el cristianismo hasta el fin de los siglos. En cuanto á la mujer que se ha presentado á tí con todo el brillo de su hermosura y de su atavío, aquella mujer era el mundo, con todos sus atractivos y tentaciones, y si hubieses cedido á ellos, tu pueblo habría preferido las vanas alegrías del mundo á la dicha eterna, y entregado á

los placeres mundanales hubiera sido arrojado en las llamas del infierno!

—»¡Alabado y glorificado sea Alláh!—grité yo.—Pero dime, ¿qué ruido lúgubre fue aquel que me produjo tanto terror?

—»Aquel ruido—prosiguió Gabriel—es el de la piedra que Alláh ha arrojado desde el borde del *chahanem* (infierno), y que hace setenta mil años que rueda en el vacío, no habiendo llegado al fondo del abismo hasta el instante en que tú has oído aquella especie de lamento.

»Después me tomó Gabriel de la mano y me condujo al sitio donde se halla la piedra de Jacob, sobre la cual Suleymán (Salomón) construyó en otro tiempo la Casa Santa; á la derecha de aquella piedra estaba sentado un anciano venerable, en cuya augusta faz resplandecía incomparable hermosura, pues sus mejillas tenían el brillo del vermellón, y perfumaban su cabeza las esencias más exquisitas.

—»¡Oh Ahmed!—exclamó al verme.—Ven, ven al lado mío. Es preciso que te hable.

»Me adelanté hacia él y me abrazó repetidas veces; y como yo dudase de si tan respetable personaje pertenecía á la naturaleza humana, ó si era uno de los habitantes del cielo, volvíme hacia Gabriel, y le pregunté quién era aquel anciano.

—»Es—me contestó—el genio del Islám, esto es, de la religión de Alláh, el Alto, según la cual las gentes de tu pueblo deben ser fieles creyentes, porque si viven en la fe serán reunidos al lado de Alláh, el Omnipotente, y entrarán en el Paraíso.

»Terminada la entrevista, Gabriel volvió á la Casa Santa, y yo seguí sus pasos, presentándose entonces á mí un hombre que llevaba tres vasos en las manos, de los cuales el primero contenía agua, leche el segundo, y el tercero vino. Al mismo tiempo resonó en mis oídos una voz que decía:

—»¡Si Mahoma bebe el agua será sumergido juntamente con su pueblo; si bebe la leche, serán guiados él y su pueblo por el camino derecho hasta el día de la resurrección; si bebe el vino, él y los suyos serán arrojados al fuego eterno!

—» ¡Oh, mi querido Gabriel!—exclamé profundamente conmovido.— ¡Permíteme que vuelva á beber del vaso de la leche! ¡Es preciso que humedezca de nuevo en él mis labios y que agote cuanto contiene!

—» Guárdate de ello, ¡oh Mahoma!—respondió el ángel.— Ya no es tiempo; estaba escrito en el libro, y la caña (*calám*) que escribía se ha secado después de lo que acaba de ocurrir.

» De tal sitio me condujo mi guía otra vez á la piedra de Jacob; y cuando estuve dispuesto á subir sobre ella, encontré allí levantada ya una escala que llegaba hasta el cielo, y de la cual sólo se veían escalones de oro, de plata, de perlas, de jacinthos verdes y rojos. Era aquel el lugar mismo en que había descansado la escala por la cual Jacob vió en su sueño subir y bajar los ángeles; y Gabriel, apretándome contra su pecho, y cubriéndome con sus alas, me elevó hasta lo alto para continuar hasta el cielo» (1).

No puede negarse que, en medio de las extravagancias y de los dislates en ella acumulados, la relación del misterioso viaje á Jerusalem, y la de la ascensión de Mahoma al séptimo cielo, despiertan viva y no injustificada curiosidad entre nosotros los infieles, como excitan la piadosa credulidad de los musulimes, cuyos sabios y doctores han suscitado graves y largas controversias respecto á la cuestión substancial de si el Profeta verificó ambas excursiones corporalmente ó las realizó en espíritu. La opinión de los que sustentan que corporalmente estuvo Mahoma en una y otra parte, en la forma que la tradición ha conservado, es, sin embargo, la que ha prevalecido, de acuerdo con el autorizado testimonio de Abú-Horaïra, amigo íntimo del Profeta, y uno de los seis autores de tradiciones auténticas, quien declara formalmente haber recibido la relación de los labios mismos de Mahoma.

La extensión y la minuciosidad de la que refiere la estupefanda y milagrosa ascensión nocturna, prodigio de fantasías

(1) Delaporte, Op. cit., págs. 175 á 182.

que, según los tiempos y aun los países, varía de accidentes, si bien siempre y substancialmente es la misma, impide la reproducamos en este sitio, convencidos como estamos de que cualquier extracto de ella ha de hacerla desmerecer, no siendo, por otra parte, difícil encontrarla en los libros que de Mahoma y de las cosas de los mahometanos tratan, pues ha sido publicada varias veces.

Prescindiendo, pues, de ella, y pasando al octavo mes, que es el de *Xaâban*, ha de observarse que consta sólo de 29 días, y que si en el primitivo calendario lunar arábigo tuvo nombre de *Adil*, considerado cual mes de la savia, conservó el apelativo con que es designado, tomándole del año solar antiguo (1). Dícenle [también *xahr-ul-Lah-il-moâthim*, ó *mes de Alláh, el engrandecido*; é interrumpiendo la monotonía de su carrera, celébrase la décimaquinta de sus noches, en la cual los fieles concurren al templo, pasándola en oración, para ayunar después el día siguiente 16, formas una y otra en que conmemoran la elección del Profeta, por lo que recibe la noche referida título de *lail-el-barat*, en la Argelia (2). En la Mecca celebran

(1) Malo de Molina: Op. et loc. cit. Véase también el artículo *El Almanaque*, publicada por el mismo autor en el *Histórico-cronológico-universal para el año de 1858*, pág. 12.

(2) «De *Xahaben* el quinceno

Es un día muy ecelente,
Que el Señor Onipotente
De *alfatsila* lo hizo lleno.

.....

Este día en *Chahannama* (Chahanem, el infierno)
Se cierran todas las puertas,
Y están muy claras y abiertas
Todas las del *alhanna* (el paraíso).

.....

En la noche de mediar
Esta luna *Xahabén*,
Si se gana y hace bien,
No se puede numerar.

Su gualardón subirá
En tal estado y manera,
Que no yerra la carrera
Del *alhanna* prencipal.»

con obras piadosas, procesiones en torno de la Caâba, oraciones é iluminaciones en el templo la noche del 14 al 15 de este mes, según refiere Ibn-Bathutháh (1).

Ramadhán es el mes siguiente, noveno del calendario, apellidado *Naatil* entre los árabes anteriores á Mahoma, y el *mes bendito de Alláh* (*xahr-ul-Láh-il-mobarak*); tiene 30 días, y singular y altísima representación entre los musulmanes, á causa de haber sido especialmente consagrado por el mismo Profeta. El *Libro Santo*, aquel libro sapientísimo, dictado por Alláh, y revelado á Mahoma por el arcángel Gabriel para servir de guía y dirección á las criaturas, como explicación clara y demostración evidente de la verdadera religión, y como distinción entre el bien y el mal, descendió de los cielos en la luna de Ramadhán, que es por ello bendita y reverenciada de los mahometanos.

Es tan grande, es tan solemne esta luna, que, encareciéndola y ponderándola, no tanto como se merece, decía de ella el morisco Mohámmad Rabadán en su libro poético de las doce lunas del año, citado por Gayangos:

«Romadhán la engrandecida,
De las doce la novena.
¡Secretos grandes de Alláh,
Que no fuese la primera!
»¿Quién podrá ¡ó muçilimes!
Desta luna daros cuenta,
Siquiere el menor simile?
¿Tener juntas y completas
La plática de Alhaçán,
De Cabualahbar la ciencia,
El decir de Catredata,
De Algazel la eloqüencia,
De Benarabí el discurso,
Los símiles de Avicena,
De Omar Bei el buen estilo,
De Almoraví la sentencia,

(1) *Voyages*, I, pág. 388.

De Aben Ruiz el ingenio,
 Y junto con todas éstas,
 La gracia y sabiduría
 De Zuleiman, y escribiera
 Con el *alcalam* de Uzmén,
 Su consejo y su prudencia,
 Que dó prudencia no asiste
 No sirve verdad entera?» (1).

Procurando enaltecerla, enumeraba por su parte el desconocido autor morisco, antes citado, las virtudes de esta luna, haciendo constar, con efecto, que

«Los profetas enviados
 Y *annabíes* del Señor,
 Este mes, con grande honor,
 Vivieron muy recatados;
 Pues les fueron revelados
 Los milagros ecelentes
 Que el Hacedor de las gentes
 Obró en él con sus amados.
 Alláh *Tahala* (2) perdona
 Al que este mes dayunase,
 Y de todo mal se apartase
 Como nuestro *aldin* (3) pregona,
 Y afigiere su persona
 Con dayuno y oración:
 Dále Alláh buen gualardón
 Y en el *aljanna* (4) corona.»

«La luna de Ramadhán—dice Mahoma, después de consignar, cual queda notado, que en ella descendió el *Korán* de los cielos,—es el tiempo destinado al ayuno.» «Tan pronto como sea esta luna advertida por quienquiera que fuere, se dispondrá á ayunar inmediatamente» (5). Y tantas y tan grandes son

(1) Gayangos, *Memorial histórico español*, t. v, págs. 303 y 304, nota.

(2) Véase la nota 8 de la pág. 67.

(3) La ley religiosa, la religión.

(4) Lo mismo que *alhanna*: los jardines del paraíso.

(5) *Korán*, Sura II, aleya 181.

sus excelencias, que no podemos resistir el deseo de reproducir en este sitio cuanto en orden á las mismas decía el morisco anónimo, seguros de que habrá de complacer á los lectores:

«Hablando Alláh á el *nnabí* (1).

Mohámmad, su mensajero,
Le reveló por entero
Y declaró, y dixo así:

—«Mohámmad, sea sobre tí

»De *Aramalden* (2) ayunar,

»Y á tu *alomma* lo mandar

»Lo hagan por amor de mí.

»Porque por ello serán

»Perdonados sus pecados,

»Y también serán librados

»Del fuego de *Balnazán*.

.....

»Mohámmad, si establecí

»Este mes á tí y tu *alomma*,

»Su *alfatsila* es mayor *somma*

»Que arenas hay ante mí.

»Su primer día descendí

»Con mi poder inefable

»Sobre mi *alharsi* estimable

»Y relumbrante *alcor sí*.

»El segundo descendió

»Mi piedad sobre tí,

»Y el tercero á Edam dí,

»Por do su error conoció.

»El cuarto se repintió

»*Dewod* (3) sin le dar castigo;

»También *ibreim* (4), mi amigo,

»En el quinto día nació.

»En el sexto á *Sulaymén* (5)

»Volví á su reino cumplido (6);

(1) El Profeta.

(2) Probablemente *harám ad-din*.

(3) David.

(4) Abraham.

(5) Salomón.

(6) Alude á la estratagema por la cual los malos genios lograron desposeer á Salomón de su trono, apoderándose de su anillo.

- »Fué el séptimo día nacido
 »Yusuph (1) (*aleihi-il-ssalem*) (2).
 »Torné la vista también
 »A *Yahacub* (3), que nada vía;
 »Nació *Isa* (4) el noven día,
 »Aquel hijo de Mariém.
 »El décimo descubrí
 »Sobre Ayub su gran fortuna:
 »La mar, sin duda ninguna,
 »Por librar á d' Ayub la abrí.
 »Nasçió porque lo quiso así
 »*Mariam* (5) en el día doceno:
 »Ropas á *Herón* (6), el bueno,
 »De la *aljanna* le vestí.
 »El catorceno á *Yahyé* (7)
 »Dí ciencia en su corazón;
 »A *Edrís*, santo varón,
 »En lugar alto lo alcé.
 »Nació *Yunés* (8) y quité
 »La pena de aquella gente (9),
 «Y á Yusuph, el obidiente,
 »Con su hermano lo ajunté.
 »Dí á Ismail que hallase
 »Aquel pozo de Zamzám (10):
 »Dí á *Jawa é Edám* (11)
 »El *aljanna* que morase.
 »Envié á tí, que te esforzasen,
 «Mis *almalakes* del cielo,
 »Do la pelea sin recelo
 »Venciste aquel día de padre (*sic*).

(1) José.

(2) ¡Bendición sobre él!

(3) Jacob.

(4) Jesús.

(5) La Virgen María.

(6) Aarón.

(7) San Juan.

(8) Jonás.

(9) Alude á la conversión de las gentes de Antioquía, lograda por la intervención de Jonás.

(10) El pozo de Zemzém, en la Mecca, del cual hablaremos adelante.

(11) Eva y Adán.

»A vinte dos fué dado
 »*Dewod-el-azabor*,
 »Y nació con mi favor
 »*Suleymén*, el deseado.
 »A *Isa* fué consolado
 »Con la misa (1) que le dió
 »Del cielo, cuando lo vió
 »Con sus discípulos juntado.
 »Y el *ataura* (2) envié
 »A *Musa* (3) á los vinte cinco,
 »Después con amor propinco
 »En mon *Torisine* (4) hablé.
 »La noche siguiente fué
 »Que el *Alkorén* de verdad
 »Envié á tí, Mohammád,
 »Y á los de tu *alomma* fé.
 »De noches aventajadas,
 »Esta es la más prencipal:
 »En el año no hay su igual,
 »Aunque hay muchas señaladas.

 »El vinti seteno fué
 »Quando echó su maldición
 »Sobre el malvado *Firhón* (5)
 »Y á él y á su gente ahogó.
 »El último día envió
 »Su piadad y perdón
 »Sobre la humana nación,
 »Que con su poder crió.
 »Todo bueno es obligado
 »Todo este mes dayunar:
 »Percure con vista entrar
 »De luna que es asonado.
 »Conviene entrar armado

-
- (1) Parece aludir á la misión de Jesús.
 (2) La *Tora*, ó ley de los judíos.
 (3) Moisés.
 (4) Sináí.
 (5) Faraón.

- »El que dayuna de *alttahór* (1):
 »Sirviendo á tan buen Señor
 »Limpio vaya al Criador (*sic*).
 »Y ya relatados son
 »Todos los días deste mes;
 »Su noche postrera es
 »De la santificación.
 »De hacer hay obligación
 »En ella un *atsalá* (2),
 »Que cualquiera que lo hará,
 »Es más purificación.
 »El *atsalá* de despedición
 »Se llama ó despedimiento;
 »Y pues Alláh lo dejó
 »Cumplid el su mandamiento.»

Si, pues, tan grande es la santificación de esta luna, consagrada especialmente toda ella al ayuno, fácil es de comprender cómo, en medio del singular fanatismo que, por lo menos en las apariencias, caracteriza á los musulmanes, el descubrimiento de la referida luna en el horizonte es ocasión y motivo de escenas verdaderamente cómicas muchas veces, de las cuales da ejemplo con gallardo estilo Edmundo About en una de sus más interesantes creaciones, en que pinta las costumbres del Egipto (3).

Desde el momento en que declina el último día del mes de *Xaâban*, que al de *Ramadhán* precede, los musulmanes observan con toda atención el cielo, á fin de distinguir la luna nueva, para lo cual poseen finísimo tacto y vista sumamente práctica y penetrante; y una vez advertida en el espacio la presencia del astro, «basta la declaración de dos testigos que depongan ante el *cadhí* haber visto la luna», para que sea proclamada con toda solemnidad la entrada del mes bendito,

(1) Purificación solemne, reservada para ciertos días, y distinta del *alquaddo*.

(2) Oración.

(3) Aludimos á su novela *Le Felláh*.

anunciándose en Fez «por tiros de fusil, disparados desde una altura vecina, y por el lúgubre sonido de las trompetas que tocan los gritadores públicos desde lo alto de todos los minaretes de las mezquitas» (1), y en la Mecca por el ensordecedor redoble de tambores y de timbales que, desde la casa del Emir, forman terrible estrépito (2).

Las poblaciones musulmanas, lo mismo en Oriente que en Occidente, cambian de aspecto durante el Ramadhán, y todos los fieles, salvo algunas excepciones, se entregan de peor ó mejor grado al riguroso ayuno preceptuado para los treinta días de esta luna, que no resultan igualmente largos y molestos para todos, pues el precepto divino es observado y cumplido de muy peregrina manera. Y como el olor de la boca del que ayuna, según Mahoma, es más agradable á Alláh que el del amizcle, «es deudo sobre toda persona de edad que dayune, hombre ó mujer: el barón quando llegue á edad de diez y seis años (3), y la mujer, que le venga su flor ó duerma con varón ó llegará á edad de catorce años, tubiendo libertad y poder para ello, y que sea de buen juicio.» Así dice la *Çunna*, explanando lo prescrito en el *Korán*, y previniendo que «el que biere la luna del mes de Romadhán, sólo ayune al otro día»; «y si las nuevas primeras del mes de Romadhán binieren el çaguero de Xaâbén, quando será de día, y no abrán comido, deténganse el resto del día, y buelban aquel día quando aya pasado Romadhán los que dayunaron, y los que no dayunaron.»

«El biejo y el flaco sin fuerças, que no podrán ayunar, den mantenimiento á un pobre, y tórnenlos á dayunar; y quando

(1) Alí Bey El-Abbasí, *Viajes*, t. I, pág. 146.

(2) Ibn-Bathutháh, *Op. cit.*, I, 388 y sigs. Este insigne viajero tangerino del siglo XVI, refiere multitud de particularidades relativas al mes de Ramadhán en la Mecca, dando razón de las solemnidades de los Xaifeítas, los Hanefitas, los Hanbalitas, los Zeiditas y los Malequitas.

(3) Urrestarazu afirma que «desde la edad de diez años todo musulmán está obligado á ayunar» (*Op. cit.* pág. 175).

fuere rico el caminante, que se puede sufrir de yr de camino, y caminará en Romadhán, y comerá de por cada día, dé de comer á un pobre, y tórnelos á dayunar», como previenen las aleyas 180 y 181 de la Sura II del Korán, expresando: «aquel que esté enfermo, ó de camino, ayunará despues un número de días igual al que dejó de hacerlo; aquellos que pudiendo soportar el ayuno lo quebrantan, darán en expiación de comer á un pobre» (1).

«La mujer preñada — según la *Çunna* — coma y mantenga un pobre, si tubiere de qué, y la que cría, si se teme de la criatura, busque quien la mantenga; y si sus bienes ó los de su marido lo sufren, coma, y si ésto no pudiere sufrir, dé de comer á un pobre, como dicho es; mas los dos tornen los días quando pudieren. Y si la criatura no quisiere tomar la teta de otra muger, la otra coma.» «Esquibado es enxaguar la boca en Romadhán, de día, con agua, ni cosa berde ni seca, mas freguen las enzias con agua por defuera; y si pasará fortuna de calor, y enxaguará su boca, y pasará algo á su garganta, cesse de hazerlo, y no coma, y torne aquel día.....» etc. (2). «Esquibado es dormir de día en Romadhán, y si durmiere y se soñare..... con delectación, en despertando *tahárese* (3) lo antes que pudiere, y despues, vuelve el día.»

«No pierde el día la sangría, ni el bómito, si no retorna algo á la garganta de birtud ó gobierno, ó sustancia que podría dayunarle; ni desdayunan (4) los mosquitos que se entran por la garganta, ni el grano ó migaja hallada entre los dien-

(1) Hace constar Urrestarazu, en cuanto á Marruecos se refiere, que «aun cuando el Korán dice que los que pudiendo soportar el ayuno lo quebranten, darán á título de expiación el alimento de un pobre, sin embargo, casi siempre son azotados, presos, ó condenados á pagar una multa» (Op. et loco citats).

(2) En la actualidad también está prohibido aspirar el humo del tabaco y tomar rapé; pero no quebranta el ayuno el humo de la leña.

(3) Purifíquese, lavándose con agua.

(4) Es decir, hacen quebrantar el ayuno.

tes, ó enzíás, ni el abraçar el hombre á la muger, ni ella á él, como quiera que sea» (1), lo cual no se opone al precepto koránico, que prescribe textualmente: «Os está permitido aproximaros á vuestras mujeres durante la noche del ayuno, porque ellas son vuestra envoltura, y vosotros la suya» (2). «Comed y bebed hasta el momento en que podais distinguir un hilo blanco de un hilo negro; pero desde este momento, cumplid con el ayuno hasta la noche, y durante aquel espacio de tiempo, no tengais comercio alguno con vuestras mujeres: pasad el día en actos de devoción en las mezquitas» (3).

«El que en el mes de Romadhán comiere á sabiendas, diciendo que no es obligado á ello, este tal es digno y mereçedor de la muerte, como aquel que niega y desconoce y desobedeçe los mandamientos de Alláh y de su santa Ley»; y en cambio, «el que debotamente dayunará el mes de Romadhán y cumplidamente, entrará en el *alchanna* (4) para siempre».

Y he aquí, cómo y por qué, aunque

..... este ayuno no consiste
 Solamente en abstinencia
 Del comer y del beber,
 Que también a de haber rienda
 En detener los sentidos,
 Las manos, ojos y lenguas,
 Los oídos y los pies,
 Que ande todo en l'obidencia
 Del Señor que lo a criado
 Para su servicio y qüenta,

(1) V. en el t. V cit. del *Mem. hist. esp.* las págs. 303 á 309 que contienen el cap. XXIV de los *Principales mandamientos y devedamientos de la ley y çunna*, que tantas veces hemos utilizado.

(2) Hace observar Kasimirsky que, según los comentaristas «cette expression, signifie: *vous vous rendez des services mutuels*; ou bien: *vous cachez les secrets les uns des autres*; ou bien: *en vous embrassant vous êtes comme un vêtement l'un pour l'autre*.

(3) Aleya 183 de la Sura II.

(4) *Alhanna*, *aljanna* ó *alchanna*: los jardines del paraíso, según queda notado.

dando al olvido los enojos, las pendencias, los odios, las enemistades, las banderías, las cuestiones, las ambiciones y, en suma, todas las *malezas*, como dice el morisco Rabadán,— desde el momento en que el sol se pone, á la hora de *al-magrib*, y desde lo alto de los alminares dan la señal con sus trompetas los almuédanos, el aspecto de las poblaciones mahometanas puede decirse que cambia en absoluto y por completo.

Bien es verdad que las prescripciones koránicas no tienen para todos igual eficacia, pues mientras la gente pobre ayuna y trabaja durante el día, aunque la *Sunna* prohíbe entregarse al sueño, «los ricos apenas sienten el ayuno del Ramadhán, pues pasan el día durmiendo, para desquitarse ampliamente de sus privaciones por la noche, de suerte que no hacen sino cambiar la época de sus goces diarios» (1). Al silencioso recogimiento ostensible del día, reemplaza espectáculo bien distinto: «se suceden los convites y las funciones caseras, y los lupanares y cafés, donde se canta, están tan concurridos y se ven en ellos escenas tan lúbricas, que no deben referirse». «Los jóvenes y los pobres van por las calles con músicas, y no queda broma que no se invente en aquellas noches, que podríamos apellidar el Carnaval de los árabes.» «En estas fiestas se baila (en Argelia) una danza muy parecida á nuestro fandango, pero adulterado con movimientos algunas veces indecentes.» «Necesario es confesar que el fandango también las tiene en algunas mudanzas, y que algunos bailadores las exageran demasiado; pero entre los árabes esta exageración es precisa, y va acompañada de gestos y dichos picantes, que son las sales de la reunión.» «Mientras el baile, las mujeres están sentadas sobre alfombras, fumando sus pipas, y tanto de su boca, como de la de los hombres, se deslizan flores y alabanzas á la pareja que baila, que tan comunes y chistosas son en nuestros sevillanos» (2).

(1) Alí Bey, Op. cit., t. I, pág. 145.

(2) Malo de Molina, Op. cit., págs. 196 y 197.

No ocurre cosa distinta en Turquía, donde el Ramadhán —como dice un escritor— es á la vez la Cuaresma y el Carnaval: Cuaresma, durante el día; Carnaval, en las horas restantes de la noche. «A la forzada abstinencia diurna, que llega hasta la privación, no sólo del alimento y de toda bebida, sino de la pipa y de los perfumes, y aun entre los más fervientes, de la misma saliva, suceden como por encanto los placeres y las orgías nocturnos.» «Las mezquitas aparecen iluminadas; las calles, desiertas de ordinario, después de la puesta del sol se llenan de paseantes; la mayor parte de las tiendas, por lo menos las que proveen de los artículos alimenticios, tales como las panaderías, las pastelerías, etc., permanecen abiertas; en los cafés y en las plazas públicas, los músicos y cantores ambulantes, los bailarines, los *meddáh* ó narradores, y *karagueuz* que hacen sombras chinescas, atraen en torno suyo grupos inmensos de espectadores y de oyentes.»

»Los bailarines son muchachos griegos, quienes, adornada la cabeza con el fez, ó, mejor, *tarbusch* rojo, con borla de oro, la cabellera perfumada y flotante sobre los hombros, y las cejas y los párpados teñidos de negro, ejecutan, cantando, figuras lascivas. El número de estos seres degradados ha disminuido mucho en Constantinopla desde hace algunos años, y no se les encuentra sino en las tabernas de Galata, arrendadas todas por griegos: su traje femenino, su rostro imberbe, el colorate de sus mejillas, todo indica á los transeuntes su profesión, que la lengua ha denostado con un término injurioso.

»Los músicos y los cantores, que van en grupos de seis ó de ocho, son indistintamente mahometanos, cristianos ó judíos. Los mismos individuos cantan y se acompañan, ya del violón y la guitarra, ya de la flauta ó de una especie de silbato de Pan, llamado *neih*, y muy usado entre los turcos.

»Los *meddah*, que por su profesión recuerdan los antiguos troveras ó juglares, son turcos; para ejercitar sus talentos escogen con frecuencia los cafés más concurridos, empezando la sesión ordinariamente una hora después del crepúsculo ves-

pertino, é inaugurándose con una apología del sultán reinante, á cuyo preludio sigue la invocación de Alláh, el *Bismilláh*», con que los musulmanes encabezan todas sus obras, continuando con la relación de un cuento, semejante á los de las *Mil y una noches*, en que imitan los gestos, el aire, el lenguaje y la voz de los personajes turcos, griegos, persas, armenios ó judíos que en el cuento intervienen. «La sesión se prolonga alguna vez bastante, y en los intermedios ó descansos un sirviente de los *meddah* circula por entre la concurrencia con una escudilla en la mano para recoger los donativos» (1).

«Como todo el día lo pasan sin comer ni beber», la hora de *al-magrib* es esperada con ansia por los fieles, entre quienes, de aquellos que no tienen necesidad de trabajar para vivir, «los más pierden la cabeza de tanto rezar y leer el Korán; los otros, de leer libros ascéticos ó sagrados; otros, finalmente, por la debilidad del estómago, y la tristeza, que es su compañera inseparable», alterando á todos «el horrible y fúnebre sonido de las trompetas que suenan de lo alto de los minaretes á diferentes horas del día y de la noche, lo cual produce muchas contiendas en el populacho» (2).

Al distinguir la señal del *fthor* ó desayuno, ó escuchar los tiros ó trompetazos que anuncian la noche, «todo el mundo se pone en movimiento, abandonando las mezquitas, ó las ocupaciones diarias», y por el pronto, no toman más que alguna taza de café, caldo ó leche, ó comen una especie de puches de harina con miel, azúcar ú otro condimento nutritivo: luego, hacen la oración [de *al-magrib*], y poco después, á la hora del *escha*, ó de la cena, se ponen á comer, siendo muchos los que «comen tres ó cuatro veces en la noche» (3). En todas las del Ramadhán, «antes de amanecer, hay dependientes de las mezquitas que corren por las calles» tocando con es-

(1) Ubicini, Op. cit., págs. 309 y sigs.

(2) Ali Bey, Op. et loc. cits.

(3) Idem, id. Op. et loc. cits.

trépito el tambor, mientras otros, «armados de enormes mazas..... dan repetidos golpes en las puertas de las casas, para que sus moradores se levanten á comer antes de la hora de la oración de la mañana» (1).

«La noche del 27 hay continuamente en las mezquitas un ministro, que, sin tener libro delante, recita el Korán en alta voz; el pueblo se mantiene en pie, escuchándole.» «Este rezo va interpolado con oraciones; la persona que reza es sucesivamente relevada por otra, de suerte que, al apuntar el día, se ha recitado el Korán todo entero.» «En la misma noche hay iluminación en las calles y terrados; el gentío es inmenso, y por todas partes se ven mujeres á bandadas que van á visitar las mezquitas, en las cuales, innumerable multitud de niños de todas edades, mujeres, santones, imbéciles, buenos y malos, mueven una behetría (batahola) infernal, y entre tanto, ó se recita el Korán ó se dicen oraciones» (2).

El estrépito asordante de las espingardas y de los fusiles, disparados con verdadero frenesí y con general desconcierto al aire, en señal de insuperable regocijo; el lúgubre resonar de las trompetas que, desde lo alto de los cuadrados alminares, tocan á cortos intervalos los almuédanos, y el vocerío y el movimiento incesantes de las gentes, anuncian, de modo no totalmente peregrino para nosotros los españoles, la terminación del mes sagrado de Ramadhán; del mes austero del ayuno, en que obró Alláh tantas maravillas; de la Cuaresma, en fin, entre los musulmanes.

Momento jubiloso es a quel que por sus formas y accesorios tiene singularísima semejanza en el Sábado de Gloria en muchas de las poblaciones de la hermosa Andalucía, en las cuales se conserva, como recuerdo sin duda de la sangre africana que circula por nuestras venas, la bárbara costumbre de dis-

(1) Ali Bey, —Urrestarazu se expresa en términos análogos.

(2) Idem, id.

parar al aire los vecinos toda suerte de armas de fuego, ocasionando con frecuencia muy sensibles desgracias.

El día primero de la luna de Xaguál—décima del calendario musulmítico—es, con efecto, día solemne, en el cual se celebra el *áid-as-saguir*, ó *es-seguir*, según pronuncian los africanos, quienes no se distinguieron nunca por la pureza en hablar el árabe; la *fiesta chica*, que en castellano diríamos, la *Pascua de Ramadhán*, ó el día de *alfithra* ó de la limosna, que lo es de riguroso precepto, en el cual renacen la animación y la alegría para las ciudades mahometanas después de la austeridad, más aparente que verdadera del mes anterior, consagrado, cual queda dicho, todo él al ayuno, á las prácticas devotas, á la contemplación y á los trastornadores ejercicios religiosos.

Aquella noche, como sucedía en la Mecca ya en el siglo XIV (1), se ilumina la población con lámparas y con bujías, se colocan luces en todos los salientes de los alminares, y se encienden todas las lámparas de los templos; el espectáculo que en ocasión tal ofrecen las poblaciones islamitas, resulta en realidad sorprendente, pues aunque es de precepto ayunar todavía seis días de este mes de Xaguál—á elección de los devotos—se acabaron los días tristes y sombríos, pasados todos ellos en oración bajo las paralelas naves del templo, misteriosamente iluminadas por el mortecino resplandor de los cirios, los vasos de colores de las pintadas coronas de luz, y el aceite de las lámparas; entre la multitud abigarrada é informe de más ó menos fanáticos devotos, encogidos, en extática actitud contemplativa, ó en continuo é incesante movimiento; entre el desconcertado rumor confuso de las oraciones de los fieles que recitan en tonos diferentes las aleyas ó versículos del *Korán*, impetrando la misericordia divina; entre la atmósfera pesada, mal oliente y sofocante que se desarrolla en el interior de las mezquitas; en la excitación nerviosa, por último, que el

(1) Ibn Bathutháh, *Voyages*, I, 393.

ayuno produce, y que acrecientan y agravan y acentúan los lúgubres sonos de las trompetas con que cada tarde los almuédanos dan señal de que es llegada la hora en que pueden ya los fieles alimentarse.

No más abstinencias enojosas que dejan por el día silencioso y solitario el *harém*, de quien le tiene, ni más privaciones diurnas que alteran la salud del menestral y del obrero; la luna nueva, verdaderamente esperada como pan bendito, al desgarrar los cendales oscuros de la noche en que aparece, arroja aquella singular exaltación religiosa en la sima profunda de lo pasado, y trae consigo deslumbrador cortejo de deleites, ya lícitos á plena luz, como recompensa merecida después de la Cuaresma por los fieles.

Y mientras cada uno, con mano liberal, y según sus recursos, se dispone, antes de que salga el sol, á dar cumplimiento al precepto divino, repartiendo la limosna pascual entre sus hermanos, los necesitados y los menesterosos,—limosna que consiste en distribuir entre ellos, á voluntad, y por cada individuo de la familia, media medida de trigo, ó de harina, ó una entera de cebada, ó dátiles, ó cosa asemejable, ó su estimación en dinero,—apercíbese también, luego de cumplidas las prácticas religiosas, á gozar con no disimulada alegría del *áid-as-saguir*, del placer de la libertad, buscando solaz y esparcimiento en el campo, cuando la estación lo permite, dándose cita en los huertos y en las alquerías de las inmediaciones, y regocijándose allí cual si se tratara de celebrar algún acontecimiento próspero en cada familia.

Aquel día es de precepto, además, hacer la oración ó ir á la mezquita para ello, á la hora del alba, que es el *as-saláh* de *asobhí*; y ni el almuédano hace á los cuatro vientos en la cima del alminár su pregón acostumbrado, llamado *al-idzán*, ni tampoco discurre después por entre los fieles, agrupados en el templo el sirviente que avisa que va á dar principio la oración, pregonando el *al-icamáh*. También el ritual varía, pues según la buena doctrina, recogida por don Içe Gebir en

el siglo XIV, «el *açala* de *açobhí* son dos *arracaâs* (1) con un *açalém*, y se han de hacer con *alhamdu lillehi* (2), y otra *açora* (Sura) públicamente; y en la postrera *arracaâ*, antes que [el devoto] se abaxe, diga el *alconút* (3) que es una rrogária que se açe en arabí, y después que lo aya dicho *arraqueese* y asiéntese, y diga *atahietu*, y dé *açalém* (4).

En el día de *al-fithra*, ó *âid-as-saguir*, este *as-saláh* es de dos *arracaâs* públicas con *alhamdu* y *cabihizma* (5) la primera; y antes de la *arracaâ* diga [el devoto] siete bezes *Alláh-ua-aqbar* (6), y después en la segunda lea *alhamdu* y *guaxamçi* (7), y después haga *alhotba*, certificando (creyendo firmemente) en el gualardón de *alfithra* para [los] que la den en pan ó en grano, y que el *alfithra* a de ser ajustada en un lugar, y repartida por dos buenas personas; y digan otra *alhotba*, no nombrando á los de la *açihaba*» (8).

Los mahometanos que siguen la secta de Abú-Hanifa, consagran los cinco primeros días del mes de Xaguál á celebrar la fiesta que llaman «del gran Beirám», ó de la cesación del ayuno, y aunque entre los de la secta Malekí, que son los más, no es la festividad tan solemne, transpórtanla al día 10 del mes, y sobre prolongarse las diversiones nocturnas del Ramadhán, que ahora son ya á todas horas, dan muestras de su alegría de cuantos modos pueden.

Circulan por la calles los vendedores ambulantes de confi-

(1) Véase la nota 11 de la pág. 67.

(2) ¡Alabado sea Alláh!, como queda dicho.

(3) Contracción de la frase religiosa dirigida á Mahoma: «estamos prestos á obedecerte».

(4) *Atahietu* es contracción de otra frase, que dice: «las alabanzas ó bendiciones sean dadas á Alláh»; el *açalém* es bendición: con el *açalém* terminan todas las frases relativas á Mahoma (*Mem. Hist. Esp.*, tomo V, página 273).

(5) Palabras con que comienza la Sura LXXXVII del Korán.

(6) ¡Alláh! ¡El es el más grande!

(7) Comienzo de la Sura xci del Korán.

(8) Véase la nota 9 de la pág. 67.

turas y refrescos, voceando sus mercancías, y recorren la población, deteniéndose en cada puerta para felicitar á los vecinos, las músicas populares, compuestas de dulzainas, platillos, atabales y violines, no de manera distinta que antes, en los días de Pascua, salían entre nosotros las murgas callejeras. En cuadrillas, todo lo más chillonamente ataviadas, discurren las gentes, arrojándose unas á otras esencias y confites, y no faltan los disparos de armas de fuego, que contribuyen á aumentar el estrépito y la algazara, y que forman entre los africanos el obligado de toda fiesta.

En Turquía es denominado éste el «pequeño Bairám», y también *did-il-fithr*, «participando á la vez de nuestro carnaval y de nuestro primer día del año; dura cuatro días, durante los cuales las oficinas de la Puerta están cerradas, las gentes visten sus mejores ropas, se visitan y se hacen mutuamente regalos» (1), si bien las músicas, los cánticos, los bailes, las comidas en el campo ó en los huertos, el vocerío de los vendedores ambulantes, la agitación y el bullicio de la muchedumbre, los disparos de armas de fuego, las luchas á patadas entre los jóvenes (2), todo ello es común á las fiestas musulmanas, las cuales, unas á otras, se parecen tanto en esto como en el correr la pólvora (3).

(1) Ubicini, *Op. cit.*, pág. 112.

(2) Consisten estas luchas «en ofenderse y defenderse con solo el pie derecho, conservando el izquierdo en tierra para girar sobre él», como practican en París los pilluelos. «La mayor agilidad—dice el autor de quien copiamos—se observa en algunos negros para este juego, en términos que, casi sin poderlo evitar, sacuden á su contrario tan fuertes patadas en la cabeza que lo derriban al suelo, sin que á ellos sea posible cogerles el pie para que pierdan el equilibrio» (Malo de Molina, *Op. cit.*, página 198).

(3) Refiere Malo de Molina (*loc. cit.*) que en Argelia esta diversión es de varias maneras, pero que las que más le chocaron fueron las siguientes: «Colocábanse—escribe—veinticuatro tiradores armados de espingardas y trabucos, divididos en dos bandos, uno frente á otro, y separados á la distancia de tres cuerpos; comenzaban á entonar unas canciones, y á cier-

Por lo demás, el mes de Xaguál, que se dijo *Ua il* entre los árabes anteriores á Mahoma, es uno de los cuatro sagrados y de los tres señalados para poder efectuar el peregrinaje á la Mecca, según la interpretación dada á la aleya 193 de la Sura II, donde el Profeta preceptúa á los musulimes que «la peregrinación se hará en los meses que conocéis.» Consta de veintinueve días, celebrándose de ellos en particular el 17 y el 21: el primero en conmemoración del famoso combate de Ohod, cerca de Medina, y el segundo, á causa de la partición de la luna. El oncenó mes, Dzu-l-Caâda, *Uarna* en el calendario de los antiguos árabes, es mes del reposo, sagrado como Xaguál, estando, por consiguiente, prohibida la guerra en él; tiene treinta días, durante los cuales no hay festividad alguna señalada, y es uno de los tres en los cuales debe hacerse la visita ó peregrinación á la Casa Santa de la Mecca, donde en la noche del 27 era ya costumbre en el siglo XIV levantar el velo de la Caâba á la altura de braza y media, á fin de preservarle de las manos de los ladrones (1).

ta palabra convenida rompían la marcha de frente, en medio de mil alaridos, y al incorporarse todos disparaban su arma, dando un salto al mismo tiempo de modo que al sentirse la detonación el cuerpo estuviese en el aire y sostuviera el equilibrio la persona, porque caer al empuje del tiro sería una deshonra. En seguida la gritería se aumentaba, y las armas se arrojaban al aire en la misma dirección, de frente, y venían á caer en manos de los tiradores, que á la carrera cargaban, y volvían á repetir la misma escena. Iguales ejercicios se hacían á caballo, en medio del campo, y nos sorprendió sobremanera verlo á todo un escuadrón de Ispahis que al arrojar los fusiles al aire, y recogerlos á los quince ó veinte pasos, presentaba una vista extraordinaria.» Véase además lo que dice Murg a en orden á Marruecos, y con relación á este ejercicio.

(1) Ibn-Bathuthah, I, 395, añade que esta ceremonia se llamaba *la interdicción de la Caâba*, y que á partir de aquel momento, no se volvía á abrir el templo hasta después de cumplida la estación de *Arafáh*, doce días más tarde. En la actualidad se corta «el velo todo alrededor del edificio, por encima de la altura de la puerta; y los empleados de la mezquita procuran hacerse con algunos pedazos de tela que, reducida á fragmentos, regalan á los peregrinos. Estos deben corresponder al favor con

En cambio, el último mes del año, llamado Dzu-l-Hicháh entre los musulmes, y antes *Burec*, es mes también sagrado y el de la peregrinación por excelencia. Cuenta veintinueve días el año que no es intercalar ó embolísmico, y treinta el que tiene esta circunstancia, obteniendo muy alta representación en todos los países musulmanes, dada la solemnidad de la presente luna, que está especialmente santificada. ¡Dichoso aquel á quien le es permitido emprender, una vez por lo menos en la vida, la santa peregrinación y visita de los lugares benditos, cumpliendo así con el precepto koránico! ¡Feliz y venturoso el que puede hacer alarde y ostentación del piadoso título de *Hach*, ó peregrino (1), con que se ufana al regresar á su patria después de haber dado término la «romería», y que excita la admiración y el respeto entre sus conciudadanos!

«El yr en romería á la cassa Santa de Maca es deudo de cumplir á cada muçilim de edad, si tubiere poder para ello, una begada en su bida, á pie ó á caballo», dice la *Sunná* (2); y cuando el devoto, puesto ya en traje de peregrino, sale de su casa para emprender la expedición religiosa, vuélvese lleno de unción á la puerta que traspone, despídese de la familia, invocando sobre ella la protección de Alláh (3), y exclama:

alguna gratificación» (D. Mariano de Pano y Ruata, *Las coplas del peregrino de Puey Monçón. Viaje á la Meca en el siglo XVI*, Zaragoza, 1897, pág. 110). Ali Bey declara que recibió «tantas de estas reliquias, que..... bendito sea Dios.»

(1) «Todo musulmán que ha estado en la Mecca, es más respetado y considerado que otro que no haya hecho la peregrinación, y á su vuelta de ella hace preceder á su nombre la calificación de *jhadch*, peregrino; y si es mujer, la de *jhadcha*. Desde este momento, aunque pertenezcan á la última clase de la sociedad, es llamado *sidi-el-jhadch*, señor peregrino; y la mujer *la-l-la-el-jhadcha*, señora peregrina. Esta calificación equivale entre los musulmanes á un título nobiliario» (Urrestarazu, *Op. cit.*, página 182).

(2) Cap. XXX, pág. 324 del tomo V cit. del *Mem. hist. español*.

(3) «La despedida de la familia debía ser la siguiente: *Que Alá conserve vuestra fe, vuestras creencias, y os dé suerte en todos los negocios.*

—¡No hay otro dios sino Alláh, á quien pido socorro y asistencia para todo el tiempo de mi viaje!

Desde el momento en que se pone en camino, «y por cualquiera término que entrare en los términos de Maca», irán sus labios diciendo piadosas *ataquebiras*, «que es dezir ¡Alláh hua aqbar (4), y en fin de cada *açala* es *çunna* dezir *labayca*, que es dezir que te plazze, Señor, que te plazze, la loación y el *reysmo* (5) todo es á tí!» Los peregrinos acuden de todos lados en largas caravanas, procedentes de partes muy distintas (6), y desde que pisan los límites del *Beled-al-haram*, ó tierra santa, proceden á la primera ceremonia del peregrinaje, la cual consiste en *tahararse* ó purificarse con agua ó con arena, rezar desnudos la oración correspondiente, vestir el *hiram*, *ijhram*, ó *harime* (7), y dar luego algunos pasos en dirección de la Meca (8). Vedado les está durante la expedición, sea cual fuere el tiempo que necesiten y empleen para llegar á la ciudad santa, tanto el afeitarse la cabeza como el dedicarse á la caza y el hacer uso de las mujeres, si bien no les está prohibido á los fieles comerciar, según los comentaristas, á fin de poder mantenerse mientras dura la peregrinación, aunque hay no pocos que hacen el viaje confiados en la voluntad de Dios, en la ca-

Que El os conserve y os proteja, os preserve de todo mal, perdone vuestras faltas y os colme de bienes doquiera que vayais.» (Pano y Ruata, Op. cit., pág. 42).

(4) Como ya queda dicho, esta frase significa: ¡Alláh! ¡El es el más grande!

(5) Es decir, el imperio, el señorío.

(6) Reunidas en un punto determinado é inmutable, forman una sola caravana, que recibe nombre de *raqueb*; la del Mogréb se pone en marcha en el mes de Récheb, partiendo alternativamente de Fez y de Tafi-lete, bajo el mando de un *xeij*, que generalmente es un *xerif*, ó descendiente del Profeta.

(7) V. Dozy, *Dictionnaire des noms des vêtements ches les arabes*, página 136.

(8) Pano y Ruata, Op. cit., pág. 80.

ridad de las buenas almas y en las limosnas que han de recoger por el camino.

Si llegaren á la Mecca antes de que «benga aquel tiempo del *alhich*», en ella permanezcan, «y no se esparta de allí el muslime hasta que cumpla el tiempo, que cae en las dos lunas y diez días entre las dos Pasquas.» Larga tarea habría de ser la de puntualizar en este sitio todas y cada una de las ceremonias de la peregrinación; y si bien que podría resultar acaso pintoresca la descripción de las mismas, según dan de ella noticia los escritores y los viajeros, lícito será para nosotros prescindir de este elemento literario, merced al cual nuestro trabajo cobraría animación, limitándonos á hacer mención sólo de las principales, y remitiendo por lo demás los lectores á las obras de los viajeros, y especialmente á la del Sr. Pano y Ruata, que dejamos en la nota mencionada.

Tiene cada una de dichas ceremonias día taxativamente señalado; y la primera, que es la preparatoria, se ha de verificar precisamente el séptimo de aquella luna solemnísimá, asistiendo los peregrinos á la *hotba* ó sermón, en que les son declarados los ritos que deben cumplir en el *al-hiche*. El día siguiente, 8, es llamado *yaúm-at-targüiyat*, ó día de la bebida; conmemórase en él aquel otro día en que Ibrahim ó Abraham recibió la orden de inmolar á su hijo Isahak, y aquel otro en el cual Agar é Ismaíl descubrieron el pozo de *Zemzém*, en cuyas salobres aguas apagó su sed el segundo. Por esta causa, pues, los peregrinos, buscando la salvación del alma, y muchos la salud del cuerpo, beben de las aguas de aquel pozo milagroso, aunque malsano para los que carecen de fe, no vacilando en henchirse de aquel líquido, el cual, á juzgar por el testimonio de Ali Bey, resulta realmente nauseabundo para el estómago de los infieles.

Deben dirigirse, luego de satisfecha esta primera necesidad, al valle de Mina, donde pernoctan hasta el amanecer del día siguiente, 9, llamado por esta causa *yaúm Arafat*, el día de Arafat, pues en él es precepto forzoso visitar el monte de este

nombre, cercano á la Mecca; y cuando al ponerse el sol regresen del Arafat, cruzando por el valle de Mohassir, que cruzan rápidamente, según es costumbre, al pasar cerca de *Arafah*, lugar que es también denominado *chamô*, y en el Korán es apellidado *al-maxar-ul-haram*, ó santo lugar de las ceremonias, y también monumento sagrado, donde se retiró á orar Mahoma y donde su rostro adquirió singulares resplandores,—deben los peregrinos acordarse del Señor, quien les ha guiado por el camino derecho (1). Del Arafat se trasladan á *Modzalifah*, extensa llanura colocada entre dos montañas y rodeada de cisternas y depósitos de agua, construídos por Zobeidah, la esposa del Califa Harón-Ar-Raxid, tan celebrado en los cuentos de las *Mil y una noches* (2), y donde arrojan uno en pos de otro siete guijarros para ahuyentar al demonio (3).

El día 10, el más solemne de todos, recibe distintos nombres: llámasele *yaúm-an-nahri*, ó día de la degollación ó sacrificio; *yaúm-al-adhá*, ó día de *adahea*, que también significa sacrificio, y *yaúm-al-carbán* ó *al-corbén*, día de oblación, que es aquel con el que más generalmente se le distingue, por lo cual es la Pascua, denominada *Pascua de alcorbén*. En este día, la caravana del Egipto envía aún, como en lo antiguo, á la

(1) Korán, Sura II, aleya 194.

(2) Ibn-Bathutháh, *Voyages*, I, 396 y 397.

(3) El camino que pasa inmediato á Modzalifah «se ve cortado de trecho en trecho por tres muros dados de cal, muros que afectan vagamente la forma de pirámides truncadas y simbolizan al diablo en persona. Contra ellos arrojan los peregrinos las siete piedrecillas recogidas al regresar del Arafat. Y así creen conmemorar también á Abraham, de quien dicen arrojó á pedradas al diablo cuando salió á tentarle para que no llevase á cabo el sacrificio exigido por Dios. Por eso los peregrinos exclaman al arrojar los guijarros: *Satanás, en el nombre de Dios te conjuramos á que huyas de nosotros, como huiste delante de nuestro padre Abraham*». Por lo demás, el Sr. Pano y Ruata, de quien son las anteriores palabras, afirma que «no andan muy de acuerdo los viajeros respecto á los pormenores del sitio donde se verifican las pedreas musulmicas contra el demonio» (Op. cit., págs. 173 y 174).

Casa Santa, el velo (*kisuáh*) que ha de cubrir la Caâba, y reemplazar el del año precedente, y que es depositado en la azotea de aquel sagrado edificio, donde permanece por espacio de tres días, á cuyo término es extendido sobre el *Beit-ul-harâm*, para cubrirlo por completo (1). «Es, según Ibn-Bathutháh, de una tela de seda muy negra, forrada de lienzo; en su parte superior tiene un *tiráz* ó faja bordada, en el cual están escritas con caracteres blancos las palabras de la aleya 98, Sura V del Korán, que especialmente consagra la Caâba y la peregrinación (2), y en cada uno de sus lados lleva otro *tiráz* donde con caracteres blancos figuran aleyas del Korán, resplandeciendo con viva luz sobre el fondo negro de la tela (3).»

(1) El velo para cubrir la *Caâba*—refiere el ilustrador de las Coplas del morisco de Puey Monçón—sale aun hoy día del Cairo, como en el siglo XVI y como en el XIV, según Ibn-Bathutháh, dando ocasión la partida «á la gran fiesta del *Mahmal*, comienzo oficial de la peregrinación. Denomínase *Mahmal* el aparato donde se coloca dicho velo para su transporte á la Meca. Aparato de forma piramidal en su parte superior, la cual tiene por remate una pequeña cúpula de oro con su correspondiente media luna. Ricas telas rodean la parte inferior; de manera que al acomodar el aparato sobre un camello, cuelgan y llegan hasta cerca del suelo. El *Mahmal* tiene el carácter de objeto sagrado. Despídele numerosísimo concurso, presidido por el Jedive, rodeado de toda su familia, de los miembros del Gobierno y de los altos funcionarios del Estado, etc. (Op. cit., págs. 77 y 78, nota).

(2) Dice así, con efecto: «Alláh ha hecho de la Caâba una casa santa, destinada á servir de estación para los hombres; ha establecido un mes sagrado (el de Dzu-l-Hicháh), y la oblación, y los ornamentos colgados de las víctimas, á fin de que sepais que conoce cuanto ocurre en los cielos y en la tierra, y sabe todas las cosas. Sabed también que Alláh es terrible en sus castigos, pero clemente y misericordioso.»

(3) *Voyages*, I, 401 y 402: «El origen del tapiz que cubre la Caâba procede, según Almaçudí, de que, al reedificarla, quisieron los Coraixitas vestirla con las telas sagradas del Yémen, que las personas nobles de aquel tiempo llevaban encima de los vestidos» (Pano y Ruata, Op. cit., página 109, nota). Describiendo el velo, dice este mismo autor (loc. cit.): «Hállase el edificio siempre cubierto por un gran pabellón, especie de funda de seda negra, *rica vestimenta de seda adamasquinada*, como la llama

Mientras tanto, en el valle de Mina, á donde desde *Modzalifah* se deben dirigir los peregrinos luego de haber ahuyentado á pedradas al demonio, se celebra la *Pascua de Al-corbén*, ó *Bairám*, en memoria del sacrificio de Abraham, sacrificando carneros, cabras y aun camellos. Recibe, además de los indicados, el nombre de *áid-ul-kibir* ó *Pascua mayor* este día décimo de Dzu-l-Hicháh en las regiones occidentales, y en Turquía toma el de gran *Bairám* ó *Çorban-Bairam*, fiesta que abre allí el Sultán en persona, dirigiéndose al amanecer, y acompañado de los Ministros, altos funcionarios, ulemas y oficiales superiores del Ejército y la Armada, todos de gran uniforme, á la mezquita de Ahmed, de donde regresa á su palacio para recibir solemnemente los homenajes de los Ministros y Corporaciones del Estado (1).

Los fieles á quienes su fortuna, ú otras causas, no han permitido emprender el viaje de peregrinación á la Mecca, permaneciendo en sus hogares, celebran con no menor solemnidad y entusiasmo la llamada *Pascua de los carneros* ó de *Alcorbén*, preparándose á ella con purificación de cuerpo y de alma, y distinguiéndose la *açala* de este día de la de los restantes (2). Todo muslime debe, si puede, sacrificar una víctima, y para ello escoge cuidadosamente el animal, cuidando no tenga ninguna de las «treze tachas ó lisiones» que la incapacitan para el sacrificio, y que taxativamente especifica el alfaquí de Segovia, asegurando que el ganado «ovejuno es mejor que no el cabruno, y del ovejuno es mejor el macho que no la hembra; y el cabruno mejor que el vacuno; las hembras del ovejuno

nuestro alhichante; á favor de lo cual, presenta el monumento aspecto fantástico y misterioso, llevando como adorno al rededor, una gran faja bordada en oro, donde aparece escrita la profesión de fe musulímica... La porción de velo, en forma de cortina, que corresponde á la puerta, va bordada en plata y oro, y ésta y dos aberturas más..... son las únicas interrupciones que presenta la monotonía de aquella inmensa tela.»

(1) Ubicini, Op. cit., pág. 113.

(2) Cap. XIX de la *Çunna*, t. V de *Mem. hist. esp.*, pág. 292.

son mejores que los cabrunos, aunque sea macho», y especificando que «el que es abundante de hazienda sacrifique por cada persona una res de todos los de su casa», lo cual «es voluntario; si nó, una le basta para todos». «No ay sobre los sierbos obligación de matar *adahea*» (1).

«No passa que ninguno degüelle su *adahea* antes que el *alimém* degüelle la suya, y donde no tuviesen *alimém* sigan el tiempo del más cercano lugar, ó deténganse un poco. Los días del sacrificio son tres: el primero fue el día del *Alcorbén*, y es el mejor; y el que no lo hiziere en este día procure hazerlo el segundo ó el terçero: en los quales tres dias se a de hazer el sacrificio y no antes ni despues. Este se a de hazer despues que el sol se alçe, á la hora de *adduha* (2) hasta el poniento del sol; y quien lo hiziere de noche no le passa; y si la degollare por él otra persona que no sea muçilim, no passa; y si fuere muçilim quien la degollare por su mandado, ó porque el dueño no estaba en el pueblo, porque no se passe el tiempo de los dichos tres dias, pássale.

»No den de la *adahea* sino á los muçilimes pobres que testifican con Alláh y con la palabra de *ley leha yle Alláh Mohamad rasulu-lláh* (3). Puede venderlos provechos de las *adaheas* una persona de confianza, á quien den el cargo dello, para gastos de mezquidas y pobres y cosas semejantes. No den de la *adahea* á ningun animal, ni lo pisen, antes lo entierren piadosamente; pongan la *adahea* cara á la *alquibla*, atados los pies y manos, y al tiempo de degollar digan *bizmi yllehi guabillehi gua Alláh ua aqbar* (4). ¡Señor! Recíbelo de mí, como lo recibiste de tu amigo Ibrahim (Abraham) y de tu amado Mohamad! Y si se olvidara de dezir esto, pássale; y si lo dexa de

(1) Cap. XXXI de la *Çunna*, págs. 325 y 326 del t. V del *Mem. hist. esp. cit.*

(2) Antes del medio día, como á las diez de la mañana (Gayangos).

(3) No hay otro dios sino Alláh! ¡Mahoma es el enviado de Alláh!

(4) En el nombre de Alláh y por Alláh! ¡Alláh! ¡Él es el más grande!

dezir á sabiendas, no passa; ni es de comer. Nómbrase primero á Ibrahim, porque fue principio deste hecho (1) quando fue tentado en su querido hijo Izmeil, y los que dizen que fue en Izháq, no lo entienden (2).

»No se coma la res que sea mal degollada, que no fueren cortados los gobiernos y garganchón, quedando la nuez hazia la cabeza; y si fueren cortados, y no del todo, no se coma. Passa lo que se deguella con palo ó hierro, ó guesso, con neçesidad, si fuesen cortados los gobiernos y el garganchón. Fué amado y escogido que sea carnicero quien sepa bien degollar,

(1) Tratando de este sacrificio el ya citado Mohámmad Rabadán, vecino de Rueda, en Aragón, dice lo que sigue, y copiamos de Gayangos (pág. 327, t. V del *Mem. hist. esp.*):

«Es dezeno de esta luna
 Pascua de las *adaheas*,
 Por onrra del sacrificio
 De Bráim y su deguella:
 Son quatro dias siguientes
 De contento, gozo y fiesta,
 De donde el alma y el cuerpo
 Se descansan y se huelgan.
 Sacrificio de sus reses,
 Sana, gorda, buena y neta
 A la hora de *adahoha*
 Ques quando el sol sestienda,
 Atada de pies y manos
 Tome l'alquibla derecha
 Y al tiempo de degollar
 Diga aquel que la deguella
Biçmillahi alla hu aqbar
 Y tenga perfumes buenos
 En parte limpia y secreta.»

(2) El alfaquí de la Aljama de Segovia, siguiendo la creencia musulmana, y de acuerdo con lo que los musulimes han deducido de la Surra xxxvii del Korán, trata de demostrar que el sacrificio de Abraham debía ser en Ismail, porque «la tentación de Alláh á Ibrahim fue quando no tenía más de un hijo solo, y esto fue antes que Isaq naçiesse ni fuese su albriciamiento, porque si Ibraim tuviera dos hijos, la obra no fuera tan digna, porque le quedaba otro hijo con quien consolarse; y pues Ismael fue primero de sus hijos, es cierto que fue el del sacrificio, cuyo linaje fue siempre aumentado.»

E. M.—Abril 1900.

8



y esté con *tahor* (purificado), y continúe el *açala*. Esquibaron de comer de mano de quien no sigue su *açala* en las oras debidas. Si de la res degollada saliere criança es *halél* (cosa lícita), y deguéllenla quando la sacan, aunque no salga biba. Si alguno se biere en neçesidad, y no podrá haber degollado de muçilim, y no le quisieren dar á degollar á él, y hallare quien de otra ley se lo deguella por la bia que esta dicha, coma dello el muçilim, y béaselo él degollar, y no se parta de allí hasta que tome de lo que él propio bió degollar.

»La muger que no tiene quien se lo deguelle, coma ella y sus criaturas de lo que ella se degollare, y el que llegare de camino y hallare comida aparejada, y el que se biere en peligro como qualquiera cosa con que escape la persona y cesse de peligrar y no coma más de lo tal. Esquibado y muy aborrecido es el comer las alimañas y las bestias, como son caballos, aznos, mulos, gatos, rapossas, lobos y sus semejantes (1).»

El onceno día del mes de Dzu-l-Hicháh, llámase *yaúm-ul-carri*, ó día del descanso, pues en él, y después de las ceremonias practicadas en los lugares santos por los peregrinos, éstos, con efecto, descansan ó en la Mecca, ó en el valle de Mina, aunque es preferido que lo hagan en este último punto,

(1) Cap. XXXII, págs. 328 y 329 del t. V del *Mem. hist. esp.* El general Daumas, refiriéndose á Argelia especialmente, dice que esta fiesta se denomina, además «*Youm-el-ukuf*, ó día de la estación, ó de la presencia, «parce que cejour-là est celui où les pèlerins qui vont visiter le chambre de Dieu—*bite-Allah*—son admis à entrer dans le temple de la Mecque.» «Pour la grande fête, dans chaque famille, tout individu petit ou grand, à moins d'impossibilité absolue, doit sacrifier un mouton. L'excédant de ces provisions de bouche doit être immédiatement distribué aux pauvres.» «On recherche les moutons qui ont de belles cornes, parce que la croyance populaire veut que ces animaux sacrifiés dans les voies de Dieu soient admis, après la mort du croyant, à lui faire franchir la terrible *Cirate*, ce pont qui relie l'enfer au Paradis.» «Monté sur l'un des moutons offerts en holocauste et ce tenant vigoureusement à ses cornes, le fidèle qui aura été généreux pour les déshérités de la fortune ne tombera pas dans l'abîme» (*La Vie arabe*, págs. 410 y 411).

de donde no deben moverse después de la pascua de *adahea* ó de *alcorbén*, ya mencionada. El duodécimo día es llamado *yaúm-un-nafri* ó *nafór*, día de la dispersión ó del regreso, ó *lailat-un-nafri*, noche de la dispersión, y bien durante el día, ó bien por la noche, abandonan definitivamente el valle de Mina, y regresan, reunidos, á la Mecca, marchando unos en las caravanas de su procedencia, ó permaneciendo otros en la ciudad santa, donde emplean el resto de la luna en oraciones y visitas piadosas á los santos lugares, para volver á empezar en Moharram la serie de festividades del siguiente año, en la forma que queda ya indicada, y por la cual se advierte, prescindiendo de otras ocasiones y de otros acontecimientos festejados pública ó privadamente, que si en realidad los pueblos cristianos tienen justificado motivo para celebrar como solemnes ciertos y determinados días, en los cuales deben consagrarse á las prácticas de devoción que la piedad y el rito ordenan, no faltan entre los muslimes tampoco, y que en todos los pueblos, por lo común, han sido pospuestos el interés y la intención religiosos á la satisfacción de los intereses y de las intenciones mundanales.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

LO QUE FUE LA GACETILLA

Aquella redacción de aquel periódico, con no ser ni de los que alcanzaron más larga vida, ni de los que hicieron más insistentes campañas, dejó un recuerdo inolvidable. Aún no puede pasarse cerca de aquel edificio que en la calle de Trajineros sirvió de albergue á *El Contemporáneo* sin evocar la memoria de su breve existencia entre los años 1861 y 1865, en que nació, vivió y murió. La desaparición del Jardín de Lerma, que servía de ostentoso ornato al suntuoso palacio ducal de Medinaceli, ha dejado descubierto uno de sus lados hacia aquella parte en que el muro del jardín simulaba un pequeño torreón almenado, en cuyo muro exterior todavía el patriotismo colocaba el *dos de mayo* de cada año altares en donde por la mañana decía misas el clero de Jesús y San Antonio, y por la tarde en solemne procesión, que presidía el mismo Duque de Medinaceli en persona, se llegaba hasta él para rezar los responsos por las almas de los nobles patriotas que en 1808 fueron en aquellas tapias arcabuceados.

La casa, que aún lleva el número 20 de las de aquella amplia vía, ceñida en la línea de demarcación urbana por una verja de hierro que limita un diminuto parquecillo de arbustos, flores y plantas trepadoras junto á los muros, se compone de un piso bajo sobre los sótanos, un entresuelo, un principal y otros dos cuartos superiores. *El Contemporáneo* ocupaba el bajo, y á pesar de esto y de tener al flanco izquierdo la puerta

general de servicio, tan desahogada que los coches pueden avanzar hasta el pie de la escalera, sus oficinas de redacción y dirección gozaban cuatro balcones al jardinillo.

Aquel fue el último período de la historia de nuestro periodismo militante en que mayor número de hombres ilustres trabajaba en común sobre el tapete de una mesa de redacción para sostener con fe viva las entonces más acaloradas que nunca contiendas de la opinión. No hay más que recordar el nombre de los periódicos que las sustentaban, porque tras de ellos acuden en tropel á la memoria los de sus asíduos colaboradores, todos exaltados posteriormente en el curso de los accidentados sucesos de la política á las posiciones más culminantes del Estado. La naciente democracia encarnaba sus dos distintas tendencias en *La Discusión* y *El Pueblo*; el progresismo recalcitrante tenía *La Iberia* y *Las Novedades*; el que había transigido, *el resellado*, *El Constitucional*; el unionismo ecléctico *La Época*, *El Diario Español* y *La Verdad*; el unionismo disidente *El Reino*; el moderantismo histórico *La España*, y el impenitente tradicionalismo *La Esperanza* y *El Pensamiento Español*. Con equivaler cada periódico á una tendencia, se simbolizaba en un nombre personal, y de esta manera: *La Discusión* era Rivero; *El Pueblo*, García Ruíz; *Las Novedades*, Olózaga; *El Diario Español*, el joven Cánovas; *El Reino*, Ríos Rosas; *La España*, Egaña; *La Verdad*, Hazañas el de las *fazañas*, y así los demás. Y tanto éstos como los de representación colectiva, como *La Iberia*, que representaba toda la terrible y calenturienta tertulia progresista, no sólo agrupaban fuera fuerzas de opinión y fuerzas parlamentarias que les eran propias, sino que llamaban dentro á toda aquella juventud entusiasta que con los fanatismos de sus ideales juntaba las ambiciones del porvenir.

El Contemporáneo se fundó para luchar abiertamente á fin de restablecer los prestigios de aquella parte numerosa é ilustrada del partido moderado que, no habiendo tenido las responsabilidades del grupo de Sartorius, en quien hizo blanco la

revolución de 1854, tampoco había seguido el movimiento de la fracción puritana, y que, protestando contra las ideas retrógradas que se le atribuían, quería ponerse al paso de los que sustentaban las ideas gubernamentales de la nueva democracia, sin abdicar de su base conservadora. Así viéronse á hombres de los que le guardaban las espaldas como Llorente y González Brabo, en el criterio económico, tomar participación en las asociaciones librecambistas. Otros, como Alcalá Galiano, refrigeraban en sus discursos de Ateneos y Parlamentos las tradiciones liberales de su cuna, y otros de los que en sus columnas combatían, como Fabié y Valera, profesaban públicamente los principios de la crítica y de la filosofía de las más avanzadas escuelas germánicas en boga. De cualquier modo, era digno de observar alrededor de la mesa de la redacción de *El Contemporáneo*, principalmente en la primera de las dos etapas en que se dividió su existencia íntima, la variedad de facultades y caracteres que hizo el acaso que en él se reuniera para dar á esta publicación, desde el primer número, la prestigiosa autoridad que las publicaciones periódicas no alcanzan por lo común hasta que la opinión no las ha tallado bien en el yunque de sus pruebas.

Alvareda, su director, no era más que un hombre de gran mundo, de mucho frac y corbata blanca, de mucho caballo en la Castellana, de mucho dicharacheo con las mujeres elegantes y guapas, de mucho tercio en la mesa de banca del Casino, de mucha entrada con las eminencias del negocio, y de mucha locuacidad y bastante gracejo en las tertulias de las cotorronas de gran tono, como María Bushental. Trajo de Sevilla ingénito el instinto de la comedia humana, y en todas partes supo sostener su papel y sacarle todo el partido de la audacia y del ingenio. Valera, que con Botella son los únicos que sobreviven de aquella primera redacción, era el sabio enguantado y elegante de los salones. Su ingenio tan sutil y ladino, su sólida cultura, sus vínculos de familia, que, sin ser grande ni título, le ceñían de cierto barniz aristocrático, le facilita-

ban todas las ingerencias sociales de que la política necesita para sentar bien su escabel. Entre los literatos caminaba á académico, entre los políticos á diplomático, y ninguna ribera social estaba negada al ancla de su nave, que vogaba á tela tendida. Con los filósofos filosofaba, con los críticos hacía lucir la profunda sutileza de su intelecto, entre las damas era poeta y novelista, y en todas partes hombre distinguido y naturaleza agradable. Fabié era tal vez de conocimientos más profundos y más versado en la familiaridad de los libros de toda clase de lecturas. Pero carecía del ambiente exterior de Valera, y no tenía su brillantez ni su agudeza. Como polemista en todo era *la razón pura*, pues tenía el don profundo del análisis; pero le faltaba la imposición de la superioridad, y así desde aquel tiempo pasó siempre no más que como mediano un hombre que en muchas cosas pudo ser superior. Botella, Pravia y Carrasco de Molina eran los obreros del oficio, los trabajadores mecánicos, esos colaboradores asiduos del periódico sin cuyo concurso no hay periódico posible, y de cuya paciente y atareada labor no queda el menor rastro, el menor recuerdo, ni la menor gloria. Creo que alguna vez formó parte de la redacción de *El Contemporáneo* D. Lope Gisbert. No lo tengo por seguro. Si fue así, aunque de conocimientos económicos y prácticos especiales, Gisbert no habría alcanzado mayor graduación que Botella, Pravia y Carrasco de Molina.

Pero sobre todos los nombres que van mencionados, lo que de *El Contemporáneo* vino á destacarse desde el primer momento de su existencia fue lo que podría con razón llamarse su elemento novicio. Alvareda había abierto las puertas de su periódico á todos los chicos de ingenio, que de el país de su cuna, Sevilla y Cádiz, se habían destacado y flotaban en la entonces menesterosa bohemia literaria de Madrid, y allí encontraron el romántico Adolfo Gustavo Bécquer, que jamás tuvo camisa limpia, el visionario Arístides Pongiglione, que pecaba de pulcro, á pesar de su pronunciada giba en la espalda; el jo-

vial y agudo Ramón Rodríguez Correa, el dicharachero más genial de todos los dicharacheros en este siglo de Castro y Serrano, Inza, Pérez Cosío y Fernández Flórez, y algún tiempo después el espíritu neto del positivismo castellano viejo, Pepe Ferreras. En realidad, el cuadro de Valera y Fabié disputando el tema de un artículo de fondo con Alvareda, ó revelándose un secreto de la política del día; el de Pravia, Bottella y Carrasco de Molina, recibiendo las órdenes del Director para un suelto intencionado, sobre el que habían de oír siempre en sus labios la suprema recomendación de «*Recargue usted bien*»; no ofrecía otro espectáculo ni interés que el del escenario cotidiano de toda redacción de periódico del pasado, del presente y del porvenir. Lo que en la de *El Contemporáneo* había que ver eran aquellos cuatro jóvenes de fuerza de espíritu y facultades tan diversas. El más nervioso, el más activo, el más pronto y gallardo de aquellos entendimientos era el de Correa. En *El Contemporáneo*, Bécquer acabó de extremar la delicada sensibilidad de su alma, pues en *El Contemporáneo* empezó la evolución de sus ideas y de su estilo poético, que modelado desde las aulas de Sevilla al canon de lo que allí forma el clasicismo de su escuela, aquí rompió el molde, no sólo en la forma escultural de sus *Rimas*, sino en su profundo subjetivismo. En *El Contemporáneo*, en uno de sus primeros números y sin firma, se halla la primera de las de su nuevo género:

¡Por una mirada.... un mundo!
 ¡Por una sonrisa.... un cielo!
 Por un beso.... ¡yo no sé
 Lo que diera por un beso!

Pongiglione era todo un poeta de su tiempo, más novelista que poeta, y novelista siempre hasta cuando penetraba en el palenque de la política. En cuanto á Ferreras, el más claro, el más práctico, el mejor equilibrado de todos, era ya, como lo ha sido después y como sigue siéndolo, por esencia y potencia, el sentido de la realidad, el sentido común: el Sancho Panza

del buen sentido en medio de aquel puñado de Quijotes de retorta.

El periodismo en aquel tiempo, aunque miserablemente pagado, era el que á la gente literata nueva ofrecía algún calor material, aunque siempre insuficiente, y esta era la razón por que Becquer, que no tenía más que su pluma y los pinceles de su hermano Valeriano, y Pongiglione, aunque en Cádiz poseía alguna pequeña fortuna, formaban parte de la redacción de aquel periódico. Correa, dentro de sus condiciones, no podía ser más que un colaborador accidental, y sólo Ferreras estaba templado para la labor asidua y permanente de la prensa. Pero, en la situación de lucha en que la política general se desenvolvía, Correa vino á ser un factor para *El Contemporáneo*, de tal importancia, que puede decirse que, después de Alvareda, *El Contemporáneo* fue él. ¿Y desde qué tribuna? Parece hasta inverosímil: desde *la gacetilla general de Madrid*.

La gacetilla, desde la institución del moderno periodismo, era la sección más despreciada de él. La servía ordinariamente un redactor sin significación alguna, el redactor más pedestre. Era el buzón de todas las impertinencias de fuera que caen sobre esta clase de publicaciones, y componiéndose de quejas urbanas, sucesos de pacotilla, avisos vulgares, elogios de compromiso, siempre se otorgaba á una de esas entidades que en toda colectividad no tienen más personalidad que un número y un nombre de gracia. Pero Correa, cuyo fuerte era el epigrama, la frase audaz de intención y de chispa, la exageración sistemática y la ponderación sarcástica, se propuso llevar á *la gacetilla* de *El Contemporáneo* todo el tesoro de su entonces lozano y vivo ingenio, y multiplicando la sátira en esta forma, ya en prosa, ya en verso, no sólo se creó una reputación casi única en España, sino que dió con ella tal interés al periódico militante, que así como *La Correspondencia* de Santa Ana se prefería por sus informaciones *autorizadas* y *La Época* por sus sueltos de última hora, que contenían siem-

pre el último pensamiento ó la última frase del personaje á la sazón más importante de la política, en *El Contemporáneo*, lo primero que se buscaba era *las gacetillas* políticas, con frecuencia en verso, de Rodríguez Correa, hasta constituirle en una personalidad de monta, por encima de las deficiencias de un carácter informal, ligero, poco correcto y trasto hasta en lo torcido de sus ojos y lo enteco de su figura.

La gacetilla de Correa en *El Contemporáneo* constituye uno de los más ricos tesoros epigramáticos de la musa castellana. Por ser personales, sólo pueden compararse á las sátiras del Conde de Villamediana en el siglo XVII y á las sátiras de Martínez Villergas en nuestro siglo, teniendo la persistencia aguda del primero y el fácil y espontáneo gracejo del segundo. Pero si de estas composiciones, principalmente las bromas, se prescinde del carácter personal que las dicta, entonces resulta una colección de epigramas magistrales, que en nada desmerecen de los de nuestros tres grandes poetas epigramáticos nacionales: Baltasar del Alcázar, el abad Antonio de Maluenda y el P. José Iglesias de la Casa.

Si del carácter literario se pasa á su verdadera condición política, puede decirse que la labor satírica de Correa desde la *gacetilla* de *El Contemporáneo* ejerció tan poderoso influjo en la dirección de los hechos de su tiempo, como las más aceras campañas de la democracia, ya representada por Rivero, Pí y Margall, García Ruiz y Castelar en los periódicos que dirigían, en la cátedra de la Universidad y del Ateneo y en la tribuna parlamentaria, como los discursos de Olózaga en los banquetes patrióticos y los arrebatos de Prim después de su vuelta de Méjico, como la disidencia de Ríos Rosas y la resurrección de los moderados; pues en el torrente de impresiones y de ideas que tantos hechos y tan continua propaganda por todas partes derramaban, los epigramas de *El Contemporáneo*, como las *notas* graves y *telégramas* de Palacio en *El Pueblo*, tenían el privilegio de esculpirse en la memoria y de repetirse por todas partes.

La situación política contra la que se hicieron estos supremos esfuerzos en el palenque de la publicidad, aunque de ayer de mañana, acaso no viva tan fresca como fuera menester en la memoria de todos para la provechosa enseñanza que debiera haber dejado su recuerdo. Es indudable que el espíritu que en 1856 prevaleció para la formación de aquel tercer partido que se llamó *la Unión Liberal*, fue digno de todo elogio, pues lo inspiró la primera generosa tentativa que en aras de la paz interior se hacía para una inteligencia serena entre los varios partidos que tenían dividida y exaltada la opinión pública, sobre todo desde 1843, y al país, á los Gobiernos y á las instituciones en una perpetua perturbación. Ríos y Rosas, que fue el autor del programa, trató de fundar su sistema sobre una base sólida de perfecta moral y de rígida rectitud, respetando en todo el sello de la personalidad. Pero no logró alcanzar el manubrio de la máquina con que consolidar la obra que había meditado, y los que le arrebataron la gloria de su concepción, mixtificándola miserablemente, abrieron almohada pública de conciencias, y al torpe valor del hecho, la opinión pudo ver, por sus propios ojos, lo que cada conciencia enajenada había costado. A la inmoralidad del medio se unió la inmoralidad del fin, y los que en aras de sus convicciones no quisieron *resellarse* ni entrar en la complicidad de los errores, que al cabo dieron los trágicos resultados de 1866 y 1868, organizáronse para aquella terrible lucha que á tantas desolaciones del momento dió lugar, y más tarde á tantas pérdidas vergonzosas. La unión liberal, disipando la fortuna pública de una manera escandalosa, bajo la máscara de la proyección de obras de utilidad común, y procurando embriagar el patriotismo con la emulación de las ganancias exteriores, nos empujó á la guerra de Africa, á la anexión de Santo Domingo y á la expedición á Méjico. Mas aunque en Africa la sabia dirección militar de la guerra por el General O'Donnell había cubierto su nombre de honor, las onerosas imposiciones que el ministro de Estado D. Saturnino Calderón Collantes

sufrió paciente de la intervención de Inglaterra, hicieron que todo el éxito de la campaña se frustrara, pues ni llegamos á Tánger, ni pudimos quedarnos en Tetuán, ni alcanzamos que en su equivalencia se nos diera á Larache. Así, pues, no fue extraño que al volver de Africa el caudillo de aquella guerra se hiciera tan formidable la confabulación general de todos los partidos no sometidos contra él.

Del Gobierno que el General O'Donnell presidía, los Ministros más odiados y combatidos por el momento fueron Posada Herrera, tanto por haber extremado el peso de su poder sobre el manubrio electoral, cuanto por sostener en el Ministerio de la Gobernación, con Cánovas del Castillo y Barca, lo que se llamaba *el banderín de enganche*, es decir, la oficina de los *resellamientos*. A Posada Herrera se le atribuía también la organización del masonaje político, los convencionalismos, el *tacto de codos*, el *espionaje y la delación recíproca*, las *mentiras lícitas y las supercherías provechosas*, y esta organización que todavía prevalece después de haber producido una revolución como la de 1868 y catástrofes como la pérdida de todo nuestro poder colonial, suscitaba entonces odios irreconciliables contra su persona. La verdad es que él no era el verdadero autor del sistema que así irritaba la opinión, los hombres y los partidos, y enconaba los ánimos hasta el frenesí. A D. Saturnino Calderón Collantes se le hostilizaba con el mismo rencor por sus debilidades con Inglaterra, y de ningún Ministro se ha hecho jamás la befa permanente que de él se hizo en el Parlamento, en el periódico, en la calle pública... en Palacio. En esta oposición sin cuartel entraron otros Ministros como el Marqués de Corvera, que lo era de Fomento, y el de Gracia y Justicia, D. Santiago Negrete. Pero, aunque el último, sobre todo, fue objeto constante de una broma en los periódicos, que por ser tan tenaz debió molestarle mucho, á estos Ministros no se les daba la importancia que á O'Donnell, á Calderón Collantes y á Posada Herrera. Por último, compartía las iras de la oposición y la sátira, el entonces Fiscal de

imprensa D. Saturnino Alvarez Bugallal, por las amarguras que hacía sufrir á los periódicos con sus denuncias, que causaban las detenciones de los números en el correo, las recogidas, las multas hasta de 30.000 reales, los procesos, los destierros como el de Manuel del Palacio y las prisiones como la del pobre Javier Ramírez, que en su prisión se volvió loco.

Llenarían algunos volúmenes las *gacetillas* satíricas de Rodríguez Correa contra éstos y otros personajes, en los cinco años que tuvo de existencia *El Contemporáneo*, así como sobre *el resellamiento y los resellados*, que era el tema en que más desvariaba el público rumor. En varios períodos, de nuestras alteraciones políticas del siglo XIX, la poesía satírica había sido el látigo con que se habían fustigado alternativamente las debilidades individuales ó colectivas de los que pretendían *adelantar* por los que querían *conservar*, ó las de los que querían *conservar* por los que querían *adelantar*. Como en todas las épocas de decadencia, que son las en que la sátira más prevalece, el arsenal satírico de España es imponderable. En el mismo período revolucionario de 1854 á 1856, la sátira de *El Padre Cobos* revistió el pulcro ropaje de los salones y fue uno de los arietes de la reacción. Luis Rivera, Manuel del Palacio y Eusebio Blasco se habían congregado, con la ayuda de la caricatura política, incipiente entre nosotros, para hacer del *Gil Blas* un proyectil constante, no contra este ó el otro partido, sino contra todo lo que quedaba de la máquina secular de las instituciones. Pero la *gacetilla* de *El Contemporáneo* se caracterizó de un modo nuevo y singular y fue el complemento de una campaña política, que logró derrumbar el artificioso edificio de la unión liberal, sin socabar ninguna base fundamental á las instituciones, ni provocar siquiera la extrema violencia de una situación de fuerza. Por eso *El Contemporáneo* pudo penetrar con éxito en todas partes, y públicamente en la cámara de la Reina Doña Isabel II; mientras al genial gacetillero de aquella campaña política, abrieron las puertas de la amistad y de la confianza,

el despacho del crédito y la familiaridad de la mesa, no sólo Salamanca, en el colmo de su opulencia y en la delectación por el talento y el ingenio, sino otros magnates en la sangre y la fortuna, que ya nunca desampararon á Correa ni en el lecho de su muerte.

¿Quién resiste la tentación de renovar algunos recuerdos de aquella labor afanosa del ingenio, que supo, durante cuatro años, convertir casi en el mayor aliciente de un periódico serio, y escrito por tantas eminencias, la menospreciada *gaceta* de él? Al Ministro D. Santiago Negrete, que lo era de Gracia y Justicia, sin saber por qué, se le levantó una verdadera calumnia atribuyéndole el feo vicio de la embriaguez. Lo más curioso del caso, es que esta imputación se hizo por vez primera en las columnas de *La Discusión*, que dirigía don Nicolás María Rivero, y que la idea sugirió en la mente, no se sabe si de Rivero, si de Carrascón, mientras mano á mano á las altas horas de una larga noche de trabajo, entre los dos apurábase una buena botella de Jerez. Pero Negrete quedó sin remedio motejado de borracho, y como esta frase no se le podía decir en crudo, porque no lo hubiera consentido el lápiz rojo de Bugallal, de ahí los aprietos del ingenio para decirselo todos los días, sin exponerse á detenciones, recogidas, denuncias, multas y procesos:

—Negrete; ya llega

El mes de setiembre:

Ya llega tu mes;

¡Alégrate! ¡Alégrate!

— Neptuno ha puesto en un brete

A Negrete..... ¡suerte amarga!

¡Es el Dios que más le carga

A don Santiago Negrete!

— ¡Y dicen que no hay milagros!

Allá va uno, escuchad:

¡Negrete fué á *Somos-aguas*,

Y no ha muerto! ¿Queréis más?

La Discusión elogia la gracia chispeante del gacetillero de *El Contemporáneo*, y éste contesta:

.....
 Y ¿quién mentando la Unión,
 No ha de producir la risa?
 Si se pronuncia: *Posada!*
 Ya la palabra es ridícula;
 Si se pronuncia: *Negrete!*
 Con el nombre va *la chispa!*.....

Llega la Nochebuena, y el gacetillero reparte á los Ministros sus turronecillos de Navidad: á O'donnell un libro de *Leyes*, á Calderón Collantes una *nota* diplomática, á Posada *el sentido que le falta*, y en llegando al Ministro de Gracia y Justicia, dice:

Aplomo daré á Negrete,
 Pues se está *bamboleando*,
 Según dicen malas lenguas,
 El señor don Santiago.

No hay que decir que Posada Herrera salía siempre muy malparado de su pluma. Imputándole doblez y falsedad de carácter, Correa halla medio de prodigar contra él un insulto diario, á despecho de las iras fiscales. Y, en realidad, con este motivo, hay que hacer una observación notable en favor de Posada. Aunque luchó contra *el insulto declarado*, jamás se vengó personalmente en la omnipotencia de su poder, ni de los que le insultaron. El Duque de Valencia hizo mientras vivió su víctima á Martínez Villergas, que tuvo hasta que proscribirse de su país, y Salaverría no paró hasta precipitar á Yáñez Rivadeneyra en el crimen, para encerrarlo en un presidio. Posada nunca se vengó de Correíta, y cuando, pasado algún tiempo la política los juntó en una misma colectividad de partido, y Posada presidió el Congreso y el Consejo de Ministros, y Correa fue Diputado y Director general, al hacerle al primero cierta persona la recordación de aquellos agravios, Posada contestó: «*Nunca odié por lo que dijeron de mí, ni ja-*

más cargué mi conciencia con el amargo remordimiento de mi venganza. Y mi larga experiencia del mundo me tiene enseñado que en política se llama siempre pillo al honrado, y se alzan altares y hasta estatuas á los más pillos.» Correa, sin embargo, en cierta disconformidad de opinión que Posada tuvo en el seno del Consejo de Ministros con el General Zavala, que lo era de Marina, y que trascendió fuera del Ministerio, dando lugar á mil géneros de comentarios, escribía en *El Contemporáneo*:

Zavala ayer armó un brete,
Puesto que, según mi anuncio,
Al pillarlo en un renuncio
Dijo á Posada:—*Pillé-te.*

En qué renuncio no sé
A Posada *pillaría*,
Cuando Zavala decía
A Posada:—*Te pillé.*

Aunque se oponga Negrete,
Zavala,—¡lo afirmo yo!—
Cuando á Posada *pilló*,
Dije á Posada: *Pillé-te.*

Y francamente, no sé
Por qué se encuentra muy raro
Que un español diga claro
O *pillé-te* ó *te pillé.*

Que el pronombre aunque no pete,
No importa el lugar que esté,
Porque decir:—*Te pillé*,
Es lo mismo que:—*Pillé-te.*

Los periódicos ministeriales negaron que la desavenencia entre Zavala y Posada existiera, y entonces *El Contemporáneo* en su *gacetilla* añadió:

¿Un vaso de calaguala?
¿Un escribano y testigos?
¿Qué pasa?—¡Ya son amigos
Posada Herrera y Zavala!

Manuel del Palacio, desde *El Pueblo*, completaba estos epigramas con el siguiente, de su ingenio:

Ya la crisis se arregló
 Tal como yo presumí:
 —¿Caerán todos juntos?—Sí.
 —¿Y tardarán mucho?—No.

Y así fue.

Mandibulorum llamaba con mucha gracia el Marqués de Bahamonde á su conterráneo D. Saturnino Calderón Collantes, á causa de las fenomenales quijadas que tenía, y así, Correa cuando se vió amenazado de su destierro de Madrid por los enojos del Ministro de Estado, decía en *El Contemporáneo*:

Dicen que un diplomático cruel
 Me va á matar, como Caín á Abel:
 Si quiere mi Caín que yo concluya,
 Le hace falta matarme con la suya.

Calderón Collantes era otra de las monomanías de Correa. Así parafraseaba contra él el conocido soneto que se atribuye á San Francisco Xavier:

No me mueven, señor, para quererte
 El francés que jamás has comprendido;
 Ni me mueve que nunca hayas podido
 Recordar al inglés sin conmoverte.

Tú me mueves, señor; muéveme verte
 Dar á monsieur Barrot atento oído;
 Muéveme el *Je conteste* tan consabido,
 Y me mueven tus *notas* y tu *suerte*.

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
 Que aunque no hubiera O'Donnell yo te amara,
 Y hasta sin Bugallal yo te temiera.

No me demandes, no, porque te quiera;
 Que aunque siempre el fiscal me denunciara,
 Como de tí me río, me riyera.

Suponía Correa en *El Contemporáneo*, y casi era verdad, que no ponía Calderón Collantes la mano en asunto en que no saliéramos *caleando*. África, Santo Domingo y Méjico fueron

hartas empresas descabelladas, acometidas sin la consulta de las propias fuerzas, sin las previsiones del porvenir y sin la atención seria de los muchos intereses que se comprometían, de salir frustradas, como salieron. Correa le apellidaba *Gettatore*, y hay en *El Contemporáneo* una poesía á este asunto, que es de lo más profundo que Correa escribió, en medio de su ingénita frivolidad. Decía así:

IL GRAN GETTATORE

Mala sombra, hombre fatal,
Enfant terrible, casi-plaga,
 Judío errante, hombre-llaga,—
 No hay palabras ¡voto á tal!

Que sean la traducción
 De lo que son *gettatores*:
 No hay más palabras, lectores,
 Que una sola..... ¡Calderón!

Gettatore es ente horrible
 Que donde quiera que va,
 Con solo toser, nos da
 Disgusto y pesar terrible.

Si se mete 'en la cocina
 Y el guisado marcha bien,
 Al mirar él la sartén
 Se vuelve el guiso estriguina.

Supón que una araña baña
 De luz el cuarto en que estás:
 Entra el *gettator*..... y ¡zas!
 ¡Se viene al suelo la araña!

Pues tienes un perro al lado
 Que jamás quiso morder.
 ¡Te va el *gettator* á ver,
 Y el can te pega un bocado!

Supón que á prueba de bomba
 Es el techo de tu casa:
 Pues el *gettatore* pasa,
 ¡Y adiós techo! ¡ni una tromba!

Como en España no ha habido
 En la vida Calderones,

Esta y otras expresiones
 Nuestra lengua no ha tenido;
 Pero ya llegó el momento
 De armar la gorda, lector:
 Ya en España hay gettator,
 Y el de aquí vale por ciento.

No se me tome á bravata;
 Gettatores por ahí
 Hubo muchos, mas aquí
 Uno echa á todos la pata.

Que saquen en procesión
 Sus terribles gettatores
 Los italianos.—Señores,
 ¿No vale más Calderón?

Por bueno quede fundado
 En pro de nuestra eminencia
 Y en honra de su excelencia
 Que Calderón ha ganado.

Habla, pues, hombre profundo,
 Y dí á Italia *con furore*:
 «¡Soy el primer gettatore
 De los de Italia y el mundo!»

Referentes á Calderón Collantes, podría sacarse de la gacetilla de Correa en *El Contemporáneo* un tomo en folio, sin excluir la biografía en *aleluyas* que para él escribió, lo mismo que para O'Donnell, Posada Herrera, el Marqués de Corvera y otros. Terminemos con una de aquellas ponderaciones tan propias del genio extremado del escritor:

Ayer tarde, al marqués San Saturnino
 Le dieron una grita por lo fino:
 Lo mismo á Saturnino Calderón
 Le está dando furiosa la nación.

San Saturnino, al verlo, desde el cielo
 Le dijo á Dios con suplicante anhelo:
 —¡Señor! ¡Señor! A inexorable pita
 Mi santo nombre ha expuesto un temerario;
 Saturnino es sinónimo de grita:
 ¡Suprimidme, Señor, del calendario!

Ya se ha dicho que el otro Saturnino sobre quien Correa descargaba toda la sal de su gacetilla era Alvarez Bugallal, aquel espíritu y aquella materia tan naturalmente perezosa, pero cuya mente jamás salió del estrecho radio político de la unión liberal. A un escritor como Correa, que decía:

—Para escribir los detalles
De cosas que yo no cuento,
Ha puesto el Ayuntamiento
Columnas en ciertas calles,

puede calcularse las cosas que se le ocurrirían contra el magistrado del Estado que tenía la misión de poner cortapisas á lo que él contaba. ¡Correa se quejaba de que Bugallal hiciese recoger hasta á *El Siglo Médico!* Y parodiando la canción de Espronceda *A Jarifa en una orgía*, publicaba estos donosos versos:

Ven, Bugallal; trae tu mano;
¡No la pongas en mi frente!
Te tengo miedo. ¡Detente,
Que me vas á recoger!

Anda y junta con Posada
Esa mano que me irrita,
Donde la multa palpita
De tu denuncia de ayer.

¡Qué libertad ni qué porra!
¡Qué prensa ni qué cariño!
¡Mentida ilusión de niño
Que halagó tu juventud!

Vé á Negrete. En él se ahoguen
Tus pesares; sin medida
Ten la prensa recogida:
¡Paz le traiga el atahud!

Hartos de denuncias, de multas, de recogidas, los periódicos de noticias (*La Correspondencia de España*) decían que iba á ser Bugallal relevado del cargo para darle un *registro de la propiedad* en Galicia, y *El Contemporáneo* escribía:

Van á dar á Bugallal
Un registro de *Hipo-tecas*:

¡Ay! ¡Dios mío! que le den
Un oficio de *Hipo-tengas*.

Palacio, en *El Pueblo*, apretaba aún más:

Ayer me encontré al fiscal
Y está flaco y macilento:
Sin duda el remordimiento
Le ha echado ya su dogal.
—Lector; ¿á que no supones
El origen de sus penas?
—¡Hombre! ¡Serán las condenas!
—¡Cá! ¡No! ¡Las absoluciones!

En esta larga serie de sátiras en que se compendian los hechos menudos de cinco años, y que la Historia en su día acaso consulte más que las obras que al parecer han sido producto de la crítica y de la meditación, puede recogerse un número infinito de epigramas, semblanzas y sales, que, cuando menos, serán siempre el precioso joyel del ingenio del que dió tal importancia é interés á la *gacetilla* del *Contemporáneo* durante las luchas sin misericordias de la vida política de *La Unión liberal*. Citemos algunos:

De los «resellados». Parece que un resellado
Para igualar á cualquiera,
Ha inventado la manera
De ponerse colorado.
Si alguno con él se mete
Y hace su conciencia trizas,
—«¡Mira que me ruborizas!»—
Dice..... y se da colorete.

Semblanza de Cánovas. Mozo terne que se fincha
Cual las portuguesas gentes,
Y arregla mucho los lentes
Siempre que habla, mira y trincha.
Aunque aparenta ser bravo,
No hay tal.—¡Se ven unas cosas!
Siendo hijo de Ríos Rosas,
De Posada es el esclavo.

*De Aguirre de
Tejada.*

Para hablar sin decir nada
Y no dar tiempo de oír,
Nadie puede competir
Con Aguirre de Tejada.

Nunca será hombre de peso,
Pues es de escasa figura;
Pero como miniatura
Es lo mejor del Congreso.

El insulto de moda.

—¡Es usted una *posada!*
Le dijo á un amigo mío
Otro, y el desafío
Es cosa casi arreglada.
Aunque yo no encuentro nada
En la frase que incomoda
Al ofendido, ya toda
La gente á quien inquirí,
Me contesta por ahí:
—¡Es *el insulto* de moda!

El suicida.

Por no ser Casimiro
De la Unión Liberal, se pegó un tiro:
*A los que mueren dándonos ejemplo
No es sepulcro el sepulcro, sino templo.*

*Contra Campro-
dón.*

Al salir del corral de la Zarzuela
De repente murió doña Manuela.
¡Se hacía aquella noche una función
Firmada por don Efe Camprodón!
*Jurad sobre esta tumba, castellanos,
Antes morir que consentir tiranos.*

*De López de
Ayala.*

Me han dicho que al señor López de Ayala
Van á echar de la Unión enhoramala;
Me lo explico, sin pena:
El talento en la Unión no es cosa buena.

No político.

A la reja en el verano
Hablando Andrés á su hechizo,
Quiso acariciarla un rizo
Y se le quedó en la mano.
Por eso no exageraba
Sus aventuras Andrés,
Cuando nos dijo después:
—Vengo de pelar la pava.

De Teodora La- —«Teodora, la de Madrid»—
madrid. Dijo anoche un forastero;
 Y yo contesté enmendándole:
 —¡No es de Madrid es..... del cielo!»

Esta fue la *gacetilla*, parte hasta entonces menospreciada y muy subalterna en el periódico diario y político, en manos de Correa en *El Contemporáneo*. La *gacetilla* le dió un nombre literario; la *gacetilla* le abrió las puertas de los grandes y de los ricos; la *gacetilla* le dió un puesto propio en las clases dirigentes de la política del país; la *gacetilla* le conquistó un asiento en el Congreso de los Diputados, y la *gacetilla* le recompensó con un puesto superior en la Administración pública del Estado. Si su *gacetilla*, cartel de su talento, maltrató, hirió, insultó á algunos, ninguno se valió de su poder para desheredarle ni para cultivar su desconcepto. Su talento le hizo merecedor de la tolerancia de todos, como hoy es común en todos los pueblos que se precian de civilizados y cristianos.

NICOLÁS PÉREZ MERINO.

POETAS AMERICANOS

¡ESTA BORRACHO EL CESAR!

En el álbum de la Sra. D.^a Luz Montt de Montt

Las rígidas columnas
Corónanse de acantos la cabeza,
Como un tropel de vírgenes
Que se disponen para regia fiesta.
En el trípode de oro arde la mirra,
Y bulle en las crateras
El noble Chipre, engendrador de exámetros,
De estatuas, de pasiones y poemas.
De capitel á capitel, las púrpuras
En pliegues amplios y rotundos, cuelgan,
Y las felinas pieles,
Con uñas y cabezas,
Decoran el triclinio
En que el nieto de Augusto se recuesta.
Al lado de las Venus y las Tetis
Danzan las ninfas, y los faunos juegan,
Alza Esculapio la redonda copa
Y el padre Jove truena;
Todos en mármol, cincelada tribu,
Bosque triunfal de olímpicas cabezas,

De erectos senos y torneados brazos,
Orgullo del cincel y de la piedra.

—¡Esclava, dáme vino!—

Desde el triclinio dice el joven César.
Y avanza con el ánfora en la mano,
La mauritana negra,
Y la copa imperial, hasta los bordes,
De vino egregio llena.

¡Cállate, histrión!, que va á cantar mi gloria
En su cuerda más noble mi poeta.
Y avanza el vate, con su lira ebúrnea,
Coronada de lauros la cabeza,
Y pulsa de los dioses y los héroes
La magna cuerda, en homenaje al César.
Del Génesis del mundo
Rompe, cantando, la compacta niebla,
Y encuentra, confundida
Con la progenie excelsa
De Cronos y Neptuno, la progenie
Del que en el trono de Nerón se sienta.

Cuando el verso postrero
Muere del vate en la crispada lengua,
Vuelve á llenar la copa
La mauritana negra,
Y el ánfora vacía, en cien fragmentos,
En los lustrosos mármoles se quiebra.
Al pie del simulacro del gran Jove
Agonizan las teas
Y en el trípode de oro
El fuego eleva sus postreras lenguas.
Y el joven semi-dios, en el triclinio
Deja caer pesada la cabeza,

Murmurando entre dientes:
— ¡Vuelve á cantar, poeta!.....
¡Dame más vino, esclava,
Que está borracho el César!.....

NARCISO TONDREAU.

*
* *

LA POESÍA

La poesía, flor de sentimiento,
Brota al sol del ideal en la galana
Edad de la pasión, y brinda ufana
En cáliz de color su aroma al viento.

Mas no estéril se eleva el pensamiento,
Ni la exaltada fantasía es vana;
Lo que es un sueño hoy, será mañana
En la materia prodigioso invento.

En la mente inspirada que medita,
Pletórica de luz surge la idea
Que va tomando forma poco á poco;
Dominador de la palabra escrita,
¿Es un loco el poeta porque crea?.....
Entonces Dios ha sido el primer loco!

JOSÉ FIANSÓN.

Lima, 1899.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: I. El crucero *Río de la Plata* en Montevideo y en Buenos Aires.—II. La fragata escuela argentina *Sarmiento* en Manila.—III. La fragata escuela argentina *Sarmiento* en España y sus ilustres marinos en Barcelona y en Madrid.

Las impresiones de la llegada y estancia de nuestro nuevo crucero de guerra *Río de la Plata* á las aguas de Montevideo y Buenos Aires palpitaban aún vivas en nuestras entrañas, cuando el telégrafo nos anunció la proximidad á nuestras costas del Este de la fragata escuela argentina *Sarmiento*, que bajo el mando del Capitán D. Onofre Betbeder, y llevando á bordo una numerosa dotación militar y sus jóvenes guardias marinas, van terminando el viaje de circunvalación de que ya se ocupó LA ESPAÑA MODERNA inmediatamente después de la entrevista de los Presidentes de Chile y la Argentina en el Estrecho de Magallanes. Los marinos de la Argentina llegaban á Barcelona después de visitar en el Mediterráneo algunas ciudades helénicas y en Italia á Venecia, Nápoles, Magdalena y Spezia, teniendo marcadas en su itinerario las visitas al primer puerto mercantil de España en la capital de Cataluña, y á Cartagena uno de los tres antiguos arsenales de donde en los tiempos de la grandeza del Imperio y de la Marina española, se construían las naves que hicieron los primeros

viajes de exploración al Nuevo Mundo, abrieron el paso del Pacífico y remontaron hasta las lejanas aguas del mar boreal, borrarán en el Mediterráneo la supremacía de la Media Luna en Lepanto y en las Azores conquistaban el cetro del Océano. Desde aquella veneranda ruina, cuya última efeméride se pierde en la tea incendiaria de los inícuos cantonales de 1873, pasarán á Gibraltar, baluarte formidable con que el poder británico humilla á España, su antigua rival, y desde allí, el paso estrecho de Hércules volverá á abrirles la extensa y hermosa planicie del inconmensurable mar del Atlante.

Aunque las emociones de esta visita y sus obsequiosos accidentes parecen imponer su privilegiada atención sobre todo otro asunto de los que constituyen el fondo de estas revistas, no puede ser así para nosotros, como lo ha sido para la prensa periódica que escribe á diario. El alma de España, desde nuestra anterior Revista, quedaba pendiente de la presencia del *Río de la Plata* en las aguas americanas que le dan nombre y en cuyas márgenes residen los beneméritos españoles que en días de terrible amargura para la patria abrieron la suscripción del entusiasmo para donar á su patria este instrumento de su defensa, y no hay asunto alguno que pueda anteponerse á los sentimientos que desborda la noble magnificencia de aquel hecho, al que se debe perpetua memoria y eterna gratitud. Además, la llegada y estancia del *Río de la Plata* á las capitales del Uruguay y de la Argentina, antes de emprender también su larga visita por las costas del Pacífico á los principales puertos de Chile, Perú y el Ecuador, está llena de menudos accidentes, que deben quedar consignados para la historia, siquiera sea en nuestras humildes páginas, ya que á asunto de tal excepcional importancia no ha consagrado ni una sola línea ninguno de los numerosos periódicos políticos y de noticias que en ediciones diarias se publican en Madrid, en Barcelona, en Santander, en Cádiz, en las demás capitales marítimas y mercantiles para las que las relaciones de España con América y sobre todas las que se sostienen con

nuestros propios connacionales allí establecidos, ofrecen un interés que no hay para qué ponderar.

Mientras la pequeña escuadra del Almirante Schley permaneció en las aguas del Plata, extremando obsequios y regocijos en que se dió participación deliberada é indeclinable al Presidente de la Argentina, nuestro hermoso crucero no salió del disfrazado cautiverio á que equivalió la larga cuarentena que se le hizo pasar en Montevideo, á consecuencia de haber tocado en Río Janeiro. El *Río de la Plata* había zarpado de Cádiz el 9 de Diciembre del año anterior; el 16 fondeó en Santa Cruz de Tenerife, donde permaneció veinticuatro horas; el 18 llegó á Las Palmas de la Gran Canaria, para reponerse de combustible y víveres, y el 20 salió para las islas de Cabo Verde, dando fondo en el puerto de San Vicente el día 24. En este puerto recibió su Comandante, el Capitán de fragata don Jacobo Mac-Mahón, la orden de hacer escalas en el Brasil, y hacia sus costas enderezó su rumbo el día 26 de Diciembre, fondeando en Pernambuco el 6 de Enero y saliendo el 14 para Río Janeiro, á donde llegó el 18. Allí tuvo de nuevo que rellenar sus carboneras. Zarpó de nuevo el 20 para la isla de Flores, llegando el 23 á su fondeadero á las diez y media de la mañana y á las cinco de la tarde á la rada de Montevideo.

Puede decirse que desde que el *Río de la Plata* fue puesto en comunicación, la serie de los festejos que se han hecho, así en la capital de la Oriental como en la de la Argentina, no han salido de la mera órbita de nuestra numerosa emigración. Los Gobiernos de una y otra República no han tomado parte en ellos, aunque sí muchas personas particulares de uno y otro pueblo, cuyas simpatías por España se sobreponen á todas las imposiciones políticas del momento. Entre la distinguida dotación militar del *Río de la Plata* y los altos representantes de los dos Gobiernos no se han sostenido, por la intermediación de nuestros agentes diplomáticos cerca de ellos acreditados, más relaciones que las ordinarias de la etiqueta oficial, y todo el honor de los obsequios allí dispensados á nuestros

ilustres marinos se debe á los ministros residentes y cónsules de España y á las Asociaciones de nuestros connacionales.

Durante la estancia del *Río de la Plata* en las aguas de Montevideo, los vapores *Solís*, *Toro*, *Uruguay*, *Gallego*, *Fénix*, *Virginia*, *Adela*, *María Julia* é infinidad de botes y otras embarcaciones menores, no daban abasto, en las horas hábiles, al transporte de visitantes á nuestro hermoso buque. Pueden calcularse en cinco mil visitantes los transportados al crucero de guerra español con dicho objeto. De todas las poblaciones del interior donde residen emigrados españoles se recibieron telegramas de adhesión á las fiestas proyectadas, de las que se destacaron dos actos solemnes: la visita oficial de los representantes de las Asociaciones patrióticas españolas, y la recepción oficial en el *Club Español*. Uno y otro acto estuvieron presididos por el Ministro interino de España D. Fernando Tovia y el Cónsul general D. José Calatayud. En uno y otro acto también se pronunciaron calurosos discursos. A la visita oficial concurrieron unas cien personas, que no sólo representaban las corporaciones sociales de la capital, sino las de Minas, la Florida, Canalones, Cerro Largo y otros puntos del interior. Cuando las presentaciones estuvieron hechas, pasaron á la Cámara los principales representantes, y durante el refresco, el Ministro de España fue el primero que usó de la palabra, recordando la grave situación por que la madre España pasaba en 1896, cuando entre los nobles patriotas, establecidos en las dos márgenes del Río de Solís, se engendró el pensamiento de hacer á la madre común el homenaje de aquel valioso instrumento de guerra. Después de enaltecer las hermosas virtudes del legendario españolismo que adornan las masas honradas de los 400.000 españoles que residen en las Repúblicas del Plata, ennoblecidas en cada uno de sus individuos por los grandes méritos y los grandes premios del trabajo, terminó diciendo: «Podéis estar satisfechos: habéis cumplido con el más sagrado de los deberes, y tenéis merecido el reconocimiento de los más altos Poderes constituídos en Es-

paña, así como la simpatía y admiración de estos queridos países de alma española, que constituyen una verdadera prolongación de nuestra península.» Después invitó á brindar por S. M. el Rey de España, por el Presidente de la República Oriental y por nuestra siempre honrada Marina de guerra y los buenos españoles residentes en ambas orillas del Plata.

A seguida, y por designación de sus compañeros de comisión, habló el Sr. D. Bernardino de Ayala, cuyo extenso discurso puede resumirse en los siguientes conceptos: «Señor Comandante: en nombre de la colectividad española del Uruguay, os doy la más cordial bienvenida y os felicito por vuestro feliz arribo. Esta gallarda nave que mandais representa el esfuerzo patriótico y el desprendimiento generoso de los buenos españoles que, diseminados en las Repúblicas del Plata y unidos en fraternal abrazo por medio de sus representantes legítimos en la memorable asamblea del 20 de Febrero de 1897 en el histórico *Centro Gallego*, la ofrecieron á España como expresión de su patriotismo inextinguible. Aquella asamblea tuvo la virtud de sellar la unión indisoluble entre los españoles del Uruguay con los de la orilla Argentina, confundidos en un sentimiento y un pensamiento común. Nuestra obra común á la vista se halla de esa bella ciudad, que es y será en América siempre como una prolongación de España. Nuestra fe en la patria por esa arma de su defensa se significa, y nuestra esperanza en que el ilustre marino que la manda corresponderá en todo tiempo y circunstancias á la confianza que en él ha depositado el Gobierno de España, y al ejemplo heroico y glorioso que le han dado sus propios jefes de ayer, hundidos en el abismo de las olas, en la defensa del honor nacional, en el puerto de Cavite y en los mares antillanos, son una prenda segura y un voto solemne de que los sacrificios de hoy serán los sacrificios de toda ocasión en que nuestra idolatrada patria necesite del auxilio de sus hijos. Los españoles del Uruguay os ruegan expreséis al Gobierno de S. M., que tan dignamente representais en este pedazo querido de la patria, sus sentimientos de

gratitud por la delicada prueba de cariño que reciben con la visita del crucero *Río de la Plata*, y que le protestéis, en nombre de nosotros, que el amor, el respeto y la admiración que sentimos por aquella patria tan grande, no reconoce límites, y que en todo tiempo habrá de contar aquí, en cualquier lance del destino, con nuestro incondicional apoyo, con la misma fe y con el mismo entusiasmo que hasta ahora. Señor Comandante, hago votos por la regeneración y la grandeza de España, y por que el crucero *Río de la Plata* sea lazo de unión de todas las naciones que hablan nuestro idioma; por vuestra felicidad personal y por la de todos vuestros subordinados; por que sea perdurable la unión de todos los españoles del Uruguay y de la Argentina, en aras de este barco que han construído nuestros esfuerzos mancomunados, y por la ventura de esta tierra también querida que nos asila y bajo cuyas leyes sabias y liberales vivimos felices sesenta mil españoles.»

El Comandante Mac-Mahón, que interrumpió al orador en el pasaje en que le pedía hasta el sacrificio de su vida en la defensa del buque que se le había confiado con un *lo juro* que resonó en todo su ámbito con general emoción, terminó el acto, con nuevas protestas de que «el barco se hundirá antes de arriar su bandera».

La recepción en el *Club Español*, como más numerosa fue más solemne, y á ella asistieron delegados de los españoles de la Argentina y muchos distinguidos uruguayos. Pronunciaron entusiastas discursos el mismo D. Bernardino de Ayala, los Dres. D. Francisco Suñer y Capdevila, D. Baldomero de Cuenca, D. Vicente Cebrián, D. Matías Alonso Criado, D. Manuel Soto Abanza y D. Evaristo Novoa. El Comandante D. Jacobo Mac-Mahón recapituló, y el Ministro interino de España Don Fernando Jovia hizo el resumen. Un periodista uruguayo, Don Hernando de Herrera, en sentidas frases y en nombre de la prensa local, se adhirió en todo á los votos del patriotismo español que rebosó en todas aquellas peroraciones. La prensa de Montevideo, relatando aquel acto, ha escrito en sus periódicos

esta elocuente frase: «Manifestaciones de afecto al suelo natal como las que ha llevado á cabo la colonia española, no tienen precedente.»

*
* *

En Buenos Aires la nota del patriotismo continuó en el mismo temple, es decir, en la misma exaltación. *La Nación*, órgano del General Mitre, reconoce que si el día de la llegada del *Río de la Plata*, «gallarda nave que simboliza en forma tan elocuente los sentimientos de la colectividad que supo realizar este poderoso esfuerzo de desprendimiento y patriotismo», en vez de ser de labor, hubiera sido festivo, la gran demostración hecha á la tripulación del barco habría tomado proporciones considerables. A pesar de todo, la recepción tuvo tal importancia, que fue objeto de las alabanzas generales de toda la prensa de la capital de la Argentina. Acaso hubo accidentes, cuya censura no se vela por los mismos periódicos argentinos que se sienten abochornados de ellos. Por ejemplo, al entrar en la rada majestuosamente luciendo su hermosa silueta, y al pasar frente á la *Maipú*, fondeada en aquélla, el crucero *Río de la Plata* hizo el saludo de ordenanza, disparando con sus cañones de babor y estribor. *La Nación* añade: «Este saludo no fue contestado, porque la *Maipú* no tenía pólvora: ¡hecho bastante censurable, por cierto, en una circunstancia como la de ayer!» De *La Nación* es también esta otra censura: «La nota desagradable fue dada por la policía de seguridad, la que, como de costumbre, la emprendió á rebencazos con los curiosos que no atendían con rapidez sus indicaciones. Debido á estos excesos, varias personas estuvieron á punto de caer al agua.» Acerca de las visitas oficiales, también son de *La Nación* los párrafos siguientes: «El Comandante Mac-Mahón, acompañado de su ayudante el Alferez de navío D. Sebastián Gómez, pasó ayer á saludar en sus respectivos despachos á los Ministros de Guerra y Marina, con quienes cambiaron afectuosas

palabras.—Debido á haber terminado algo tarde el Consejo de Ministros, no pudieron hacer su saludo al Sr. Presidente de la República.» Otro periódico argentino de Buenos Aires juzga *con cierta crudeza* estos pequeños detalles, por lo que ni los copiamos, ni citamos *deliberadamente* su nombre. El General Roca corrigió al día siguiente este accidente casual, y en la visita hecha al otro día al Presidente de la República, presentado el jefe del *Río de la Plata* por nuestro Ministro el señor Arellano, les dispensó una acogida tan cordial y expresiva, que los retuvo cerca de sí por espacio de una hora, en conversación llena de interés y de afectos hacia España, sus instituciones, su fácil regeneración y el destino inevitable de su aún respetable poder.

En Buenos Aires las principales fiestas y actos en honor de los ilustres marinos del *Río de la Plata* han sido la primera visita de las Asociaciones españolas á bordo; la presentación del Comandante y oficialidad del crucero en la Cámara Española de Comercio; la recepción organizada por el Ministro, señor Arellano, en la Casa de España; la comida íntima ofrecida por el Centro Catalán; la *matinée* musical del Centro Navarro; la recepción en la Asociación Patriótica, y la bendición y entrega de la bandera de combate, regalada y bordada por señoritas españolas de aquella numerosa y opulenta colonia.

Aunque cuando se anunció la llegada del *Río de la Plata* salieron á su encuentro en los remolcadores *Dolí* y *Adriático* los miembros de la Junta ejecutiva de la Asociación Patriótica Española, con su presidente D. Gonzalo Segovia á la cabeza, hasta que el buque fondeó en la rada no se pudieron poner al habla con el Comandante. Entonces la comisión se trasladó á bordo del barco, y después de visitado en todos sus departamentos, el señor Segovia, como Presidente de dicha Asociación, entregó al Comandante, señor Mac-Mahón, una nota escrita, en que, á nombre de la Junta y de todos los donantes, se saludaba en la persona del jefe del buque á *toda la Marina española, ofreciéndole en todos los distintos cuerpos de la Ar-*

mada el tributo de su merecida consideración. La nota referida concluye así: «La significación moral que tiene el crucero *Río de la Plata* es la mejor recompensa que podíamos apetecer por los sacrificios hechos los que ausentes de España, y habiéndola privado del concurso de nuestra inteligencia y del esfuerzo de nuestros brazos, hemos procurado honrarla y servirla en la medida de nuestras fuerzas. Esta gallarda nave es también motivo de orgullo para los ciudadanos argentinos y uruguayos, que tan generosamente respondieron á nuestro llamamiento en circunstancias que no queremos recordar, y hoy se unen nuevamente á nosotros para gritar á vista de nuestra hermosa bandera: ¡Viva España! ¡Viva la Marina española!»

Cuando al terminar este acto el crucero avanzó hacia la entrada Norte de los diques, la apiñada concurrencia que se había estacionado en los alrededores de los diques 3 y 4, en los depósitos de la Aduana, en los vagones del ferrocarril y en un número incalculable de carruajes, podía calcularse entre 15 y 20.000 almas. Los vivas á España y su Marina ensordecían sin descanso el espacio, y el espectáculo se hizo, según dice *La Nación*, verdaderamente imponente. En todos los rostros, sin excepción de nacionalidades, añade el mismo periódico, «se veía pintado el entusiasmo que suscitaba la llegada de aquel barco costado por el esfuerzo común de españoles y argentinos, como lo hace constar en su nota la Asociación Patriótica Española. Al pasar frente al *Patagonia*, la banda del cuerpo de marinería que allí estaba ejecutó la Marcha Real española y varios aires españoles, enmedio de atronadores aplausos y vivas, mientras á bordo del crucero se contestaba con la *Diana*».

Las Asociaciones españolas que tomaron parte en todos los regocijos, y que estuvieron representadas en la recepción solemne del señor Arellano en la *Casa de España* fueron: Asociación Patriótica Española, Club Español, Asociación de socorros mutuos de Buenos Aires, Centre Catalá, Centro Nava-

rro, Orfeón Español, Orfeón Gallego, Submarino Peral, Orfeón Gallego primitivo, Mozos y Cocineros, Centro Valenciano, Socorros mutuos de Lomas de Zamora, Socorros mutuos de Barracas y Buenos Aires, Catalunya y otros. Con sus representantes, todos en gran número, alternaron multitud de personas distinguidas, no sólo oriundas de España, sino argentinos y de otras colonias de los dos mundos; pues desde los últimos sucesos, el sentimiento que la sangre reivindica de tal modo se exalta en toda América, que no hay festividad española que no parezca festividad nacional en todos los pueblos de nuestro origen.

Del acto de la bendición y entrega de la bandera de combate, que sin duda ha sido el más conmovedor y solemne de todos, y que se verificó el día 1.º de Marzo, no hemos de consignar aquí más que un solo recuerdo: los versos escritos y leídos por D. Adolfo F. Campo Redondo, que decían así:

Antes de verte flotar
 En el mástil, desplegado,
 Quiero, pabellón sagrado,
 Tu rico escudo besar.
 Olas y brisas del mar
 Dente arrullos á porfía,
 Y cuando en la patria mía
 Al aire des tus colores,
 Sé mensajero de amores
 Que nuestro pecho la envía.
 Flamea en el tope izada
 De los vientos al embate,
 Noble enseña de combate,
 Por blancas manos donada.
 Y si, tras ruda jornada,
 Rota, no vencida, estás,
 Y al mar tus girones das,
 ¡Qué importa, si, en tu victoria,
 Con ellos siembras de gloria
 La ruta por donde vas!
 Lábaro, que ante el calor
 Del patriotismo naciste;

Si llega el momento triste,
Del combate entre el fragor,
Que el lauro del vencedor
Te niegue el hado iracundo;
Demuestra soberbio al mundo
Que para rendir banderas,
Tienen rocas las riberas,
Y abismos el mar profundo.

*
* *

Mientras las dos riberas del Plata eran entusiastas testigos de estas patrióticas manifestaciones de otros hijos de España, que acaso tampoco nunca vuelvan á pisar el suelo en que nacieron, ni le ofrecerán la ofrenda de sus hijos y de su descendencia, los periódicos de la capital de la Argentina publicaban las correspondencias del viaje de su fragata *Sarmiento*, y por una rara coincidencia, *La Nación* daba á la estampa, suscrita en Atenas el 22 de Enero, la relación de la visita hecha á Manila, la capital de nuestras perdidas Filipinas, y las demostraciones de fraternal amor que allí recibieron los marinos argentinos de la población española que ha quedado asida á aquel suelo, hoy extranjero y aniquilado por una contienda contra la cual también debieran levantarse los gritos y las protestas de la humanidad, tanto al menos como en favor de los republicanos del Africa contra Inglaterra, y más, mucho más que el artificio humano lo levantó contra España durante las guerras coloniales, que atizó con manos ocultas la vil perfidia de una ambición desacertada. Al corresponsal de *La Nación*, á bordo de la *Sarmiento*, que aunque no suscribe sus interesantes cartas á dicho periódico, todos en Madrid saben que es el cirujano de dotación D. Prudencio Plaza, debemos en estas correspondencias dos revelaciones á cual más importantes: la del espíritu de calurosa fraternidad que se despierta donde quiera que se encuentren, entre todo español y todo ciudadano de alguna de las Repúblicas hispano-americanas, y el estado

de desolación en que se hallan las islas Filipinas bajo la dominación de los norteamericanos, los cuales, después de tan larga y costosa guerra, ni adelantan un solo paso en su conquista, ni poseen, incluso en la capital, más suelo que el que pisan, y cuyas enormes pérdidas, en un ejército de 40.000 hombres, que constantemente se refuerza, llegan al 30 por 100 continuo, á causa de las enfermedades del clima, y á cerca de otro 30 por 100 constante por los lances de una guerra de inenarrable ferocidad y constancia; pues dígase lo que se quiera, ni las leyes de la civilización se observan rigurosamente por ninguno de los dos combatientes, ni los Estados Unidos alcanzan por medio alguno, ni los políticos, ni los rigurosos de la guerra, dominar una población de nueve millones de habitantes, todos en armas, y cuya sumisión nunca es efectiva, ni aun cuando en las poblaciones que se ocupan el vecindario indiferente se parapete en la ordinaria labor de sus trabajos agrícolas y de sus artes.

En su gira por la ciudad de Manila, los argentinos la encontraron completamente paralizada en su vida social y mercantil, asediada de continuo por un enemigo tenaz que la hostiliza siempre de cerca y sin descanso, y convertida en un campamento, donde la soldadesca brutal es la única dueña de la situación. Al paso del Pasig por el hermoso puente de España, su ancho paseo de jardines acusaba los horrores de la desolación. En el vestíbulo del que fue palacio de la Gobernación, la estatua de Sebastián de Elcano, por los suelos, clamaba contra la nueva barbarie que ha vencido los signos de la civilización de España y trata estérilmente de sustituir en aquella que fue nuestra más preciada conquista la barbarie de la raza indígena con la barbarie del poder y del dinero. La *Luneta* quedó sin árboles, sin parques, sin macizos. Todo patentiza la iniquidad de la imposición de una dominación amasada con el engaño, conseguida por la astucia y ultimada por la audacia de un vencedor sin ninguna rectitud. Pero al lado de este aspecto de la nueva situación de las islas Filipinas, al pasar, por

el tratado de París, del dominio de España al de los Estados Unidos, los marinos argentinos pudieron penetrar lo difícil que á éstos ha de ser consolidar allí su imperio efectivo. Respecto á las condiciones de la humana habitación, el corresponsal de *La Nación* escribe: «El clima es húmedo y caloroso en extremo, y en unión con la disentería, paludismo y beriberi, es un azote para toda la población que no sea indígena. El hombre de raza blanca que escapa á estas enfermedades, á la larga, si no pone el mar de por medio, es atacado de una anemia lenta y progresiva que le aniquila y destruye todas sus energías, siendo rarísimos los ejemplos de los que se aclimatan y conservan fuertes en el archipiélago después de tres ó cuatro años de estancia en él. El ejército americano (40.000 hombres) tiene enfermos en los hospitales el 30 por 100 de su total contingente».

La guerra se describe de este modo. El éxito de los tagalos consiste en pelear en guerrillas, no dejándose copar ni dando batallas campales. Sus auxiliares son el clima, las fiebres y la disentería. En sus pequeñas poblaciones, cuando llega una columna de los norteamericanos, encuentra á todo el mundo ocupado en sus faenas, gente tranquila que se presenta como amiga de las fuerzas extranjeras. Continúa su marcha el destacamento, después de haber comunicado á Manila, y de Manila á Hong-Kong y Nueva York, que tal población se tomó sin resistencia; pero aún no han andado dos millas, cuando empiezan á ser hostilizados, á veces desde invisibles trincheras, perdiendo gente á mansalva. ¿Quiénes son los enemigos? Los mismos del pueblo que acaban de dejar. Vuelven de nuevo para asistir á sus heridos, y encuentran otra vez á aquellas sencillas gentes, que han escondido sus armas, y que los vuelven á recibir con las mayores muestras de fino amor y respeto. De modo que los soldados de Aguinaldo no se reducen á los que le rodean, sino á toda la población, que se calcula en unos nueve millones.

Los norteamericanos, añade el corresponsal de *La Nación*

de Buenos Aires, han comenzado por tomar prisionero á todo el mundo. Pero por una parte, ¿podrán así cautivar ó extinguir con la muerte una población de nueve millones de hombres? Por otra, este procedimiento que se emplea por los norteamericanos en Filipinas, ¿difiere en algo del de los reconcentrados de Cuba, que fueron causa de que se levantaran contra España los gritos universales de la causa de la humanidad, y que sirvieron para la declaración de la guerra por el Gobierno de Washington á la secular soberana de la gran Antilla? Más dignos son los tagalos, en la guerra que se les hace, de la conmiseración humanitaria de los pueblos civilizados, que los mismos *boers* de África en su guerra con la Gran Bretaña. Los tagalos también luchan por su independencia, y la defienden con tanta más razón, cuanto que después de haber sido corrompidos durante tres años por la continua sugestión de los agentes norteamericanos para que se levantaran contra España, como Aguinaldo ha escrito en su manifiesto, han sido engañados por el que los corrompió. El corresponsal de *La Nación* termina esta parte de la carta á que aludimos con estas notables palabras:—«Es indudable que la guerra hoy día se hace con muchísimo odio: dominar á los tagalos será muy difícil, porque tienen muchas armas y víveres no les faltan, pues viven con un puñado de arroz cocido, que allí llaman *morisqueta*..... Al decir de todo el mundo, los Estados Unidos necesitarían poner en Filipinas 200.000 hombres para llevar con éxito la guerra y hay que tener en cuenta que el soldado americano es muy caro, pues exige pan fresco, carne congelada traída de San Francisco en frigoríficos, gana setenta y cinco dollars por mes, y cuando ha cumplido sus tres meses de voluntario exige, y lo consigue, que le vuelvan á su casa.»

La llegada de los marinos argentinos á Manila fue un motivo de indescriptible alegría para los españoles que residen en la capital de las islas Filipinas. Todas sus Asociaciones antiguas, el Casino, el Ateneo y la Cámara de Comercio, donde

aquella sociedad entristecida se halla también *reconcentrada*, es decir, unida y aislada, los acogieron con verdadero entusiasmo y fácilmente se estableció entre unos y otros una corriente de simpatía que exaltaba el calor de la sangre y del habla común. Al día siguiente de la llegada de la *Sarmiento* á aquellas aguas, supo que se hallaba en Manila la comisión militar presidida por el General Jaramillo, encargada por el Gobierno español de liquidar las propiedades del Gobierno de la Península en cumplimiento del tratado de París. El Comandante Betbeder envió un guardia marina á saludarla y pedirle hora de hacerlo personalmente, á lo que el General Jaramillo gallardamente respondió presentándose él primero en el buque escuela de la Argentina. Desde aquel momento empezaron aquellos actos de expansión fraternal, que los marinos de la República mayor del Plata han consignado como una de las efemérides más gratas de su larga expedición. Los socios del Ateneo, en su obsequio, les dieron dos funciones de teatro, en una de las cuales, hermosas niñas de la colonia española, mestizas y filipinas, representaron luciendo en sus *toilettes* escarapelas y emblemas argentinos en unión con los colores españoles, y el Casino Español les dió un espléndido banquete, en el que, á indicación del General Jaramillo, se invitaron *por primera y única vez* las autoridades superiores norteamericanas. «La fiesta—dice el corresponsal de *La Nación*—fue todo un éxito, como no podía menos de suceder, dada la gentileza de los invitantes y la mutua simpatía despertada entre personas de la misma raza que se unían sin *arrière pensée* á las nobles aspiraciones del corazón.» El coronel Carbó, en los brindis, y el Comandante de la *Sarmiento*, cambiaron en sus discursos conceptuosos recuerdos para España.

«Supimos, dice por último el corresponsal de *La Nación*, que era *la primera vez* que, fuera de los actos oficiales, se hallaban reunidos españoles y norteamericanos.»

*
*
*

Estos recuerdos vivos palpitaban en el alma de los tripulantes de la *Sarmiento*, cuando en pleno Mediterráneo, después de recibir los homenajes de Italia en los banquetes del Círculo de la Marina, de la Municipalidad y del Vicealmirante José Palumbo, Comandante del departamento marítimo de Venecia, el banquete del Vicealmirante González, Comandante del departamento marítimo de Nápoles, de haber asistido en Roma al banquete del Rey Humberto en el Quirinal, y de habersele tributado otros agasajos semejantes en el puerto de Madalena, en la isla de Cerdeña, y en el arsenal de Spezzia, á donde fue á recibirlo el Ministro de Marina, Vicealmirante Bettolo, al dirigirse á la última península mediterránea, aparecían delante de Barcelona, nuestra primera capital fabril y comercial. Dígase lo que se quiera, en cuantos países la *Sarmiento* ha tocado en los quince meses que lleva de navegación, hasta sin excluir á la misma Italia, los marinos de la Argentina han encontrado amigos, todos admiradores de la nueva potencia naval atlántica que aparece casi al término del dilatado continente del Sur de América, y cuyo poder tantas esperanzas nutre para la inviolabilidad y subsistencia de la raza española en el mundo que descubrió y á que dió vida; pero al llegar á las aguas jurisdiccionales de España los nobles marinos argentinos debieron sentir la emoción de los que llegan á una segunda patria. De este mismo concepto de fraternidad encontraron imbuído en la capital de Cataluña y en toda España el sentimiento común: de tal manera, que al volver á la tierra lejana que les dió cuna, y al relatar las pruebas de distinción y cariño en Barcelona y en Madrid recibidos, tendrán que testificar que, aun habiendo tomado parte principal en ellas el Trono, el Gobierno, todas las instituciones públicas, todos los obsequios dispensados han sido discernidos por el movimiento y la corriente de la opinión, á cuya inspiración bizarra y acertadamente han respondido el Trono, el Gobierno y todas las instituciones públicas del país.

Los tratados de reconocimiento, paz y amistad sucesiva-

mente suscritos entre las antiguas provincias independientes y la antigua Metrópoli, los que nutren las favorables condiciones del comercio recíproco y las relaciones de la vida internacional y civil, son las fórmulas oficiales y ceremoniosas de la reconciliación de las diversas ramas emancipadas de una misma familia con el hogar de donde recibieron vida, sangre, nombre, historia, educación, literatura y fe. Acaso en las grandes festividades centenarias del descubrimiento de Colón se dió el primer paso del corazón para estrechar el abrazo apetecido de familia. Pero aquel abrazo se daba y recibía en presencia de un mundo extraño que venía á ser el coro universal de una gran fecha; mientras que la llegada á nuestros mares de un instrumento de poder, de cultura, de progreso, como el que la *Sarmiento* simboliza, viene como á recibir de España, nutrida de las tradiciones de once siglos, la solemne investidura de la historia y los destinos que prosigue y de la herencia señorial que le toca. No, no era sólo á Barcelona á quien correspondía recibir, agasajar y exaltar á los marinos argentinos en aras de la recíproca relación de los intereses que engendra la cada vez más frecuente y progresiva comunicación del comercio. Era á Madrid, la capital política de la Monarquía, á la que se imponía la consagración de esta nueva existencia que de su existencia emana, y que está llamada á proseguir en América los destinos ya seculares que nos reconoce espléndidamente la Historia. Era preciso que al desaparecer España de aquel suelo que amasó y fecundó con su sangre, abriéndolo á las vías de la civilización, la raza de nuestra sangre que allí se ha engendrado no quedara huérfana y amenazada de ambiciosas absorciones, y la Argentina, improvisando el poder naval de que la *Sarmiento* es muestra, se adelanta á recoger la herencia de protección para toda la raza de que España fué vínculo y nudo, mientras su gloriosa bandera pudo tremolar sobre algún fuerte de los que ella construyó con su constancia y glorificó con sus heroismos. La *Sarmiento* y los nobles marinos que la tripulan, llevan de España este signo de consagra-

ción para los grandes destinos que el porvenir ofrece á la República patriarcal de donde procede. ¡Quiera el cielo que la Argentina siempre entienda bien su papel!

Por lo demás, la descripción de las fiestas que en Barcelona y Madrid se han hecho en honor de los marinos de la fragata escuela *Sarmiento*, no es á la *Revista hispanoamericana* de LA ESPAÑA MODERNA á quien toca bosquejarla. Toda la prensa de publicación diaria lo ha hecho, y en toda se han expresado elocuentes conceptos acerca de los sentimientos de fraternidad con que España los ha recibido, de los anhelos de unión que á todos los exaltan y de los grandes destinos todavía reservados en la Historia á esta aproximación de toda la raza, en la natural defensa que á toda ella para su conservación imponen las claras perspectivas del porvenir. Sumamos en los dos mundos cerca de ochenta millones de hombres civilizados, que procedemos de un tronco común, que comulgamos en una misma fe, que hablamos un mismo idioma, que ostentamos el glorioso abolengo de una misma historia y tendemos la mirada hacia los horizontes civilizadores de un mismo porvenir. ¡Hostilizados en detalle, seremos vencidos! ¡Fortificados con la unión, seremos inabordables! ¡Fraternidad y unión! he aquí el clamor intenso de las almas españolas en los dos hemisferios.

En los problemas pendientes, los cubanos, ayer nuestros rebeldes, hoy nuestros hermanos, aún luchan por su independencia: su causa es ya la causa de todos los de su raza. Los tagalos del Asia, ayer nuestros rebeldes, hoy nuestros hermanos, luchan por su independencia: su causa es ya la causa de todos los de nuestra raza. Desde las fronteras septentrionales de Méjico hasta las islas que demoran en el último extremo austral del vasto continente de los Andes, no hay más, para nosotros, que problemas de raza. Estos problemas se controvierten por otros intereses como se quiere, porque nuestra raza está dividida, porque en ella sobrevienen las rivalidades interiores y las rivalidades exteriores, y porque hasta cuando tratan de dirimirse pacíficamente los problemas que engen-

dran estas rivalidades, se acude al arbitraje de los enemigos, que se gozan con profundizar cada vez más nuestras divisiones de familia. ¡Pensemos alto! ¡Sintamos hondo! ¡Hablemos claro! Nuestra raza está sentenciada si ella misma no se defiende. ¡Unámonos para la común defensa! ¡Aún somos ochenta millones de hombres en todas las partes del mundo! ¡Falta, falta una mano que los recoja y condense en una aspiración común! ¡Cuál será esa mano? España será siempre la madre; pero España está vencida. El núcleo de esos intereses no se discute hoy, ni se combatirá mañana en nuestro continente ni en nuestros mares. ¡Naciones jóvenes hispano-americanas! Vuestros destinos son los que van á combatirse. ¡Tended la mirada á la Argentina, cuya graduación de potencia naval del Atlántico España consagra y bendice!

A esta consagración han tendido todas las manifestaciones entusiastas de Barcelona y de Madrid en la visita de los marinos de la *Sarmiento* casi al término de su viaje de circunvalación. En Buenos Aires el 1.º de Mayo último, en la solemne entrega de la bandera de combate para el crucero *Río de la Plata*, la palabra sentida de una Belona española decía á nuestro Capitán de fragata D. Jacobo Mac-Mahón: «Señor Comandante: tenemos el honor de depositar en vuestras manos esta bandera, emblema perdurable de gloria, que entregan confiadas al honor de los marinos de la patria damas argentinas, uruguayas y españolas, para que ondee en ese buque este testimonio de amor á España que le han ofrecido sus hijos residentes en esta República, y los americanos que con ella sienten sus dolores y se enorgullecen con su historia. Antes de desprendernos de la sagrada bandera hemos besado su escudo llenas de respeto, de amor, de esperanza. Besadla vosotros con los mismos sentimientos que rebosan en nuestros corazones, y en ese beso irán unidos nuestros anhelos por la prosperidad de España y vuestros esforzados alientos para conseguirla. ¡Marinos españoles: manos femeniles os entregan esta bandera; vuestras varoniles manos, vuestros valiosos co-

razones sabrán sostenerla siempre con honor!» El Comandante Mac-Mahón lo juró, y su promesa ha resonado en el corazón de España, que sueña frenética en su regeneración.

En Madrid, en cambio, los marinos argentinos han escuchado estas palabras en el cordial banquete de la prensa: «Encontraréis á cada paso poblaciones de mayor esplendor, homenajes de superior magnificencia; pero ciertamente que en vuestra memoria se abrirá paso el recuerdo de un pueblo de vuestro mismo origen, cuna de los apellidos que ostentáis, y aun del propio nombre del buque por vosotros tripulado; de un pueblo que os tiende los brazos anhelante de sellar amistades que pide la historia común, y que acaso, acaso aconsejan riesgos del porvenir, comunes también» (1).

El Ministro de S. M. la Reina de España, Presidente de su Consejo y titular del Ministerio de Relaciones Exteriores, puso remate á estas manifestaciones con estas palabras: «Los trabajos de la prensa son las avanzadas de la obra del estadista. La República Argentina está llamada á altísimos destinos. Por ellos, como hermanos, hacemos fervientes votos.»

¡Quiera Dios que en la Historia pueda marcar una efeméride inolvidable la visita de los marinos argentinos de la *Sarmiento* á su madre España!

Iob.

(1) Palabras del director de *El Imparcial*, Sr. Gasset, en el banquete ofrecido por la Prensa á los marinos del *Presidente Sarmiento*. (N. del D.)

CRÓNICA LITERARIA

Novelas: GONDAR Y FORTEZA, por el Marqués de Figueroa.—PEQUEÑAS MISERIAS, por D. Carlos María Ocantos.—LA PRIMA JUANA, por D. José de Elola.—DE LA TIERRA CANARIA; LA DEUDA DEL COMANDANTE; LOS INERTES, por D. Luis y D. Agustín Millares Cubas.

El Marqués de Figueroa no *clasifica* su nuevo libro *Gondar y Forteza*. Deja al lector que lo encasille en el género literario correspondiente. La portada reza solamente el título, el nombre del autor, y, á manera de lema, estos dos versos de Lamas Carvajal:

Relembrazas de tempos que foron
van vindo á memoria.

Remembranzas de tiempos pasados, recuerdos de cosas, de sucesos y acaso de personas reales hay, en efecto, en esta obra literaria, y son sin duda parte muy principal de la misma; pero tales memorias son el cimiento de una acción novelasca, y novela es en resumen *Gondar y Forteza*, aunque el autor haya atendido más á pintar un *medio* que á desarrollar un *drama*, en sentido de acción, no de catástrofe, pues ésta no falta en el final del libro, sin que en ella se eche de menos ninguno de los requisitos de lo trágico.

Forteza es una antigua ciudad española (Santiago, según algunos); Gondar, el valle comarcano, el *campo* de *Forteza*. No pinta el novelista un cuadro de la oposición entre la vida

rural y la vida urbana. Gondar y Forteza viven en buena armonía; más que en buena armonía, viven una misma vida.

El valle es como la expansión de la ciudad; está como el centro nervioso, ó como la cabeza de aquél. Otra clase de luchas ha querido presentar el Marqués de Figueroa en su libro: las luchas políticas entre revolucionarios y tradicionalistas, que han dado asunto á tantas páginas de nuestra historia contemporánea, escritas las más con sangre, dictadas casi todas por la violencia.

La acción de este libro se desarrolla en uno de los momentos críticos de esa lucha, en la época de la revolución de Septiembre, pero el autor no nos hace asistir, como Galdós en su nueva serie de los *Episodios*, á escenas de la guerra civil ventilada en los campos de batalla, sino á la guerra civil incruenta de intrigas y vejaciones mutuas que se hacen los dos bandos en Forteza, vetusta ciudad de los recuerdos, donde la revolución tenía que ser por fuerza planta exótica, fenómeno extraño en aquel ambiente de tradición y supervivencia de lo pasado.

No ha sido, al parecer, el propósito del autor profundizar en los caracteres de esa lucha, ni tomarla como asunto principal y directo, sino tan sólo evocar algunos recuerdos de ella, pintar un momento de la vida de Forteza, animado por una acción novelesca. El carácter de recuerdos personales que parecen tener muchas descripciones de *Gondar y Forteza*, les da cierto sabor íntimo, cierta patina melancólica semejante á la que pone el tiempo en los objetos materiales. Los cuadros que nos presenta la memoria parecen á veces como paisajes lejanos alumbrados por una puesta de sol.

En una novela como esta, en que la acción es sencilla y escasa y la pintura del medio ocupa mucho espacio, es natural que abunden las descripciones de lugares, personas y escenas, como en efecto abundan, habiendo entre ellas algunas muy primorosas y acabadas. Tales son, por ejemplo, la de la catedral y la de la feria, tan diferentes por su asunto y por el gé-

nero de expresión que cada una reclama: en la una la quietud, lo estático de un monumento arquitectónico, en la otra el movimiento y la animación de una fiesta popular. Estas y otras descripciones contribuyen á afirmar más y más la creencia de que el autor cuando dice que su trabajo «es, sobre todo, recuerdo é impresión, en que á lo acaecido se mezcla lo imaginado», no usa de una ficción retórica de las que suelen ser comunes entre novelistas, sino que expresa verdaderamente la índole de su obra. Dejan, en efecto, sus páginas la impresión de *cosas vistas y sentidas*, se desprende de ellas ese indefinible aroma de verdad que hace que el lector, aunque por ventura no haya visto lo que en algún libro se describe, pueda discernir, como por intuición, lo real de lo fingido, lo que vió y sintió verdaderamente el escritor, de aquello otro que tomó de la tradición literaria ó de los lugares comunes de la retórica dominante.

También los personajes de *Gondar y Forteza* dejan esa misma impresión de sinceridad y de verdad. Algunos de los retratos de estos personajes son verdaderamente magistrales y rebosan realidad, sin que por esto haya de entenderse que sean tales retratos de personas de carne y hueso, sino que están de tal suerte concebidos y encajan tan bien en el *medio* que pinta el Marqués de Figueroa, que son las personas posibles de la acción, las personas que *debieron* existir dentro de los muros de Forteza y en los campos de Gondar, aunque los originales no fuesen enteramente semejantes, en todas sus circunstancias individuales, á los tipos que el autor describe. Como en las obras de la fantasía entran siempre materiales de la realidad más ó menos transformados en diferentes elaboraciones mentales, es probable que haya en los retratos de aquellos personajes algunos rasgos tomados, en efecto, de personas de la vida real.

Dejando este punto, que sería una investigación histórica completamente ociosa tratándose de una obra de imaginación y de recreo, débese consignar también, en elogio del autor y del libro, la noble imparcialidad, el sereno juicio, la *objetivi-*

dad con que se desenvuelve allí asunto tan abonado para despertar la pasión de partido ó de escuela, como es el de esta obra. No se trata de cosas arcaicas que hayan entrado ya en el dominio de la mera curiosidad, sino de luchas vivas que duran aún y durarán por mucho tiempo, y en las cuales se necesita la impersonalidad subjetiva del filósofo ó del artista para llegar á colocarse en la posición de espectador neutral, pero más inclinado á la benevolencia que al odio.

He dejado para lo último otro de los principales méritos de *Gondar y Forteza*: su excelente forma literaria, su elegante y castizo lenguaje, cuya esmerada lima revela buen gusto, cultura, verdadera iniciación en las letras. Hay escritores muy espontáneos, cuya locución, descuidada é incorrecta, resulta bella, sin embargo, por lo expresiva. Esto es cuestión de inspiración; mas la inspiración no excluye al arte, y el arte es la lima, el retoque de la frase, la depuración del estilo.

*
* *

Si en estas revistas hubiera precisión de perseguir la actualidad como en los periódicos diarios y lo consintiera el espacio que media entre uno y otro número de LA ESPAÑA MODERNA, podríamos decir que ahora que lo argentino ha estado de moda con motivo de la estancia en Barcelona y Madrid de los oficiales del *Presidente Sarmiento*, era la ocasión más oportuna para hablar de una novela argentina. A propósito de cañonazos.....

No necesita esta recomendación de la actualidad el señor Ocantos, que es uno de los buenos novelistas de la América española, no muy numerosos, al menos los de que yo tengo noticia. Ni la necesita tampoco su reciente libro *Pequeñas miserias*, tomo IX del de las *Novelas Argentinas* que aquel escritor viene publicando y uno de los mejores de la colección, para mi gusto.

En su colección de novelas, presenta el señor Ocantos los

diversos aspectos de la vida argentina, á la manera que Galdós en sus *Novelas españolas contemporáneas* ha sido el cronista de nuestra sociedad española, y principalmente madrileña, del último tercio del siglo: el historiador de los que no tienen historia.

Claro es que en estas novelas de costumbres, hay un elemento de color local, que sólo puede ser bien apreciado por el público de la localidad ó del país cuyas costumbres se describen. Así, en las novelas argentinas del señor Ocantos, todo lo que es pintura de particularidades locales, de hábitos sociales, de tipos bonaerenses ó provincianos, de lugares determinados, tiene de seguro mucho mayor interés para los compatriotas del novelista que para el público español, el cual desconoce, por lo general, esas costumbres locales, y sólo puede *presentir* la fidelidad de la pintura, mas no juzgar de ella con arreglo á la experiencia. Es lo mismo que, en mayor ó menor grado, según el de las diferencias de manera de ser que nos separan de otros pueblos, nos ocurre con las demás novelas extranjeras. Sólo las francesas constituyen, hasta cierto punto, una excepción por el carácter cosmopolita de París y por ser la literatura francesa la más difundida en Europa, y Francia la nación *más conocida* fuera de sus fronteras, sobre todo para los españoles, que apenas conocemos otra, como no sea traducida al francés ó por conducto de libros y periódicos franceses.

Prescindiendo de esto, que es un accidente en la generalidad de las novelas, pienso que así el público argentino como el español juzgarán la nueva novela del Sr. Ocantos como una de las mejores de la serie. Entre los principales méritos que, á mi juicio, tiene esta obra, figura la proporción perfecta que guardan todas sus partes entre sí. Como equilibrio, como composición *arquitectónica*, digámoslo así, pocas novelas superan ni aun igualan en este punto á *Pequeñas Miserias*. No sé yo si parecerá extraño que se dé importancia á esta cualidad. En las artes plásticas se aprecia más fácilmente la necesidad de la

proporción; pero, aunque menos visible en la literatura, no deja de existir en ella esta misma necesidad. Los escritores que acostumbran á *planear* detenidamente sus obras, saben á qué atenerse en este punto. Y también el público lo sabe, aunque sea indirectamente y de un modo negativo, advirtiéndole el vicio de que adolecen las obras desproporcionadas, ya por una exposición demasiadamente difusa, que no corresponde con las proporciones exiguas del nudo y del desenlace, ya por digresiones excesivas, ya por el desarrollo anormal de cualquiera otra de las partes. Por el contrario, descansa y se deleita el ánimo en una obra literaria en que reinan la armonía y el equilibrio de las diversas partes.

Dejando este punto, que es de los que corresponden á la *técnica* literaria, aunque ésta no puede dar más que reglas muy generales respecto del particular, tiene además otros méritos la novela del Sr. Ocantos. Creo haber dicho ya, á propósito de alguno de los anteriores tomos de sus *Novelas Argentinas*, que el autor es uno de los escritores de América que escriben en más correcto castellano, al par que uno de los novelistas que mejor dominan la forma dramática ó semidramática (de acción, no de relato) de la novela moderna. *Pequeñas Misérias* confirma este juicio, y no hay que formarlos temerarios guiándose por el título, que á primera vista no parece muy castellano.

Nos presenta el Sr. Ocantos en esta obra escenas de la vida de la aristocracia territorial argentina. Gran parte de la acción sucede en una *estancia*, ó sea en una hacienda ó casa de labor en grande. Algunas escenas campestres que traza el novelista, como la de la invasión de la langosta, tienen mucho color, símil pictórico, á la verdad, muy gastado, pero que acaso lo está y acaso se use y se abuse tanto de él por lo mismo que es expresivo, que ofrece una representación gráfica á la fantasía. El novelista quiere sugerirnos, en efecto, el *color* de las cosas reales que describe, evocar en la fantasía una como visión de las formas de la realidad.

Las *Pequeñas miserias* que sirven de asunto al Sr. Ocantos no consisten en los desvelos y contrariedades de la lucha del agricultor con la naturaleza. La vida rural no es el medio necesario de la acción novelesca que en esta obra se desarrolla; lo mismo podría haberse desarrollado esa acción en Buenos Aires que en el Trigal, la estancia de los opulentos Esquendos. Las *pequeñas miserias*, los alfilerazos de la vida, que forman la materia de esta novela, son todas de orden psicológico. Un matrimonio por interés, una mujer hermosa que se casa con un hijo de familia rica, enfermo y nada seductor; la lucha doméstica contra la advenediza, contra la esposa, por parte de las parientas del marido, lucha feroz de faldas, suave en las apariencias, pero cruel é implacable en el fondo; todas esas perfidias de cuñadas y de suegras, que parecen predestinadas á ser un tema cómico, pero que en la vida real amargan la existencia y convierten el vínculo matrimonial en odiosa cadena, forman el asunto de la novela del señor Ocantos.

Victoria, la protagonista; *misia* Justa, la terrible abuela, el dictador con faldas de la casa de los Esquendos; Melchora; Josecito, el marido; la niña Pastorita, son figuras de gran relieve. También los personajes secundarios están, por lo general, retratados con mucha discreción, sin pinceladas de brocha gorda para caracterizarlos, sin ninguna de esas exageraciones de mal gusto que suelen verse en no pocas novelas, cuyos autores se figuran que el público no ha de entender á los personajes si no le son presentados con abultada máscara, á modo de histriones antiguos.

En suma: el libro del Sr. Ocantos es una novela muy interesante. Para elogiarle no hay que pedir alientos á la fraternidad hispanoamericana.

*
* *

Otra novela, y va de novelas: *La prima Juana*, del señor D. José de Elola. Un novelista que empieza y que, por lo vis-

to, empieza con grande entusiasmo, pues en poco tiempo ha dado á la imprenta dos novelas: *Eugenia* y *La prima Juana*, esta última en dos tomos. Sus libros tienen cierto aire lejano de familia con las novelas que tantos lectores tuvieron en su tiempo, de Pérez Escrich y D. Antonio Flores, pero las del Sr. Elola están escritas con mayor cuidado, y tienen, naturalmente, espíritu más moderno. *La prima Juana* me parece superior á *Eugenia* y revela un progreso considerable en el autor. Aunque la novela es poesía, no puede decirse en absoluto que el novelista *nace*. El novelista suele nacer..... con defectos, en el mundo de las letras. Una primera novela acabada es cosa rara. En este género, como en la historia, sirve de mucho la experiencia.

La prima Juana tiene uno de los principales atractivos que puede tener una novela para la gran mayoría de los lectores de esta clase de obras: interesa y mantiene viva la curiosidad. La psicología de los personajes es sencilla. De las dos grandes fuentes en que se inspiran las producciones literarias, la tradición de cada género, los libros, y la observación de la realidad, parece que el autor de *La prima Juana* ha atendido más á la primera, por lo cual hay algo de convencional en ciertos personajes y ciertos pormenores de su obra; pero tampoco falta de vez en cuando en el curso de la novela alguna pincelada que revela observación é interpretación acertada de la realidad. Las rencillas y murmuraciones de la sociedad de los pueblos que no son ni *corte* ni *cortijo*, están *vistas* con exactitud y descritas con amena sátira. La intriga de la obra es una intriga amorosa, que después de diversas peripecias acaba bien, si es buen término acabar en boda. ¡Que sean muy felices los novios y que la próxima novela del Sr. Elola señale otro adelanto semejante!

*
* *

D. Luis y D. Agustín Millares Cubas, dos hermanos que escriben en colaboración, como lo hacen en Francia Paul y Víctor Margueritte é hicieron los Goncourt, han publicado recientemente un libro interesante. Pertenece á una colección, titulada *De la tierra canaria*, de la cual colección se han publicado otros dos tomos anteriores que no he tenido ocasión de leer. El último comprende dos obras: *La deuda del Comandante*, novela dialogada á la manera de *Realidad*, de Galdós, si es que no la consideramos como drama poco *representable*, y *Los inertes*, una novelita, cuyo asunto es muy real..... y muy poético, pues la poesía no se nutre sólo de quimeras. Los inertes son los que no tienen fuerza de voluntad para seguir la senda de sus ilusiones, para dirigir su vida por el camino del deseo. ¡Inmensa mayoría que no cultiva el *único* de Stirner y se contenta con lamentar en las horas de tedio y de melancolía el vacío de una existencia cuyo curso han guiado conveniencias sociales, razones de familia, estímulo de la necesidad, toda la extensa serie de los motivos exteriores, ajenos al impulso íntimo y hondo de la voluntad individual, vencida y resignada!

Ambas obras están escritas con corrección. Además de buen estilo, hay en ellas ideas. ¡Estilo é ideas! es cuanto puede exigirse para otorgar en justicia la patente de literato.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—FILOSOFÍA: «La verdadera vida» de Tolstoi.= LITERATURA: Edmundo Rostand.—La «Resurrección» de Tolstoi.= BIOGRAFÍA: Siluetas parisienses; Sully Prudhomme, Emilio Faguet, Huysmans.= SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA: El clericalismo.—El feminismo en Francia y Alemania.= IMPRESIONES Y NOTAS: Moreno Carbonero y la Rattazzi.—La nueva secta de la «Iglesia del Dios vivo».—Los automóviles en el ejército.—El lenguaje de los monos.—Lo que leen los estudiantes de Berlín.

FILOSOFIA

«LA VERDADERA VIDA» DE TOLSTOI (1).—Titula Tolstoi la sexta parte de su libro, tal como lo traduce la *Nouvelle Revue Internationale*, de París, «La lucha contra los pecados».

Aun emancipado de las mentiras de la fe y de las seducciones,—dice Tolstoi—no puede el hombre evitar los pecados; sabe que la misión de su vida es únicamente servir á Dios; pero por hábito comete pecados que impiden á su amor manifestarse y realizar su verdadera dicha. Para luchar con estos hábitos hay dos medios: considerar las consecuencias del pecado y luchar contra los pecados según su importancia. Para lo primero, jamás debe olvidarse que la dicha personal es imposible si el hombre la tiene por objetivo único; para lo segundo, conocida la importancia de cada pecado y los lazos de

(1) Véase el número de LA ESPAÑA MODERNA correspondiente al mes de Febrero último.

unos con otros, no debe lucharse con un pecado hasta haber vencido aquel en que tiene su raíz.

El hombre no puede librarse de ningún pecado si cae en el de la embriaguez; ni puede evitar el pecado de la lucha si comete el de la apropiación; ni éste, si incurre en el de la ociosidad; ni el de la lujuria, si comete el de sensualidad y ociosidad; ni el de apropiación, si se entrega á la sensualidad. Siempre debe lucharse contra todos los pecados, pero para luchar con éxito debe graduarse el ataque.

El pecado que hace imposible la lucha es el de la embriaguez, sea proporcionada por los narcóticos ó por la pompa de las solemnidades ó por la de los movimientos exagerados; el hombre así embriagado no puede luchar contra la ociosidad, la sensualidad, la lujuria ni la ambición, importando librarse ante todo de este pecado capital. Enseguida hay que atacar el de la ociosidad, pues sólo así se tendrán fuerzas para vencer la sensualidad, la venalidad, la ambición y la lujuria. Tras de aquél debe combatirse el de sensualidad, tras éste los de venalidad, ambición y lujuria.

¿Cómo se lucha contra estos pecados? Dominando ante todo las manifestaciones de los mismos que no han llegado á formar hábito, y luchando enseguida contra los hábitos y tradiciones pecaminosas y los pecados innatos. Luchará contra la *embriaguez*, comenzando por no provocar este estado; si tiene ya ciertos hábitos, autorizados y aun exigidos por el medio en que vive, no los aumente con otros nuevos: si fuma tabaco, no fume opio; si bebe vino, no beba ajeno; si celebra ciertas fiestas, no instituya otras; hecho esto, reobré luego contra los hábitos ya adquiridos, y acabará por llegar á la plena conciencia de su yo, y á la verdadera vida.

Luchará contra la *ociosidad*, convenciéndose de que el placer del reposo sólo existe después de trabajar; comenzará por no evitar el trabajo á que viniera acostumbrado: si se cepillaba su traje, no darlo á cepillar á otro; si andaba á pie, no andar en coche; si llevaba su maleta, no hacerla llevar por

otro. Tras esto, ya podrá luchar contra la ociosidad hereditaria: si es labrador, no hará que su mujer haga lo que puede hacer él mismo, ni empleará jornaleros sin los que puede pasarse, ni comprará los productos de que los demás carecen; si es rico, despedirá á sus criados y arreglará su habitación por sí. Una vez servido por sí mismo, servirá á los demás que lo necesiten, no eligiendo el trabajo que le agrada, sino el que sea indispensable, por grosero y sucio que sea.

Luchará contra la *sensualidad*, satisfaciendo sus necesidades reales, pero sin tratar de aumentar el placer de esa satisfacción: el que goza de buena comida, rico vestido ó lujosa casa, disfruta menos que quien, helado, hambriento ó mojado, cubre su cuerpo con cualquier vestido, come el más sencillo alimento ó se abriga en la más pobre choza. Comenzando por no crearse nuevas necesidades ficticias, irá reduciendo el círculo de las que ya tenga, hasta llegar á no satisfacer sino las reales.

Luchará contra la *apropiación*, no preocupándose tanto del porvenir, pensando en una organización que permita vivir á los hombres como á los pájaros en el aire ó á las flores en el campo, y renunciando á toda egoísta acumulación de riquezas so pretexto de previsión.

Luchará contra la *ambición*, buscando su verdadera dicha en amar á sus semejantes, aprendiendo á resignarse, comenzando por no ensanchar el campo de sus luchas y reduciendo después cada vez más el campo de batalla hasta llegar á gozar en plena quietud de los bienes de la vida sin odios, celos ni rivalidades.

Luchará, en fin, contra la *lujuria*, comenzando por no desarrollar más los hábitos adquiridos; si es casto, que lo siga siendo; si está casado, permaneciendo fiel á su esposa; si tiene relaciones sexuales con varias personas, no ampliándolas á más; una vez conseguido el no cometer pecados nuevos, esforzándose en reducir aquellos á que ya está acostumbrado hasta emanciparse por completo de ellos.

La séptima parte de *La verdadera vida* la dedica Tolstoi á «La oración».

Los hombres conocen la trascendencia del pecado, y pecan, sin embargo, porque no conocen bien lo que es su *yo*, ó lo olvidan; el medio más poderoso de llegar á la clara conciencia de sí mismo es la oración, que no consiste en una fórmula ritual recitada en ciertos sitios consagrados con determinados gestos, sino que, según la doctrina cristiana, es el medio de afirmar al hombre en su lucha contra los pecados. Por eso la oración cristiana puede ser de dos clases: la que ilustra al hombre sobre su situación en el mundo—oración *temporal*—y la que, acompañando cada uno de sus actos, lo somete al juicio de Dios—oración *permanente*.

La oración *temporal* es aquella por la que el hombre, en sus mejores instantes de idealidad, evoca su conciencia más lúcida de Dios y de su situación para con él; es la oración de que habla Cristo en el vi capítulo de San Mateo, cuya condición necesaria es la soledad, y que opone á las oraciones públicas y verbosas de los fariseos. Por eso la verdadera oración no es la que decimos en ciertos días y en horas fijas, sino la que pronunciamos en los momentos de nuestras más nobles inspiraciones, provocada á veces por los sufrimientos y la proximidad de la muerte ó surgiendo sin causa evidente. Debemos conceder gran importancia á esos instantes felices y aprovecharlos para ilustrar cada vez más nuestra conciencia, porque en esos raros momentos se realiza nuestra marcha adelante y nos acercamos cada vez más á Dios. Esta oración no puede recitarse en asambleas ni bajo acción ninguna exterior, sino en aislamiento completo y fuera de toda influencia que distraiga; gracias á ella el hombre se conoce, penetra su naturaleza divina, reconoce sus límites, trata de quebrantarlos y los ensancha; es la oración que, iluminando su conciencia, hace imposible el pecado, porque lo que antes le parecía una falta, se revela entonces como tal.

En su marcha de la vida animal á la espiritual, todo hom-

bre se encuentra en tres situaciones, con relación á sus culpas: unas están vencidas, encadenadas como fieras, sin dar más señal de vida que algún rugido; otras son los actos á que está acostumbrado, cuya perversidad ve, pero de los que no tiende todavía á emanciparse; otras, en fin, son los pecados que ve claramente y contra los cuales lucha, resultando á veces vencido y á veces vencedor. Esta lucha es la que exige la oración *permanente*, constante despertador de la conciencia, es decir, de la presencia de Dios. El hombre siente su debilidad desde el principio de esta lucha: el pecado seduce con toda la dulzura del hábito adquirido, á la que no puede oponerse sino la conciencia del mal, y aun sabiendo que el acto es malo, continúa cometiéndolo.

Sólo hay un remedio para esto: unos teólogos lo encuentran en lo que llaman «la gracia de Dios» adquirida por los sacramentos; otros en la fe, en la redención del Cristo-Dios, y otros en la oración á Dios, que da fuerzas al hombre para luchar contra el pecado. Ninguno de estos medios puede facilitar el triunfo: el hombre que ha comprendido la perversidad de sus actos quiere emanciparse de ella de un golpe, como se lo aconsejan las doctrinas sobre la redención, los sacramentos, etc., y sintiendo su impotencia, desatiende las pocas fuerzas que podría emplear para emanciparse del pecado. Así como todas las grandes revoluciones del mundo físico se realizan por la evolución lenta y sucesiva de los elementos, así en el mundo espiritual la emancipación del pecado, la marcha hacia la perfección, se realiza por la oposición lenta y constante al pecado, por su aniquilamiento positivo. El hombre no puede de un golpe librarse de un hábito inveterado; pero es perfectamente dueño de evitar los actos que arrastran á la falta, disminuir el atractivo de esta falta, colocarse en la imposibilidad de cometerla y hacerse la costumbre de no pecar. Y así debe obrar cada día y cada instante, y para lograrlo necesita acudir á la oración permanente. *La Verdadera vida* termina con una octava parte, dividida en dos capítulos:

«¿Qué espera el hombre que vive de la vida cristiana en el presente?» «¿Qué puede esperar el hombre en la vida futura?»

El concepto de la vida presente como un goce, es tan falso como el de un sufrimiento. La vida es un progreso constante de la conciencia del amor; y como este progreso es incesante, el hombre que comprende su vida según la enseñanza de Cristo, nunca puede verse desgraciado ni insatisfecho. El hombre verdaderamente cristiano no da á sus goces gran importancia, ni los mira como la realización de sus deseos, sino sólo como fenómenos ocasionales que se producen por añadidura en provecho del que busca el reino de Dios y su justicia; y mira sus sufrimientos no como fenómenos que no deban existir, sino como cosa tan necesaria como el choque de energías que acompaña á todo trabajo; y así como este choque es indicio del trabajo ejecutado, así el sufrimiento es la manifestación del cumplimiento de la obra divina.

No hay, sin embargo, que creer que el verdadero cristiano considere siempre los goces como efímero dón que no merece adquirirse, ó los sufrimientos como condición necesaria del progreso de la vida; pueden seducirle esos goces, puede intentar provocarlos ó conservarlos, puede sufrir con los males físicos ó morales, y considerarlos inútiles; pero en la pérdida de sus goces ó en el dolor de sus sufrimientos, el cristiano se acuerda de su dignidad, de su misión, y enseguida goces y dolores ocupan su verdadero puesto, y el cristiano recobra su libertad y su tranquilidad. «Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás os será dado por añadidura:» palabras que quieren decir que los goces materiales de la vida son perfectamente accesibles al cristiano, con la diferencia de que los goces del no cristiano pueden ser artificiales, transformarse por su repetición en sufrimientos, mientras que los goces del cristiano son sencillos y naturales, y jamás pueden transformarse en esos sufrimientos que parecen insensatos al no cristiano. Tal es la situación del cristiano en la vida presente. ¿Qué puede esperar en la vida futura?

La cuestión de «dónde iremos» después de la muerte está mal planteada: la esencia divina de nuestra alma, que está fuera del tiempo y del espacio y que se halla encerrada en nuestro cuerpo, cesa al salir de él de hallarse en las condiciones efímeras terrestres; por eso no puede decirse de esta esencia divina que *será*, porque *es*. Cristo lo ha dicho: «Yo era antes de que Abraham fuese,» y lo mismo nosotros. Si somos, hemos sido y seremos siempre. Lo mismo puede decirse de la cuestión de *dónde* iremos. Cuando hablamos de *dónde*, hablamos del sitio en que estaremos. Pero la noción de lugar tiene su origen en nuestra separación, en nuestro aislamiento de todo lo demás. Con la muerte esta separación desaparece, y estamos, para los hombres que viven en la tierra, en todas partes y en ninguna: no tenemos sitio definido.

Existen muchas hipótesis sobre nuestro porvenir extraterrestre; pero desde las más groseras hasta las más sutiles, ninguna puede satisfacer á un hombre que piense por sí mismo. La felicidad sensual de Mahoma es demasiado grosera y está en desacuerdo con el verdadero concepto del hombre y de Dios. La división en cielo é infierno, imaginada por la Iglesia, es igualmente contraria al concepto de un Dios de amor. Las inmigraciones de las almas son una invención menos grosera, pero que encierra igualmente la noción de la existencia de la individualidad; la concepción del nirvana descarta la existencia del individuo, pero es contraria á la racionalidad del sér.

Ninguna doctrina del más allá da una solución que pueda satisfacer á la razón, ni puede darla. Nuestro cerebro sólo puede pensar en condiciones de tiempo y de espacio, y quiere afirmar lo que será fuera de esas condiciones. La razón sólo sabe que la esencia divina existe y se desarrolla en esta tierra; al llegar á cierto grado de su crecimiento sale de nuestras condiciones. ¿Continuará manifestándose aisladamente? ¿Será causa de una nueva segmentación este crecimiento del amor? Las suposiciones pueden ser muchas, pero ninguna cierta.

Lo único cierto é indiscutible es el pensamiento expresado

por Cristo al morir: «Padre mío, en tus manos entrego mi alma.» Esta certeza es la de que, al morir, vuelvo allí de donde he venido. Y si creo que aquello de donde he salido es el amor consciente, vuelvo con alegría á Él, sabiendo que me espera la felicidad. Lejos de temer, me alegro del tránsito de esta vida á la que me está reservada.

LITERATURA

EDMUNDO ROSTAND.—Los maestros de hoy ó de mañana en el arte literario, pueden clasificarse—como dice Ernesto Tissot en la *Revue des Revues*—en tres clases claramente determinadas: los *hombres de negocios*, que consideran su inteligencia como un capital que debe colocarse en buenas empresas, de renta segura, con buenos dividendos y premios de lotería; los *inspirados*, ó como un inglés los llama, los *mártires*, que viven por y para su sueño, sin preocuparse del éxito, con fe ciega en sí mismos, y los *hombres de mundo*, que sin las aficiones comerciales de los primeros ni el orgulloso énfasis de los segundos, no cultivan la literatura como negocio ni pasión, sino como necesidad natural ó función normal de su espíritu. Edmundo Rostand pertenece á esta última clase, cuyo más cabal tipo era Gui de Maupassant.

En la habitación más suntuosa, y sobre todo de una suntuosidad más opulenta de la que acostumbran á tener los poetas—dice Tissot—parece Rostand sorprendido de que se le quiera interrogar sobre sus comienzos, sus teorías, sus gustos, sus proyectos. ¿Sus comienzos? Los más sencillos del mundo: desde niño le gustaba más la poesía que la prosa, y sus cuadernos de estudiante estaban llenos de cuartetas y estrofas, admiradas entonces por su familia y sus amigos. Después «un traje pasó por su vida», y era un traje de doncella, que le inspiró un libro de versos de amor, escrito á medias por los dos, las *Mignardises* de Rostand, y los *Pipeaux*, de Rosemunda Gé-

rard, la que no tardó en llamarse la señora Rostand. Después vinieron las *Juvenilia*, libro agotado, cuyos raros ejemplares se pagan á peso de oro porque Rostand se niega á reimprimirlo, y en seguida *Les Romanesques*, escritos por puro pasatiempo, y que algunos amigos se empeñaron en que aparecieran en la Comedia Francesa, donde, aceptados á la segunda acometida, fueron recibidos con frialdad por el público, por ser una obra más para leída que para representada, que tiene el defecto capital de tener tres actos, el primero de los cuales encanta, el segundo asombra y el tercero cansa, y á cuya caída no contribuyó poco la crítica de Sarcey al empeñarse en decir de Rostand, por alabarle, que era un nuevo Regnard.

A semejante comparación extranguladora—dice Rostand—fue debido el fracaso de *La Princesse Lointaine*; como allí ya no era posible hablar de Regnard y los críticos esperaban otra cosa, hubo sorpresa, y muchos le acusaron de haber cambiado de manera; como por otra parte, estaba en sus comienzos, todos, autor y actores, tuvieron miedo, hicieron cortes, falsearon caracteres y estrellaron la obra; pero aquel proceso se revisará, y cuando se reestrene *La Princesse Lointaine*, que es la obra que Rostand más aprecia de todas las suyas, se verá si hubo error en el primer juicio.

El asunto, de carácter histórico, no puede en efecto ser más poético: Joffroy Rudel, un trovador del siglo XII, se enamora, por el solo relato que le hacen los peregrinos, de la Condesa de Trípoli; y sin escuchar más que su loca pasión, lo deja todo, y se embarca con su fiel amigo Beltrán de Allamon para aquella peregrinación de amor; en el camino cae enfermo, y al llegar á Trípoli su estado es tan grave, que sólo le queda tiempo para advertir á la Condesa de su pasión suplicándole se digne verle; la Condesa, conmovida, consiente en ir á cerrarle los ojos; pero aquella muerte turbó de tal modo á la Condesa, que por disgusto ó por devoción no tardó en renunciar al mundo encerrándose en un claustro.

Este es el fondo histórico; pero como, aunque poético, ne-

cesita ciertos elementos para ser dramatizable, Rostand ha imaginado que Melisinda, Princesa de Trípoli, desposada con el Emperador de Occidente, está encerrada por su celoso esposo en un castillo, guardado por el «Caballero de las armas verdes», siendo salvada, en nombre de Rudel, por su amigo Beltrán de Allamón, á quien Melisinda toma por Beltrán, prendándose de él y obligándole á faltar al juramento hecho á su amigo. Estos elementos, poco acertadamente introducidos, del error de Melisinda y de la traición de Beltrán, son poco á propósito para conquistar aplausos, y posible es que al reestrenarse la obra se rectifique el argumento, aunque siempre quedará lo cómico unido á lo trágico.

No se trata— decía Rostand á Tissot— de la famosa teoría ecléctica del prefacio de *Cromwell*, de mezclar, según la fórmula shakesperiana, la risa con el llanto, Quasimodo con Esmeralda; pero sin caer en el verdadero realismo, que suprime la idealización necesaria á la poesía, siempre quedará un ser vivo, una Musa, en cuya imagen, de blancos pies, cuyas ligeras plantas apenas desfloran la tierra en que vivimos, hay que ver la enseñanza de que la poesía dramática no debe quedarse en el dominio de la pura abstracción, sino descender á veces resueltamente á las contingencias prosaicas de la vida. «Sí, — añadía — esa es una de mis ideas, y hasta si se quiere, de mis teorías favoritas.»

Gran partido supo sacar, en efecto, de esta teoría en *La Samaritana*, la obra más profunda que ha producido, inspirada en los versículos de San Juan, y representada por Sarah Bernhardt. Y no es que Rostand se cuide demasiado de la exactitud histórica, como se ve en lo hecho con la Condesa de Trípoli: un teólogo ha encontrado no pocas inadvertencias en *La Samaritana* y Emilio Magne se ha entretenido en escribir todo un volumen sobre los *Errores de documentación de Cyrano de Bergerac*. Nada más erudito ni correcto que las novelas históricas del alemán Jorge Ebers, y sin embargo, con tanta exactitud de detalles, no se encuentra allí ni un solo cuadro

vivo de la antigua vida egipcia; en cambio, en *La Samaritana* y en *Cyrano*, con todas sus inexactitudes, se siente resucitada una época con todo su color y toda su vida. En cuanto á la historia de *Cyrano* es bien sencilla: en cuanto Rostand leyó sus obras, le gustó, y ya en el colegio pensaba dedicarle algún poema; más tarde, Coquelin, entusiasmado á la lectura de *La Princesa lejana*, le rogó que hiciese algo para él, y entonces se acordó de *Cyrano*, y, rebuscando sus impresiones en sus cuadernos, dejó *La Samaritana* á medio concluir y se puso á complacer á Coquelin. Después... todos saben lo demás.

De *L'Aiglon* (1)—que al re partirse este número se ha hecho ya famoso en el mundo entero por el aplauso con que Sarah Bernhardt lo ha estrenado en su teatro—declara Rostand á Tissot que «es una tentativa enteramente diferente de las que todos los años vemos triunfar ó fracasar en nuestros teatros; en *L'Aiglon* no hay intriga, sino una idea que reaparece constantemente bajo formas siempre diferentes y de tal modo, que el interés se eleva poco á poco, desde los cuadros tranquilos del comienzo hasta las escenas punzantes del epílogo; se equivocaría mucho, sin embargo, quien creyera que *L'Aiglon* es una obra política, filosófica ó metafísica; lo que ante todo he buscado, como en *La Samaritana* y en *Cyrano*, es escribir una pieza viva y movida, cuya pasión entusiasmara al público; pero no he pretendido hacer nacer esa pasión por la sola pintura de un drama de sentimiento; claro es que en *L'Aiglon* hay amor, como lo hubo en la vida del Duque de Reichstadt, pero más que *un amor*, es *amor* lo único que hay; mi heroína Fuentecita (*Petite Source*), que en mi primer proyecto tenía el considerable des-

(1) No podemos aceptar para traducir la palabra *Aiglon* en este caso la voz *Aguilucho* de que se han servido los periódicos; *el aguilucho* es, en efecto, *el hijo del águila*, como *l'aiglon* es el hijo de *l'aigle*; pero si en francés la palabra *aiglon* es perfectamente adecuada para expresar lo que Rostand quería, en castellano *aguilucho* tiene un sentido despectivo que en modo alguno puede servir para calificar al hijo del gran Napoleón; *L'Aiglon* no es, pues, *El Aguilucho*, sino *El hijo del Águila*.

arrollo que requería el encarnarla en la única actriz cuya voz tenga la dulzura de un manantial resbalando sobre alfombra de musgo, ha llegado á ser completamente secundaria en el drama definitivo, donde sólo aparece una figura de mujer de alguna importancia, la Emperatriz María Luisa; por otra parte, á fin de variar el interés, y para que no me acusen de haber hecho un Hamlet de traje blanco, he desarrollado mucho la parte pintoresca y hasta cómica del drama, en el que figuran soldados que nada tienen de pesimistas.»

El éxito más completo ha coronado el esfuerzo del gran poeta, premiando la fe inquebrantable que, con plena conciencia de su valer, tenía en su obra. Cuando Rostand afirmaba que estaba dispuesto á tomar por divisa la famosa fórmula de D'Annunzio «renovarse ó morir», expresaba el pensamiento que ha dirigido toda su carrera intelectual. El que después de haber escrito—como dice Tissot—escenas alegres, como minuetos, supo trazar otras tan trágicas como actos de Wagner, tan puras como sinfonías de Mendelshon, tiene perfecto derecho á aplicarse esa frase que resume maravillosamente algunos de los más hermosos títulos de gloria á que pueda aspirar un artista del siglo XIX, puesto que, al excluir toda idea mezquina y mercantil, proclama la continuidad del esfuerzo, la permanencia de la vida psíquica, y sobre todo la sinceridad apasionada, necesaria y absoluta del poeta creador.

*
* *

LA «RESURRECCIÓN», DE TOLSTOI.—La última novela de Tolstoi—dice en la *Revue des Revues* Enrique Berenger—tiene la sencillez sublime del genio en colaboración con la experiencia que se encuentra en el *Edipo Rey*, de Sófocles, en la *Ifigenia*, de Gluck, y en el *Parsifal*, de Wagner. En este sentido, *Resurrección* es muy superior á las dos principales novelas del maestro ruso: *Guerra y paz* y *Ana Karenina*. Dos personajes, uno de las más altas y otro de las más bajas clases de

la sociedad, un príncipe y una prostituta, son los protagonistas de la acción, agrupándose naturalmente en torno suyo en perspectiva decreciente, el doble mundo de los salones y de los presidios con su entredós de funcionarios y magistrados.

El Príncipe Neckludof ha seducido—estando de paso en casa de sus tías—á Katucha Maslof, joven huérfana, medio criada, medio hija adoptiva de las tías del príncipe, abandonándola después, dejándola cien rublos y... un niño. Katucha, despedida de la casa, descende, de caída en caída, hasta llegar á la degradación de una casa pública. El Príncipe, olvidado de aquella aventura, piensa en casarse, pasados los años, con la Princesa Korchaguina, pero necesita para eso romper sus relaciones con Ana Vassilievna, mujer de un jefe de la nobleza, de la que ya está cansado.

Preocupado con estas intrigas, el príncipe, en su calidad de jurado, se presenta en la Audiencia, y la primera figura con que tropiezan sus ojos es la de Katucha, sentada entre los acusados de un asesinato, cuya vista se celebraba aquel día. Al reconocerla, Neckludof se encontró frente á frente de su pasado: el acto de la seducción, que entonces le pareció un pecadillo, se le aparece ahora, como lo que es en realidad, un crimen: aquel acto es el que ha desflorado para siempre á Katucha, poniéndola en el trance de elegir entre el suicidio y la degradación; Neckludof se siente verdaderamente responsable de todo lo que ha hecho y pueda hacer la Maslova, nombre de guerra de Katucha, y el problema que surge en su conciencia es tan sencillo como trágico.

El Jurado, por error, condena á la Maslova á quince años de trabajos forzados, y Neckludof queda horrorizado de aquella sentencia que él mismo ha contribuído á dictar. «¿Sería posible?—se pregunta.—¿Sería yo verdaderamente un miserable?» «Sí, lo eres, le respondía su conciencia; poco importa cómo pueden juzgarte los demás; podrás engañar á los demás, pero no á tí mismo, y tú sabes bien que eres un miserable.» Desde aquella terrible noche Neckludof fue otro hombre, dejó

sus costumbres, su casa, sus relaciones adúlteras y su proyecto de matrimonio, sin pensar más que en la rehabilitación de la Maslova, injustamente condenada.

La primera escena de encuentro de aquellos dos seres ante la reja del locutorio de la cárcel, es una obra maestra. El Príncipe se había figurado que Katucha al verle y saber que quería protegerla se alegraría, y tuvo que comprobar que Katucha no existía ya, y que en aquella mujer sólo vivía la Maslova. No se trata ya de devolver á esta desgraciada su libertad sino su alma, y Neckludof, midiendo la grandeza del sacrificio, se decide á ello y entabla la lucha contra la sociedad y contra la misma Maslova, que le rechaza, y no quiere creerle ni puede comprender su conducta.

A medida que Neckludof descende al infierno social en que aquella desgraciada ha perdido hasta su alma, se interesa por sus hermanos y hermanas en miseria, se apasiona por toda la humanidad que gime y se agita en esos círculos, que ni siquiera sospechaba existiesen. Y he aquí cómo Neckludof se transforma y purifica al trabajar por la transformación y purificación de la Maslova. Pero á medida que él mismo cambia, va viendo, no sólo que su modo de vivir ha sido malo hasta entonces, sino que las riquezas con que atiende á semejante modo de vivir son malsanas, pues sólo existen á costa de la opresión y de la miseria de los aldeanos. «La tierra no puede ser objeto de propiedad particular, de compras y ventas; lo mismo que el agua, que el aire ó que los rayos del sol, todos los hombres tienen igual derecho á la tierra y á sus productos.» Y pensando así, se decide á devolver sus tierras á sus colonos.

Aun allí tiene que aprender lo difícil que es ser comprendido cuando se obra bien, pues los aldeanos no pueden creer que Neckludof quiera despojarse de sus bienes en provecho de ellos; se imaginan que al obrar así, Neckludof ha discurrido alguna astucia para explotarlos mejor, y no quieren aceptar el donativo del Príncipe, costándole á éste tres tentativas para convencerles de su desinterés; y cuando al fin tienen que ren-

dirse á la evidencia, sólo pueden creerlo suponiendo que el Príncipe se conduce así «por la salvación de su alma, habiéndosele metido en la cabeza el expiar sus pecados».

Muchos disgustos, náuseas y tentaciones tiene que vencer Neckludof para romper por completo con su antigua sociedad y entrar en la nueva, no siendo las menores de sus contrariedades las que le proporciona toda una casta de funcionarios, jueces, senadores, oficiales y abogados, empeñados en dificultar su misión el novel Quijote. Pero nada detiene al Príncipe, y llegado el día de la partida de la Maslova para Siberia, allá se va Neckludof, revuelto en un vagón de tercera con empleadillos, obreros y labradores, resuelto á resucitar aquel alma muerta como ha resucitado la suya.

BIOGRAFIA

SILUETAS PARISIENSES.—SULLY PRUDHOMME.—Todos—dice Zadig en la *Revue Bleue*—respetamos á Sully Prudhomme, y hasta tenemos que agradecerle que nos permita respetarle con plena seguridad. En cuanto á mí—añade—me siento condenado á no sacar de sus versos tan hermosos todo el placer que proporcionan á almas más delicadas que la mía; pero no me irrito porque así me haga conocer mi inferioridad intelectual y sentimental, y aunque me humille esta vulgaridad de mis aspiraciones, le quiero sin embargo; le quiero y le respeto.

¡Felices los hombres á quienes el respeto rodea, y dichoso sobre todos Sully Prudhomme! Todos los seres sencillos experimentan por ese poeta, que toda su vida fue poeta y que no ha sido ninguna otra cosa, la más profunda veneración, como por un ser raro, misterioso, un hombre que vive fuera de la humanidad. Esta veneración es tan natural que aun los que ignoran completamente sus poemas, la experimentan más por estar menos cerca de él.

Las condiciones sociales y poéticas se transforman. El romanticismo ha desaparecido de la poesía. Sully Prudhomme, cuya vida no fue romántica, compuso la obra más adecuada á su vida. ¡Alma dulce y triste, tierna y quejumbrosa que se revela en su doliente rostro, alma que se lamenta deliciosa y profundamente por medianos sufrimientos! Sí, Sully Prudhomme tuvo amores ordinarios, disgustos módicos, angustias menudas, inquietudes mesuradas, todas diversificadas y acentuadas, no por la imaginación, sino por una sensibilidad verdaderamente poética.

Pero si en sus versos ostenta Sully Pruhomme, con la más seductora sinceridad, toda su alma simpáticamente sencilla, también despliega en ellos las inclinaciones de su inteligencia; y como su temperamento es plácido, reflexiona con orden, razona y sistematiza. Sus poemas son filosóficos y largos sus razonamientos.

Sully Pruhomme pensó seguir el movimiento moderno de la ciencia, y por ella ensanchar los dominios de la poesía, siendo de temer que haya debilitado y restringido su dominio. Este poeta tiene el genio terrible de la precisión, que no es ni mucho menos una cualidad poética; la que menos se desea encontrar en los versos. Si la poesía razona, nos resulta una fatiga como la vida misma. Que nos dé ritmos y cadencias, que mecen, animan y exaltan, y todas las superficialidades que faltan á la vida. ¡Quién pudiera resucitar á un Lamartine, con sus hermosos versos de doce pies, tan magníficamente desprovistos de ideas!

Pero si, en verdad, es la evolución del siglo y no sólo la inclinación del espíritu la que arrastró á Sully Pruhomme á su poesía metódica y sabia, en vano es desear que nazcan tras él grandes poetas como él. El respeto al ilustre poeta es ciertamente tan grande como universal; pero hombres y mujeres abandonarían al que siguiera sus huellas, y sus obras no podrían ser ya más sino puro entretenimiento de rentistas escogidos.

*
* *

EMILIO FAGUET.—Emilio Faguet—dice Zadig—es aparentemente un hombre singular. Es verdad que vive entre los demás, y que no huye de ellos; pero vive entre ellos de un modo accesorio, y, por decirlo así, secundario. Ningún contemporáneo permite menos que él á la vida social embarazar su vida individual; y hasta posee admirable aptitud para suprimir de la vida cuanto puede debilitar el esfuerzo intelectual, evitando cuidadosamente el trato pernicioso de los salones, prefiriendo los restaurants y los cafés, y todos esos sitios groseros, donde el hombre superior permanece anónimo entre el anónimo vulgo.

Emilio Faguet tiene por compañeras sus ideas, viviendo en medio de ellas, porque las ama. Se puede afirmar que es todo inteligencia y que no sufre la opresión del sentimiento, que envilece al hombre, aunque también es sensible, pero como hay que serlo. ¿Quién ha dicho «no soy artista, pero soy inteligente?» Faguet lo hubiera podido decir. Y sin embargo, también es artista, á su modo, intelectualmente, porque Faguet es, ante todo y sobre todo, un hombre inteligente.

Emilio Faguet tiene, pues, toda la fuerza de una inteligencia consagrada á ser siempre dueña de sí misma; por eso no tiene personalidad, aunque se ha constituido una personalidad por los contornos exteriores. A Faguet se le reconoce en sus procedimientos de composición, distinguiéndose por el estilo que tiene, mejor dicho, porque no tiene estilo. El estilo es una prueba de medianía intelectual, y los escritores estilistas, como Flaubert y Goncourt, han sido siempre de corta inteligencia.

Flaubert despreciaba á los críticos, y Balzac los exaltaba: «La verdadera crítica—decía—es toda una ciencia; exige la comprensión completa de las obras, vista lúcida sobre las tendencias de la época, la adopción de un sistema y fe en ciertos principios; el crítico llega entonces á ser el magistrado de las ideas y el censor de su tiempo, ejerciendo un sacerdocio.» Emilio Faguet es uno de esos críticos. Y nos asombra con su

inteligencia prodigiosamente flexible y que con tanta desenvoltura puede moverse en los mundos más diferentes: literatura, teatro, filosofía, costumbres, política, sociología; y nos encanta con su arrogante independencia. Posible es que la crítica sea el género más útilmente creador; pero, en cambio, es el género hacia el que más se lanzan, estrujándose, los seres grotescos y serviles cuyo estilo es flácido como el carácter, y el pensamiento vacío como el cerebro. Por eso hacen falta espíritus robustos, penetrantes, firmes y claros, y nobles como Emilio Faguet para consolarnos de todos los pedantes, tontos y lacayos que acaparan la crítica, la desnaturalizan, la envilecen..... Ah.....!

*
* *

HUYSMANS —Joris Karl Huysmans es un gran escritor por que tuvo apuros de dinero y embarazos gástricos. La explicación --dice Zadig-- no es nueva ni noble, ni revela muy fino sentido literario; pero para ser hombre honrado y hablar con sensatez, no se necesita gran refinamiento de espíritu.

Huysmans ha nacido en Holanda, ó en todo caso, su apellido es holandés y sus nombres más holandeses todavía: su alma es, pues, fatalmente holandesa, y como Holanda es un país llano, Huysmans estaba más indicado que nadie para escribir la plenitud de la vida. Rembrandt, por su parte, también fue holandés, y en aquellas regiones hubo místicos; no siendo por tanto sorprendentes las inclinaciones artísticas de Huysmans, ni los claro-oscuros de su estilo, ni el apasionamiento por el catolicismo místico y el misticismo católico de su compatriota Ruysbræck el Admirable.

Pero con todo esto, la constitución física de Huysmans y las circunstancias materiales de su vida explican suficientemente el carácter de sus obras. En vano el espíritu y el corazón dominan en ciertos momentos al estómago; el estómago es el que determina en todo escritor su concepto del mundo. Cuan-

do se tiene el estómago inválido, se ve uno obligado á vigilar sus menores movimientos en la vida, y se siente uno inclinado á la observación detallada del Universo; observación aburrida, pero exacta, con relámpagos, cuando el sufrimiento se atenúa, de fugitiva alegría, vehemente y desconfiada. Y esa es la psicología de Huysmans.

Dolor de estómago y falta de dinero es más de lo que se necesita para ser naturalista: eso obliga á serlo. Huysmans sufrió la rudeza de la suerte hasta verse obligado á dirigir un taller de encuadernación, hasta tener que ser empleado y permanecer soltero. Las paredes de su estómago fueron quemadas por el unto de las grasas y mordidas por el barniz de las margarinas de restaurant, y el mundo se le apareció como inmenso y nauseabundo figón, y los ingredientes infames de las cocinas sucias, envenenando su vida, se infiltraron hasta en su estilo.

Y nadie fue más apto que Huysmans para pintar la universal medianía de la vida: medianía de las comidas ante todo, medianía de las casas y de las calles, medianía de los hombres y de las mujeres, medianía de las inteligencias, de los corazones y del amor. Y los cuerpos son feos, y las almas feas; y la horrible civilización afea todavía más la horrible naturaleza. Huysmans y sus creaciones, Des Esseintes, Folantín, Durtal, son hermanos; estómagos enfermos, almas resquebrajadas, la vida les parece repugnante, porque está impregnada toda ella de ignominioso olor de atrasadas patatas fritas. Y así ostenta Huysmans su asco de vivir, quitando cuidadosamente al naturalismo toda poesía.

Pero esta misma distracción le cansa, y se refugia en lo extraño y lo extravagante, y herido cada vez más por los alimentos malsanos y los hombres groseros, se evade de la vida real, vacila locamente entre las misas negras y las de otro color, y se lanza y extravía en el misticismo religioso que, á juzgar por *La Catedral*, no puede ser más que una fuente de aburrimiento.

Pero es inevitable que su prodigioso talento se transforme. Su pensión de retiro está liquidada; puede leer en la biblioteca de los frailes de Ligugé libros limpios; toma alimentos sanos; está curado de su dolor de estómago; es propietario de una casa de campo; su ironía es dueña de sí misma..... Sin duda se creará un nuevo concepto del mundo.

SOCIOLOGIA Y POLÍTICA

EL CLERICALISMO.—Después de la disolución de la Cámara por el Ministerio del 16 de Mayo, en 1875,—dice Pedro Denis en la *Nouvelle Revue Internationale*—Gambetta, queriendo reunir en compacto haz á todos los adversarios del Ministerio, y comprendiendo que no podía obtener esta unión con un programa ó una idea sino contra alguien ó algo, pronunció aquella famosa frase que desde entonces ha dominado la política francesa: «¡El clericalismo! ¡Ese es el enemigo!»

Gambetta acertó: entre los 363 representantes que se trataba de unir, había conservadores y radicales, republicanos viejos y monárquicos desilusionados, ateos, protestantes y católicos, entre quienes era difícil llegar á una inteligencia; pero todos, hasta los católicos, estaban de acuerdo en un punto: el odio al clericalismo.

Pero, ¿qué es el clericalismo? Es un partido formado, no por el clero como su nombre podría hacerlo creer, sino por un grupo de políticos reaccionarios que explotan el catolicismo y el clero, como otros explotan el proletariado de aspiraciones socialistas. Claro es que los miembros del clero, sobre todo del alto clero, entran en gran proporción en el partido clerical; pero no deben confundirse ambas cosas.

Es desgracia de toda causa, política, social ó religiosa, el ser explotada por los que quieren aprovechar la influencia que estas ideas pueden darles sobre multitudes crédulas y apasionadas, y el catolicismo no se ha eximido de la regla. Para im-

ponerse á las poblaciones paganas del Mediodía y á los bárbaros del Norte, el catolicismo se hizo pagano por el culto; el clero, que debía predicar la abnegación y el desprecio á las riquezas y vanidades del mundo, buscó el poder secular y acumuló tesoros, extendiendo sus privilegios y afirmando su dominación. La Iglesia es una sociedad humana, aunque religiosa, con todos los defectos inherentes á cuanto es humano, y entre ellos la desigualdad. Así, mientras el Obispo tomaba el título de «Monseñor» como un príncipe, y vivía en un palacio, y se hacía servir por criados con doradas libreas, los pobres curas de aldea de su diócesis vivían como los más pobres de sus feligreses.

De ahí que la Revolución encontrara tantos partidarios entre el bajo clero, mientras el alto clero hacía causa común con los emigrados, aliados del extranjero. Gracias al clero liberal, Francia conservó sus costumbres cultuales, pues sin esto Francia se hubiera descatólizado por completo. Con el Concordato prestó Bonaparte á la Iglesia el más señalado servicio; pero, á pesar de aquel arreglo, la ruptura entre la Iglesia y la nación no tenía soldadura por las encontradas aspiraciones de una y otra.

La reforma exigida por la crítica religiosa hubiera quizá sido posible si cada nación hubiera tenido bastante independencia para operarla dentro de la doctrina común del Evangelio. Pero la Iglesia era un imperialato latino, y el Papa un César infalible, casi siempre italiano, y preocupado, por consiguiente, en primer término de las cosas de Italia. De aquí el conflicto siempre en pie, lo mismo en la Edad Contemporánea que en la Media, con la diferencia de que entonces la lucha era entre el Papa y un monarca, y ahora lo es entre el Papa y un pueblo, que estima al Papa como un jefe extranjero y al clero como un cuerpo de agentes del culto al servicio de una autoridad extranjera.

La diplomacia pontificia se ingenia cuanto puede para que no se noten los términos del conflicto, pero no puede lograrlo.

La antigua Monarquía no tenía más concepto de la sociedad que el señalado por la Iglesia, y al verse restaurada por la Santa Alianza, volvió á sus tradiciones, formándose entonces el partido clerical, semejante á la Liga de los Guisas, compuesto de políticos, jesuitas y obispos, inspirado por Roma y con la pretensión de dirigir el poder real con orientaciones ultra-reaccionarias. Cuando este partido se juzgó dueño del poder, inspiró el Terror blanco, plantó cruces en plazas y caminos y organizó procesiones ante las que todo transeunte había de descubrirse; censuró á la prensa, maltrató al Profesorado, acaparó la enseñanza, y de tal modo se hizo odioso con su intolerancia, que arrastró en su caída á la Monarquía restaurada, instrumento de sus rencores y de sus pasiones sectarias.

Desde esta época, el partido clerical, que tanto daño hace al catolicismo por su empeño en explotarlo, se ha hecho antipático al pueblo, sin que los esfuerzos de los Lamennais hayan tenido otro resultado que provocar nuevas y más irritantes y suicidas persecuciones. Lejos de seguir el movimiento que arrastra los espíritus hacia las concepciones científicas y abstractas, reformando en este sentido su culto, la Iglesia, bajo la influencia del partido clerical, se ha hecho cada vez más fetichista, inventando nuevas formas y nuevos asuntos de idolatría, alejando así de su seno los espíritus ilustrados y sinceramente cristianos que lamentan semejante dirección.

En personal tan numeroso como el del clero se encuentran toda clase de aptitudes. En la Edad Media los había entregados á la música y á la imaginería: hoy se hacen destiladores, licoristas y confiteros, lo cual es honroso y lícito; otros recogen huérfanos, de los que hacen obreros, y montan fábricas de todas clases, con los enormes beneficios que es natural se obtengan de productos cuya mano de obra es gratuita; otros comercian con aguas milagrosas y medallas ó rosarios benditos, aceptando los dones voluntarios de los compradores para evitar, si los vendieran, el castigo de los que especulan sobre esperanzas quiméricas; los Obispos toleran ó patrocinan todo

esto, y el partido clerical, convencido de que estos tráficos aumentan sus recursos y sus partidarios, los defiende con entusiasmo.

El clericalismo, para defenderse, invoca la libertad, proclamada por la Revolución, y á su sombra desarrolla sus instituciones de enseñanza, estimadas con razón como su más fuerte baluarte. El Estado, por mal entendido espíritu de celo, ha querido gozar del monopolio docente, y no atreviéndose á prohibir toda escuela distinta de las suyas, ha tomado tales medidas que ha hecho desaparecer todos los colegios privados laicos, quedando sólo la enseñanza de las Congregaciones frente á la del Estado; y como ésta es en general inferior á aquélla, porque el Profesor oficial no puede tener el celo que inspira el espíritu de partido y el de empresa, el partido clerical obtiene en este dominio notables ventajas, acreciendo su influencia.

El medio más seguro de acabar con la influencia del clericalismo, sería la propaganda de la idea cristiana, depurada de todo culto idolátrico y reducida á sus principios primitivos de justicia, caridad y desprecio de las riquezas; la defensa del bajo clero contra el despotismo episcopal, y el abandono de todas las medidas fiscales contra las Congregaciones, que no dan otro resultado que hacer imposible la formación de Asociaciones docentes laicas, que serían las más temibles enemigas de aquéllas. Perseguir al partido clerical es servirle, porque no se le hiere á él, sino á su clientela, ligándola más estrechamente con él. El clericalismo no puede ser vencido con medidas intolerantes y molestas, sino con la predicación de una idea moral consoladora, capaz de conquistar toda conciencia sana.

*
* *

EL FEMINISMO EN FRANCIA Y ALEMANIA.--Si De Maistre desconfiaba de los *ismos*, seguramente el *feminismo* le hubiera horripilado como atentatorio al plan «divino». Las complejas

reivindicaciones del feminismo se resumen en tres puntos, según Gastón Choisy dice en la *Revue Bleue*: reconocimiento á la mujer de los derechos civiles y políticos, admisibilidad de la mujer á todas las profesiones, oficios y empleos, y su entronización en la función oficial de educadora cívica. Contra estas reclamaciones truenan los «irreductibles», cuya oposición arranca de las profundidades del sentimiento, y que no conciben á la mujer, madre ó hermana, esposa ó querida, sino lejos de las agitaciones de la plaza pública, y los misóginos, que no son tan pocos como generalmente se cree.

Sin buscar más antiguos orígenes, ni exhumar siquiera el recuerdo de Aristófanes, pueden señalarse en la época de la Revolución las primeras tentativas de emancipación femenina con la marquesa de Fontenay, que reclama de la Convención el uso de los derechos políticos, y con los clubs de mujeres; porque las «ciudadanas» tenían también sus clubs, no siendo de los menos turbulentos el de la *Sociedad de las mujeres republicanas y revolucionarias*, cuyo presidente, Rosa Lacombe, escribía á un periodista mal informado que había publicado la noticia de su arresto: «Yo os haré ver, ciudadano redactor, que mis brazos están tan libres como mi cuerpo, pues se alegrarán de propinaros una paliza.» Por entonces precisamente redactó Olimpia de Gouges el documento que vino á ser como el evangelio de los feministas, y de allí arranca la larga serie de emancipadoras que sacrificaron á veces á sus ideas su reposo, su dicha y su libertad: la condesa de la Mothe-Valois, que promete á la Asamblea Nacional mostrarse digna de su título de «ciudadana activa, mientras le queden juventud y encantos»; Susana Voilquin que, por extraña caridad, cede á una rival su querido esposo; la fantástica Clara Demar, con su *Ensayo de la carne por la carne*; la noble Julia Faufernot, que rechazó los ofrecimientos de la nueva corte por «no descender de las alturas en que la había colocado el peligro»; Reina Guindorf, fogosa oradora á los diez y siete años; Flora Tristán, «la paria»; Laura Grovelle, á quien ni su abnegación, ni

la elocuencia de Julio Favre pudieron salvar de la estúpida ferocidad de un Jurado; Luisa Crombach, que por quererlos igualar demasiado, discernía mal los sexos; las *Vesubias* de 1848, reclutadoras de milicias voluntarias de mujeres de quince á treinta años; Eugenia Niboyet, que intentó descentralizar el movimiento»; Juana Deroin, «la candidata»; Luisa Juilien, Paulina Roland..., las petroleras de 1871.....

El feminismo en los últimos tiempos se ha hecho más prudente, se ha insinuado en los salones, ha bajado su tono y suavizado sus maneras, y con tan cuerda conducta es mejor recibido en todas partes. Es más: la señora Gladstone, la mujer del gran estadista inglés, dirigió mucho tiempo la *Federación liberal de las mujeres*, sucediéndole la condesa Aberdeen mujer del antiguo Virrey de Irlanda y actual gobernador del Canadá. ¿Qué patronato más elevado? Pero no todas las Asociaciones feministas son como el *Consejo internacional de las mujeres* que preside lady Aberdeen; sería demasiado sencillo y demasiado hermoso y hubiera facilitado la creación de la *Internacional* de las mujeres, concepción grandiosa que hubiera facilitado la realización de las aspiraciones realmente legítimas y razonables de la mujer. La tentativa de lady Aberdeen en este sentido fracasó, no siendo fácil lograr la sumisión de los grupos ya constituídos á una sola dirección.

El partido feminista francés cuenta con siete grupos, perfectamente autónomos: la «Sociedad para la mejora de la suerte de la mujer y para la reivindicación de sus derechos», «La Solidaridad», la «Liga por el derecho de las mujeres», la «Unión universal de las mujeres», «La Precursora», «La Igualdad» y «El Feminismo cristiano», en torno de los cuales irradian multitud de instituciones de enseñanza y beneficencia, contando además el partido con un gran diario—*La Fronde*—y otros tres periódicos, *El Feminismo cristiano*, dirigido por la señorita Maugeret, *La dicha del hogar*, por la doctora Helina Gaboriau, y *El periódico de las mujeres*, cuya lectura no debe recomendarse á los hipocondriacos, no debiéndose omitir la

mención como elemento de propaganda del Teatro feminista, fundado por María Cheliga.

Las figuras más salientes de estos grupos, son ó han sido María Deraismes, fundadora de la primera de las Asociaciones citadas, y notable por el vigor de su espíritu y la precisión y limpidez de su frase; María Pognon, directora de la «Liga por el derecho de las mujeres», sin pretensiones, enérgica y audaz; María Cheliga, armoniosa combinación de seducción eslava y de espíritu francés, y presidente de «La Previsora», que es la que con su actividad y oportunidad ha obtenido hasta la fecha el resultado más tangible, conquistando el derecho de testimonio para las mujeres tras larga y difícil campaña. Aparte de estos nombres, y fuera de estos grupos, merece especialísima mención Clemencia Royer, personalidad reputadísima é independiente, que sin dar la preferencia á ninguna doctrina determinada, aspira nada menos que á «la restauración del matriarcado primitivo.»

El día en que el feminismo francés piense en organizarse sólidamente, tendrá que dirigir sus ojos al otro lado del Rhin.

En Alemania, en efecto, borrada toda clasificación arbitraria, el feminismo cuenta con un contingente bien definido y cuadros de oficiales perfectamente organizados; 194 asociaciones se reparten el trabajo de propaganda y filantropía, y apenas hay ciudad que no tenga su *Frauen-Verein* (asociación de mujeres), cuyo conjunto forma el *Bund* (alianza), dirigida por un Consejo superior, reelegible cada cuatro años, y presidido actualmente por la señorita Augusta Schmidt. Bajo su toca, artísticamente encañonada, esta señorita tiene cabellos blancos, y de la desconcertante sencillez de su persona se desprende ese don que falta á veces á las más brillantes: la autoridad, autoridad procedente de una existencia irreprochable, y que contiene las impaciencias belicosas de algunos grupos asociados.

Las impacientes ó radicales están en minoría, y su jefe es la señora Mina Cauer, una fogosísima agitadora, socialista re-

calcitrante, que es, sin embargo, una gran señora, cuya fortuna y crédito alivian innumerables miserias, y cuyo periódico, *Frauenbewegung*, es bastante leído por los obreros de Berlín; tiene por segunda de su partido á Anita Angspurg, doctora en Derecho, de palabra magistral, como la señorita Schmidt tiene á la señorita Lange, que se ocupa, sobre todo, de educación y enseñanza, y que preside la «Asociación de las institutrices alemanas», á la que pertenecen 62 sociedades; su humor algo autoritario la resta simpatías, y es posible que el día en que haya que reemplazar en la presidencia de la *Frauen-Bund* á Augusta Schmidt, la elegida sea la señora María Stritt, presidente de la sociedad de Dresde, que, aunque radical, goza de gran prestigio por lo brillante y atractivo de su oratoria. A estos nombres debe unirse el de Lina Morgenstern, cuentista de cosmopolita reputación y corazón bondadoso, de cuya sensibilidad pueden dar testimonio los prisioneros franceses de la guerra franco-alemana.

IMPRESIONES Y NOTAS

MORENO CARBONERO Y LA RATAZZI.—En sus *Cartas de una viajera*, insertas en la *Nouvelle Revue Internationale*, cuenta la princesa Ratazzi de Rute sus primeras relaciones con Moreno Carbonero, entonces desconocido.

Estaba en París hacía algunas semanas, de regreso de un viaje hechicero por Andalucía, y se paseaba en el jardín del hotel de Aquila, cuando un criado le presentó una carta.

—Puede usted retirarse—dijo la Ratazzi—cogiendo la carta.

—Es que, señora—replicó el criado—el joven que ha traído esta carta insiste en que se le conteste y en ver á usted.

No agradan á la Ratazzi las visitas fuera de los días en que recibe, é iba á contestar negándose, cuando en la letra del sobre reconoció la del pintor malagueño Ferrándiz, de

quien puede decirse que era «el más feo y el más espiritual de los hombres de talento del reino», y picada por la curiosidad abrió la carta. Era una recomendación en favor del *dador*, «un joven que irá lejos, un prodigio, uno de los futuros grandes maestros del arte». La carta era apremiante, y aunque el título de «mi mejor discípulo» que daba Ferrándiz á su recomendado no le imponía mucho, la Rattazzi dió orden de introducir al visitante, un jovencillo, casi un niño, con cara de colegial, que sin timidez ninguna declaró á la señora Rattazzi su atrevido pensamiento de exponer en aquellos salones sus últimas obras.

—Me han dicho, señora,—dijo—que dais mañana una reunión, y sería la ocasión propicia.

—¡Vaya un compromiso!—se decía la Rattazzi.—¡Qué idea la de ese Ferrándiz de mandarme este chiquillo! Va á llenar esto de mamarrachos. ¡Es pura locura!

Adivinando su vacilación, el joven insistió en enseñarle sus cuadros para convencerla, y poco después su equipaje artístico se desparramaba en el salón sobre las sillas y el piano, y de tal modo se las compuso, que no hubo más remedio que resignarse. Al día siguiente se verificó la exposición.—Será un *succès d'estime*, pensaba la Rattazzi. Fue un exitazo, un verdadero triunfo, y unas horas después, de los cuadros de Moreno Carbonero, disputados por la concurrencia, no quedó ni uno solo que no se vendiera por el doble ó triple del precio esperado, y desde aquel día Moreno Carbonero marchó á pasos de gigante por el camino de la gloria en que tantos triunfos ha cosechado.

*
* *

LA NUEVA SECTA DE LA «IGLESIA DEL DIOS VIVO».—No hay país como los Estados Unidos para cosas y casos raros. Allí, como dice Norvins en la *Revue des Revues*, cuando un hombre ha ensayado sin éxito todos los recursos para vivir, no tiene más que fundar una religión. De ahí el gran número de sectas

que en la América del Norte pululan, y las extravagancias increíbles á que sus adeptos se entregan.

Una de las más modernas, y que cuenta ya con muchos miles de adheridos, es la de los *Trabajadores de Sanford*, titulada también «iglesia del Dios vivo, pilar y fundamento de la verdad». Las contribuciones de sus enfermos y de sus fieles le han permitido ya construir en Shiloh un templo, coronado por doce torrecillas, el Hospital del «Tratamiento por la fe», una escuela bíblica y un asilo de niños en la montaña de Benlah, en el Maine, contando, además, en la prensa con su indispensable órgano, titulado *Las Lenguas de Fuego*.

Su fundador, F. W. Sandford, afirma haber recibido inspiración de Dios, hace unos ocho años, para fundar esta nueva religión. «Hace ocho años—decía á sus fieles últimamente—se me apareció Dios; no me dijo más que una palabra, una sola, y esa palabra ha bastado para enseñarme cuál debía ser la labor de mi vida; esa palabra era *Armageddon*; pasé una noche maravillosa y asistí á algo sobrenatural; los demonios fueron expulsados fuera de mí, sin que yo me enterara; y en nombre de Cristo, Dios se puso á hablar conmigo como con un amigo.»

La doctrina de Sandford es sencillísima, reduciéndose á la interpretación *literal* de la Biblia y á su conformidad con los preceptos mosaicos; el demonio es para ellos la personificación de las enfermedades; para curar éstas basta exorcizar al demonio y obligarle por fuerza á dejar el cuerpo de su víctima; para ello obligan á ayunar varios días al paciente, pues como el diablo es un mozo muy sensual, no le gustan los cuerpos enflaquecidos; luego rezan con mucho fervor, sin dejar nunca la Biblia de la mano, y golpean con ella al enfermo hasta obligar al demonio á salir de su cuerpo. Como es natural, con este sistema la mayor parte de los enfermos se mueren, pero es porque no tienen fe ó porque Dios quiere llevárselos, y con argumento tan perentorio se quedan tan frescos aquellos creyentes.

Por inverosímil que parezca esta secta, acabada de nacer, ha adquirido ya considerable desarrollo y tiene ramificaciones

en muchas ciudades de los Estados Unidos, siendo uno de sus grupos más importantes el de Manchester, dirigido por Hutchins. Este Hutchins era un impresor. Oyó á Sandford hace dos años predicar su doctrina, y convertido inmediatamente á la nueva fe, vendió su imprenta y transformó en iglesia su casa. No tenía fortuna; pero los enfermos y los fieles empezaron á venir á él, y hoy Hutchins posee una magnífica casa en Concord-Street, el barrio aristocrático de la ciudad.

¡El número de los tontos ha sido, es y seguirá siempre siendo infinito!

*
* *

LOS AUTOMÓVILES EN EL EJÉRCITO.—El emperador de Alemania parece preocupado por el propósito del empleo de los automóviles á fin de lograr lo que los persas intentaron con los carros armados de guadañas: el aplastamiento y dispersión del enemigo. Difícil es, sin embargo—como dice con sobrada razón *Madrid Científico*,—que tan imponentes mecanismos tengan en todo tiempo la necesaria movilidad para que su intervención en la guerra resulte eficaz. Estos acorazados terrestres deben llevar, según los competentes, dos piezas de gran calibre para hacer fuego por delante, y por lo menos una ametralladora en cada flanco, con un observatorio suficientemente elevado para dominar el terreno y dar las órdenes; agréguese á este material el personal para el servicio de cada automóvil, las municiones, corazas, combustible y aparato motor, y se verá que el todo forma una masa enorme de difícilísimo manejo en medio del campo.

Pero si el automóvil de combate es todavía hoy de discutible aplicación, no así el automóvil corriente, que puede prestar incalculables servicios para los transportes de víveres y municiones, ambulancias, material de ingeniería, telegráfico, sanitario y administrativo, para instalar cocinas, para el arrastre de las baterías y para otra multitud de usos á cual más interesantes en campaña.

*
* *

EL LENGUAJE DE LOS MONOS.—Muchas han sido las tentativas llevadas á cabo por sabios y profanos para llegar á descubrir el lenguaje de los animales, y singularmente el de los monos; pero hasta ahora no se había encontrado el medio de hacer un estudio serio de este problema, por la dificultad de fijar de un modo estable los sonidos emitidos por los animales para hacer su análisis y descubrir sus elementos constitutivos. Hoy, con ayuda del fonógrafo, este análisis se ha hecho posible, y tan feliz idea es debida, según parece, al profesor L. R. Garner. He aquí cómo ha procedido, según el relato que hace en la *Rivista mensile de Psichiatria*.

En el parque zoológico de Cincinnati vió en una misma jaula, dividida en dos compartimientos, un gran babuino y varios monos pequeños, constantemente preocupados con la presencia del babuino; dos monos estaban siempre de centinela, y con sus gritos advertían á los otros monos los movimientos del babuino, admirándose Garner de la precisión que debían tener aquellos informes, porque siempre correspondía la actitud de los monos que los recibían á los movimientos que el babuino ejecutaba. Garner procuró distinguir é interpretar los gritos de los monos, y á fuerza de oírles repetir determinados sonidos llegó á determinar los que correspondían á cada actitud del babuino. Para obtener la fijación de aquellos sonidos se le ocurrió entonces emplear el fonógrafo.

De acuerdo con el Dr. Baker hizo sus primeros experimentos con un mono y una mona del Instituto Smitsoniano de Washington; separados uno de otro, Garner excitó al macho para que gritase, y sus gritos fueron fonografiados; trasladado después el fonógrafo á la jaula de la hembra, ésta se alarmó al escuchar el fonógrafo, comprendió perfectamente los gritos de cólera del macho, y contestó á ellos.

Tras este experimento, Garner hizo muchos otros, y el resultado de sus investigaciones ha sido descifrar hasta nueve sonidos diferentes, que expresan sensaciones de hambre, cólera, inquietud, etc. El lenguaje de cada especie es incompre-

sible para las demás. Este lenguaje es articulado, y estudiado por lingüistas como Rosenthal y otros, se ha reconocido que responde á una lengua relativamente desarrollada, aunque de tipo bajo y bárbaro.

*
* *

LO QUE LEEN LOS ESTUDIANTES DE BERLÍN.—Así se titula un folleto que acaba de publicarse en Berlín, y que contiene curiosos datos, harto distantes de corresponderse con la idea que por acá tenemos de las aficiones de los cultísimos tudescos.

Los estudiantes de Berlín tienen á su disposición una biblioteca y un salón de lectura, bastante rica la primera y con todo el confort deseable el segundo, estando una y otro á disposición de los que quieran frecuentarlos mediante el abono mensual de unos cuantos *pfennigs*. Como los estudiantes no son ricos, es de presumir que los que no leen en la biblioteca no leen en ninguna parte.

Pues bien: de 5.000 estudiantes matriculados en la Universidad, sólo 335 concurren á la biblioteca, según el folleto de Kantorowicz. ¿Qué leen estos 335 estudiantes estudiosos? Novelas ante todo, desde las de Tolstoi á las de Zola, y sobre todo *Los Misterios de París*, de Eugenio Sue; *Nana* y las *Semivirgenes*, son también de las más leídas, y entre las obras de Tolstoi, apenas se lee *Guerra y Paz*, y en cambio goza de gran favor *La sonata de Kreuzer*. Después vienen los dramaturgos, principalmente Ibsen, Hauptmann, Sudermann, Halbe y Mæterlinck. La filosofía y la alta crítica literaria tientan muy poco á la juventud escolar, y en cuanto á historia, son preferidas las anécdotas y las Memorias picantes á los estudios serios y concienzudos.

¡La juventud es la misma en todas partes! Los escogidos son siempre los menos.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La recidiva nella Sociologia, nella legislazione e nella scienza del diritto penale, per l'avv. Vincenzo Manzini. Firenze, Casa editrice «Fratelli Cammelli», 1899.—Un vol. de xxiv-634 págs., 10 liras.

El de la reincidencia es uno de los problemas más difíciles de resolver para los defensores de las ideas antiguas sobre Derecho penal. Como en tantas otras cosas (v. gr., en punto á la tentativa, al concurso ó pluralidad de delitos, etc.), la lógica abstracta anda aquí por un lado, y por otro las exigencias reales: armonizar ambas cosas es bastante difícil, si no imposible.

Tal es el motivo de la grandísima variedad de soluciones que tocante á esta materia existen. Según los gustos y preferencias de cada cual, así se adopta una ú otra de ellas, ninguna en verdad satisfactoria y aceptada por todos.

El libro del Sr. Manzini es una excelente monografía relativa á la cuestión esta de la reincidencia. En ella está reunido todo lo más interesante que conviene saber acerca de tal tema, desde la historia de la reincidencia hasta las opiniones sustentadas por los autores más recientes en torno á los diversos problemas subordinados que la misma envuelve. El autor ha estudiado bien el asunto, ha consultado mucha bibliografía, y expone con orden y claridad.

Divide la obra en tres partes, ya indicadas en el mismo

título de ella, á saber: 1.^a, la reincidencia *en la Sociología*; 2.^a, la reincidencia *en la legislación*, y 3.^a, la reincidencia *en la ciencia del Derecho penal*. En la primera estudia las *causas* (individuales, sociales y políticas) de la reincidencia, y es un resumen de Sociología criminal. Para Manzini, el fenómeno morboso de que se trata es hijo exclusivamente de causas *sociales*. En la segunda parte hace una breve *historia de la legislación* tocante á la reincidencia, y después estudia ésta *en el Derecho positivo italiano y en la legislación comparada*. Por fin, en la tercera parte nos da á conocer — además de la suya — las varias *posiciones de los escritores* con respecto á las *distintas cuestiones* que la general de la reincidencia implica.

La doctrina de Manzini sobre la reincidencia está resumida en la siguiente definición que de ella da en la conclusión de su libro: «Reincidencia es aquella relación que existe entre dos ó más delitos de Derecho común, cometidos por la misma persona é irrevocablemente juzgados, menos el último, con sentencia condenatoria: todos ellos determinados por el mismo ó por distintos móviles dolosos; ó todos producidos por el uso del mismo ó de diversos medios anormales en la idea del Derecho; ó todos los cuales reproducen la misma falta: á consecuencia de lo cual se agrava la imputación del último delito, si éste ha sido cometido antes de que haya pasado el tiempo necesario para que prescriba la condena del anterior.»

P. DORADO.

La mala vita a Roma, per Alfredo Niceforo e Scipio Sighele. —Torino, Roux Frassati e C^o editori, 1898.—Un vol. de 217 págs., 2 liras.

Lo más interesante hoy en el estudio de la criminalidad no es el delito ya ejecutado y la punición que le corresponde (la pena proporcionada, que se suele decir), sino las causas del mismo, al intento de perséguirlas y combatirlas para que *en lo futuro* no sigan teniendo eficacia. Como la terapéutica individual va de día en día dejando mayor campo de acción á

la higiene, del propio modo el horizonte de la previsión y consiguiente prevención social va ensanchándose de vez en vez más á expensas del de la represión, propia de pueblos y épocas infantiles. Mucho más importa, por eso, llegar á conocer quiénes son los delincuentes en potencia y los focos generadores de los mismos, que no quiénes han sido ya delincuentes de hecho y la manera como les castiga una legislación determinada.

Tal es la idea informante en nuestro tiempo de una grandísima parte de los estudios que publican los criminólogos, y tal es también la que ha inspirado este y otros estudios de los jóvenes, y no obstante muy conocidos escritores italianos Niceforo y Sighele.

Los grandes centros urbanos, por lo muy aglomerada que la población está en ellos, y por otras causas, son un semillero fecundísimo de criminales. En todas las grandes ciudades, Londres, París, Berlín, Nápoles, Madrid, hay una multitud de personas cuyas «ocupaciones» únicas son el ocio, el vicio y el delito. Esas ciudades son el terreno mejor dispuesto para el desarrollo del delincuente *profesional*.

Los autores citados dan á conocer en el libro á que se refiere esta nota esa hez social—*la mala vita*—de una de las grandes aglomeraciones urbanas de Italia, de Roma; mala vita que ellos han estudiado directamente. El retrato que de la misma nos presentan, está, por consiguiente, tomado *del natural*. Describen, intercalando á menudo ejemplos y nombres propios, los lugares de refugio de la mala vita, sus costumbres, su manera de vivir, las variedades que reviste, su jerga, sus bailes, sus cánticos, etc.; todo ello en lenguaje literario y muy cuidado, debido á lo cual, junto con el interés que el asunto ofrece, se lee el libro como si fuese una novela.

En España parece que tendremos también pronto un trabajo análogo relativo á la *mala vita* de Madrid. Lo están preparando igualmente dos jóvenes escritores de los que de ver-

dad valen, y que, como Niceforo y Sighele, tienen mucho de literatos.

P. DORADO.

II Socialismo e il pensiero moderno, di Alessandro Chiappelli. Seconda edizione notevolmente emendata ed accresciuta.—Firenze, Successori Le Monnier, editori, 1899.—Un vol. de 434 págs., 4 liras.

Aún no hace mucho tiempo que se dió cuenta en estas mismas páginas de la primera edición del presente libro. Entonces se indicó cuáles eran los méritos que lo acompañaban, singularmente la notoria competencia con que se tratan las diferentes cuestiones que abraza y la ecuanimidad é imparcialidad de los juicios. Cabalmente, estas últimas cualidades, que se ve campean en todos los estudios que integran la obra, han sido la causa de que los adversarios del socialismo hayan calificado al señor Chiappelli de socialista, y los socialistas le hayan motejado de adversario del socialismo. Pero el autor explica bien tal fenómeno. «Quien considere el socialismo—escribe,—esta teoría del movimiento proletario, como el *exponente de un movimiento más amplio de ideas y de hechos*, como una de las formas en que se manifiesta hoy la *necesidad de una lenta pero evidente renovación social*, que se manifiesta de diversos modos en las formas artísticas, en el movimiento reformador de la política social, en el revivir moderno de los ideales religiosos, se encuentra colocado en un punto de vista desde el cual le es imposible embestir ciegamente contra el socialismo, como si éste fuese una amenaza medrosa; igualmente que no puede tampoco, por otro lado, aceptar la doctrina del materialismo histórico ó del colectivismo, que son las que constituyen la parte más vulnerable del presente movimiento socialista».

De la buena acogida que el libro escrito con semejante espíritu ha tenido, testimonia el hecho de haberse agotado su primera edición en muy poco tiempo,

En esta segunda, además de haberse retocado y mejorado los estudios que formaban parte de la primera (que eran, como se recordará, los siguientes: *Patria y socialismo; Darwinismo y socialismo; Socialismo y arte; Filosofía y socialismo; Socialismo y pesimismo; La idea moral en el socialismo, y Religión y socialismo*), se ha añadido otro muy interesante sobre *El socialismo y la idea de la paz internacional*, escrito con ocasión de la conferencia recientemente reunida en La Haya. Se habla en él de la evolución histórica de la idea de la paz internacional, de los proyectos que ha habido al efecto, del valor de dicha idea y de la posibilidad ó imposibilidad de su actuación.

A mi modo de ver, la obra de Chiappelli es una de las que mejor aprecian la significación del socialismo y su relación con los otros principales problemas que trabajan al mundo moderno.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

Altolaguirre (F.)—Impresiones del sitio de Manila. En 8.º, 95 págs.: 1,50 ptas.

Arcos Crespo (A. de).—Cuentos militares. En 8.º, 194 págs.: 2 ptas.

Baroja (P.)—Vidas sombrías. En 8.º, 160 págs.: 2 ptas.

Beltrán y Rózpide (R.)—La Geografía en 1898, y estado geográfico-político del mundo en 1899. En 4.º, 367 págs.: 8 ptas.

Berjón y Vázquez (A.)—El jubileo del año santo. En 16.º, 40 págs.: 25 cénts.

Blanco y Sánchez (R.)—Educación y enseñanza. Tratado elemental de pedagogía. En 8.º, xvi-271 págs.: 3 ptas.

Idem.—Tratado elemental de lengua castellana. En 8.º, 266 páginas: 2 ptas.

Castillo Estremera (F.)—Un día de guardia en San Juan de Dios. En 8.º, 64 págs.: 1 peseta.

Codera (F.)—Miscelánea de estudios agrícolas. En 12.º, 63 páginas.

Se reparte gratis.

Criado Domínguez (J.)—Tratado

de agricultura. En 8.º, 104 páginas: 1,50 págs.

Danvila y Burguero (A.)—Diplomáticos españoles. D. Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo (1538-1613). En 4.º, 929 págs., y un retrato: 20 pesetas.

Deporta Torres (M.)—Las represalias; drama en cuatro actos. En 4.º, 67 págs.: 2 ptas.

Díaz de Escovar (N.)—Curiosidades históricas de Andalucía; colección de tradiciones, biografías, leyendas, narraciones, efemérides, etc. En 4.º. Cuaderno 1.º, 32 págs.: 80 cénts.

Idem.—Curiosidades malagueñas; colección de tradiciones, biografías, leyendas, narraciones, etcétera, relativas á la historia de Málaga y su provincia. En 4.º, 330 págs., en varias numeraciones: 8 ptas.

Díez Miñor (I.) y Pou de Barros (J. J.)—Los babcas; juguete cómico en un acto. En 4.º, 20 páginas: 1 peseta.

Dostoyuski (F.)—El espíritu subte-

- rráneo; versión española de Francisco F. Villegas (Zeda). En 8.º, 293 págs.: 3 ptas.
- Durbán Orozco (J.)—Tardes grises. En 8.º, 147 págs.: 2 ptas.
- Gomis Cornet (J.)—El porvenir de España y los partidos políticos. En 4.º, 27 págs.: 1 peseta.
- González Pizarro (J. de D.)—Ganado vacuno; guía práctica para su multiplicación, cría y explotación. En 8.º, 395 págs.: 4,50 pesetas.
- Isern (D.)—Del desastre nacional y sus causas. En 4.º, VIII-536 páginas: 6 pesetas.
- Jiménez Prieto (D.)—La tiple mimada; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 47 págs.: 1 peseta.
- Luc d'Ecil (J.)—Novelitas fin de siglo; cuadros de costumbres sociales. En 8.º, 153 págs.: 2 pesetas.
- Marinello (M.)—Anima; poesías. En 8.º, 208 págs.: 2 pesetas.
- Martínez Vigil (R.)—El año Santo Pastoral. En 8.º mayor, 54 páginas.
- Máximo y Ruano (D.)—Cartilla pedagógica. En 4.º, 32 págs.: 50 céntimos.
- Medel Asensi (A.)—Estado actual de la policía en Madrid. En 8.º, 48 págs.: 50 céntimos.
- Menéndez y Pelayo (M.)—Antología de poetas líricos castellanos. *Tomo IX*. Romances viejos castellanos (Primavera y flor de Romances). *Tomo II*. En 8.º, 360 páginas: 3 pesetas.
- Miranda Carnero (P.)—La hidalga; novela. En 8.º, 265 págs.: 3 pesetas.
- Morales (G.)—Luz de la sombra. En 12.º, 110 págs.: 1,50 pesetas.
- Moreno (J. C.)—Cuadros históricos de la Revolución de Septiembre en las Palmas. En 4.º, 352 páginas: 3 pesetas.
- Moreno García (C.)—Un nuevo aspecto del Quijote. En 4.º, 46 páginas: 1 peseta.
- Moreno Godino (F.)—Sonetos de broma. En 8.º, 92 págs.: 1,50 pesetas.
- Novo y Colson (P.)—Los garrochistas; zarzuela en un acto y cuatro cuadros. En 4.º, 39 págs.: 1 pta.
- Ossé (J.)—Término probable del Arte Músico. La primera representación de la ópera La torre de Babel. En 4.º, 52 págs.: 1 peseta.
- Pellicer (J.)—Tierra andaluza. En 8.º, 136 págs.: 2 pesetas.
- Pérez Cortés y García Camacho (A.)—A la ruina de España; elegía. En 4.º, 12 págs.: 50 céntimos.
- Pérez Zúñiga (J.)—Galimatías; artículos cómicos. En 8.º, 190 páginas: 3 pesetas.
- Perrín (G.) y Palacios (M. de.)—La chiqueta bonita; zarzuela en un acto y tres cuadros. En 4.º, 56 páginas: 1 peseta.
El Teatro.
- Praga (M.)—La enamorada; drama en cuatro actos, arreglada del italiano para la escena española, por Manuel Bueno. En 4.º, 68 páginas: 2 pesetas.
El Teatro.
- Raventós y Clivillés (S.)—Ley sobre accidentes del trabajo, de 30 de Enero de 1900. En 4.º, 19 páginas: 1 peseta.
- Reig y Fiol (P.)—Las bodas de plata; comedia. En 4.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Rojas (F. de P.)—Electricidad y magnetismo. En 4.º, 306 páginas: 10 pesetas.

Ruiz y Benítez de Lugo (R.) — La enciclopedia del año (1899). En 4.º mayor, 634 págs.: 12,50 pesetas.

Sánchez (J. R.) — Nueve cuentos. En 12.º, 88 págs., con grabados: 1 peseta.

Sánchez de Arévalo (R.) — Vergel de los Príncipes. (Códice del siglo XV). Publicado por D. Francisco R. de Uhagón, dedicado al Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. En 4.º mayor, XVI-78 págs.: 5 pesetas.

Tirada de 200 ejemplares numerados, de los cuales se ponen á la venta 50.

Sánchez Torres (F.) — Lo gubernativo en los Tribunales y Juzgados. En 4.º, 828 págs.: 13,50 pesetas.

Santías (A.) y Figueroa (G. de). — Anuario de la renta de tabacos de España. En 4.º, xcv-308 páginas, un mapa, 20 págs. de estos plegados: 3 pesetas.

Sbarbi (J. M.) — Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Ilmo. Sr. D. Ildefonso Jime-

no de Lerma. En 4.º, 39 páginas. *No se ha puesto á la venta.*

Tema: ¿Qué es música?

Soriano (M.) y Falcato (L.) — Los sobrinicos; juguete cómico-lírico, en un acto. En 4.º, 42 páginas: 1 peseta.

Teijeiro (M.) — La terapéutica que se impone. En 8.º mayor, 79 páginas: 1 peseta.

Trinchant y Fornés (J.) — Pí y Margall ante el regionalismo, la federación y la unidad de la patria. En 8.º, XIX-122 págs.: 1 peseta.

Uña Sarthou (J.) — Las asociaciones obreras en España (Notas para su historia). En 8.º, VIII-374 páginas: 4 pesetas.

Valbuena (A. de). — Agua turbia; novela. En 8.º, 355 págs.: 3 pesetas.

Vega (L. de). — Obras publicadas por la Real Academia Española. Tomo X. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Cuarta sección. En folio, CLXVII-562 páginas: 20 pesetas.

Zayas Guarneros (P.) — Amor sublime; novelas de costumbres mejicanas. En 8.º, 409 págs.: 1 peseta.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Murió y le enterraron</i> (novela), por Holger Drachmann.....	5
<i>La Literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	21
<i>Retos y desafíos</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	43
<i>Las fiestas entre los musulmanes</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.	62
<i>Lo que fué la gacetilla</i> , por Nicolás Pérez Merino.....	116
<i>Poetas americanos: ¡Está borracho el César!</i> por Narciso Tondreau.	
— <i>La Poesía</i> , por José Fiansón.....	136
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	139
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	159
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	168
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....	200
<i>Obras nuevas</i>	205